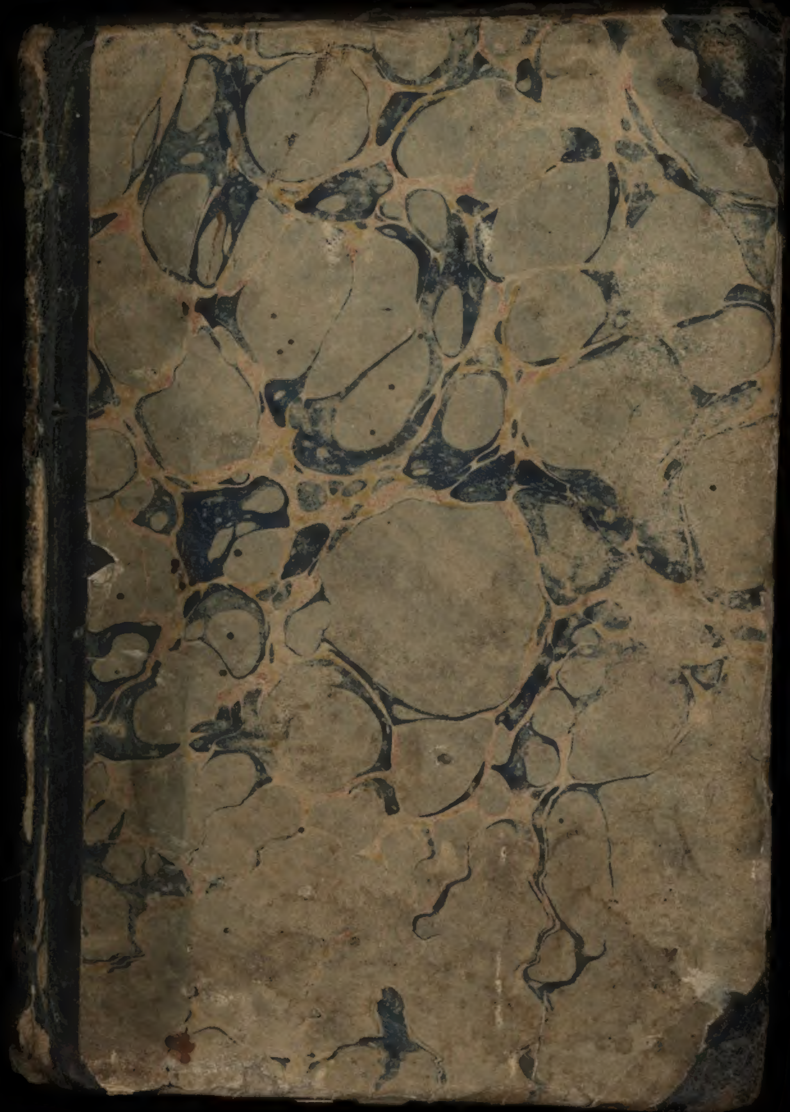


N.º 2 90

Pizarro ó los Perua-
nos

Lanuza

139

PIZARRO,

Ó

LOS PERUANOS.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

ESCRITA EN ALEMAN

Por el célebre Kotzebue,

TRADUCIDA DEL INGLES

POR EL CIUDADANO

Juan Gualberto de Ortega.

AB.

HABANA.=1822.
Imprenta FRATERNAL *de los Diaz de Castro, impresores del Consulado y Ayuntamiento constitucional.*

LAS-CASAS EN EL ACTO I, ESCENA I, PAGINA 16.--*Yo maldigo vuestro intento, ASESINOS!!!* (habla con Pizarro, Almagro y demas capitanes españoles.) *Maldigo el vínculo sangriento que os une! Ojalá que la feroz discordia, la infamia y el tumulto destruyan vuestros proyectos, y burlen vuestras esperanzas! ¡Sobre vosotros y sobre vuestros hijos caiga la inocente sangre que se derrame hoy! ¡Os abandono para siempre! ¡Estos ancianos ojos no sufrirán mas los horrores que han presenciado yá! ¡Voy á esconderme en las cuevas y los bosques: trataré con los tigres y las bestias salvages, y cuando otra vez volvamos á encontrarnos en el sagrado tribunal de la Divinidad, cuyas suaves doctrinas y lenidad habeis renunciado hoy, entónces sentireis* VOSOTROS *la agonía y tormento de alma que despedaza ahora el pecho de vuestro acusador!*

ADVERTENCIA.

Por una casualidad dejó un amigo en mi poder várias obras de mérito, en ocasion de hallarme con algunos momentos desocupados; y siendo entre ellas la mas apreciable, la Tragedia de Pizarro, me propuse traducirla á nuestro idioma, así por el recreo que me resultaria, como por tener el gusto de ofrecer á mis compatriotas esta ligera prueba de mi afecto.*

El mayor elogio que puede hacerse de esta obra es, el nombre célebre de Kotzebue, su autor, demasiado conocido entre las personas de gusto y cultura.

No realzo indirectamente mi traduccion, ni la deprimo con afecta-

* En los Estados-Unidos, donde el gusto de los apasionados del teatro es por la tragedia, se ha representado ésta repetidas veces en todos los de la union, por trágicos ingleses muy acreditados, y siempre con general aplauso y aceptacion.

da modestia. Creo ingenuamente que tiene defectos, y si los lectores los miran con la indulgencia que merece por ser la primera, no aspiro á mas.

Estoy persuadido de que el contraste, que con tanta energía traza la pluma de Kotzebue, entre el carácter inhumano, sanguinario, feroz y ruin del conquistador del Perú, con el genio benéfico, noble y generoso de Rola, valiente caudillo de los peruanos, la filantropía de Alonso, la piedad del anciano Las-Casas, la dulzura de Cora, y la bondad paternal de Ataliba, formará (si he acertado á espresarlo bien) una lectura grata é interesante, inspirando la abominacion debida al primero, y el aprecio digno de las virtudes de los otros.

Si los americanos lo acogen benignamente, no será este pequeño ensayo el último testimonio de cariño que les tribute

EL TRADUCTOR.

PIZARRO,

ó

LOS PERUANOS.

ESCENA PPIMERA.

Descubre un magnífico pabellon inmediato á la tienda de Pizarro: al fondo del teatro el campo español.—Elvira aparece dormida bajo un dosel á un lado del pabellon. Valverde entra, mira á Elvira, se arrodilla, y quiere besarle una mano: élla despierta, y levantándose apresuradamente, le arroja una mirada llena de indignacion.

Elvira.—Audaz! ¿De dónde te viene el privilegio de interrumpir los pocos momentos de reposo que mi fatigado ánimo consigue arrebatar á los tumultos de este ruidoso campo? ¿Quieres que informe á tu amo de tu insolente arrojo, que te descubra á Pizarro? ¡Eh!

Valverde.—Es cierto que soy su criado, pero me conoce bien, y poseo su confianza: por lo mismo pregunto ¿de qué

magia pudo valerse para ganar vuestro corazon, y ¿por què fatalidad domina todavía vuestro afecto?

Elv.—Calla, honrado..... secretario.

Valv.—Oscuro de nacimiento: de ánimo y modales rústico, feroz é inculto, aunque sereno y astuto en caso necesario: osado en su juventud, perverso en su virilidad; pirata desenfrenado, que trata á los hombres como brutos, y mira el mundo como su botin, ¡éste es sin embargo el hombre á quien hoy denominan el héroe y el primero de los conquistadores españoles! Ciertamente debia Elvira abandonar su noble familia, parientes y reputacion por un guerrero tan completo, para hacerse partícipe de los riesgos, y de los crímenes de un amante cómo Pizarro.

Elv.—Qué oigo! Valverde moralista! Pero concedámos que yo esté engañada: ¿cuál es mi aliciente? Amor, preocupacion, llámale como quieras; ¿mas qué te liga *á tí* con ese caudillo indigno y despreciable? El vil deseo del lucro es tu obgeto, el fraude ruin el medio de que te vales para saciarlo.

Valv.—Me ofendeis, á fé mia. Sean cuales fueren mis faltas, de ninguna tengo que acusarme respecto de vos. Gozaos en horabuena en vuestro carácter desdeñoso y ligero: hacedlo mién-

tras podeis, que la hora fatal recelo que está muy próxima.

Elv.—¡Profeta os habeis vuelto tambien, Valverde!

Valv.—Oidme, Elvira. La vergüenza de su última derrota, y un deseo ardiente de venganza han traido á Pizarro nuevamente al Perú; pero creedme, confia demasiado en su poder, y no ha calculado bien el del enemigo. Acampados en un pais estraño, donde de nada sirve el terror, donde la corrupcion no puede comprarnos un solo amigo, ¿qué podemos esperar? La murmuracion del egército, por el aumento de sus miserias, que crecen al paso que Pizarro adorna con fastuosos despojos el soberbio pabellon do ostenta su cruel lujo, dismuye diariamente nuestras fuerzas.

Elv.—¿Pero no heredais vosotros á los vencidos?

Valv.—Pues qué, ¿son nuestro único objeto la ganancia y el pillage? Es ese el heròico modo de pensar de Elvira?

Elv.—No, y el cielo me libre de ello: aborrezco el motivo, los medios y el fin de vuestras empresas, pero en ninguno de vosotros fio: en todo el egército no hay uno que conozca el idioma de la verdad, ni tenga un corazon franco, á escepcion del anciano Las-Casas.

Valv.—Las-Casas! Ese entusiasta, que raya en los peores y mas opuestos estremos?

Elv.—Ojalá hubiera conocido ántes á ese hombre virtuoso. ¡Cuán diferente fuera mi destino!

Valv.—Convengo en que Pizarro no os hubiera seducido tan facilmente: perdonadme que lo diga, porque ese es un acontecimiento que no ceso de admirar.

Elv.—Oyeme, Valverde. Cuando por la primera vez despertó el amor mi imaginacion virginal, Pizarro era el ídolo de mi pais. Instruido, elevado y sostenido por sí mismo, era fuerza que fuese un héroe, y yo parecia formada para no sucumbir sino á la gloria y la fama. Bien sabido es que cuando salió de Panama en un fragil bagel, sus tropas no ascendian á cien hombres. Llegado con éstos á la isla de Gallo, trazó una línea en la arena diciendo: „pasen los que teman morir ó con„quistar con su gefe." Solo trece le quedaron, y á su frente sostuvo el guerrero su terreno. Apénas llegó á mis oidos proeza semejante, cuando mi corazon esclamó: ¡Pizarro es mi dueño! Lo que despues he visto, pensado y oido, preciso es que te hagas mas digno de saberlo.

Valv.—No insisto mas, á pesar del conven-

cimiento íntimo que tengo de que miéntras Alonso de Molina, el antiguo amigo y pupilo de nuestro general, acaudille el enemigo, en vano pretenderá otra vez Pizarro el renombre de conquistador.

Elv.--Calla! Yo le oigo venir: disimula la turbacion que la intriga y el misterio han estampado en tu rostro, y revístete si puedes de un semblante honrado.--*(oyense clarines.)*

Pizarro (entrando).--Aseguradle: cargadle de cadenas, que quiero examinarle por mí mismo.

ENTRA PIZARRO.

(Valverde le saluda.—Elvira se rie.)

Piz.—De qué te ries, Elvira?

Elv.--Reir y llorar sin causa, es uno de los pocos privilegios de la infeliz muger.

Piz.—Quiero saber el motivo, y estoy determinado.

Elv.—Me alegro, porque me gusta la resolucion, y estoy decidida á no decirtelo. Me parece que la mia vale algo mas que la tuya, porque depende de mí, y la tuya no.

Piz.—Calla, burlona!

Valv.—Elvira se reia por mis temores de que.....

Piz.—Temores!...

Valv.—Si..... de que el genio y la pericia de Alonso hubiesen instruido y disciplinado el enemigo en términos.....

Piz.—Alonso! El traidor! ¡Cuanto le amé en otro tiempo! Su noble madre le confió, todavía niño, á mi proteccion. En mi mesa se alimentaba: mi tienda era el lugar de su descanso. Yo descubrí con placer la temprana disposicion y valeroso espíritu que iba desarrollando. Frecuentemente le hablaba de nuestras primeras aventuras: de las tormentas con que habiamos luchado, y de los peligros que habiamos vencido para desembarcar con un derrotado egército en tierra desconocida. Yo le decia de qué manera el hambre y la fatiga, la discordia y los trabajos disminuian de dia en dia nuestras filas, cercadas de un molesto enemigo, sin que por eso dejase de mantenerme impávido, conservando mi teson, adelantando mi intento, y consolidando mi poder, á pesar de un escandaloso motin, y de una atrevida rebelion, hasta triunfar por fin, y salir victorioso con el puñado de soldados leales que me quedó. Cuando le hablaba de estas cosas, repito, el jóven Alonso bañado en lágrimas de admiracion y placer, se me arrojaba al cuello y juraba que la ambicion de su alma no reconocia otro caudillo.

Elv.—¿Quién pudo estingüir un afecto tan puro?

Piz.—Las-Casas! El fué quien con maña artificiosa y decantados preceptos de humanidad, engendró en el ánimo de Alonso un nuevo entusiasmo, que lo impelió á sacrificar los de su pais por los que el seducido mozuelo llama derechos de la naturaleza.

Valv.—Sí, el traidor te dejó, y uniéndose à los peruanos se hizo enemigo tuyo y de España.

Piz.—Primero con incansables representaciones procurò disuadirme de mi propósito, y desprender la espada de mi fuerte puño, hablándome sin cesar del derecho, la justicia y la humanidad en favor de los peruanos, á quienes llamaba nuestros inocentes é inofensos hermanos.

Valv.—Ellos! ¡Hermanos nuestros esos endurecidos paganos!

Piz.—Pero cuando vió que las necias y suplicantes lágrimas que vertia en mi seno caian sobre mármol, huyó y se unió al enemigo, y aprovechándose de las lecciones que habia adquirido en la escuela del injuriado Pizarro, el jóven disciplinó y acaudilló sus nuevos aliados con tal acierto, que pronto me forzò .. ¡Ah, ardiendo estoy de vergüenza y furor al decirlo! á retirarme de sus orillas derrotado y cubierto de ignominia!

Valv.—Pero el dia de la venganza se aproxima.

Piz.—Sí, he vuelto: mi tropa se ha reforzado, y ese audaz jovenzuelo sabrá pronto que Pizarro vive, y que conserva una memoria grata de los favores que le debè.

Valv.—No sabemos si vive Alonso aun.

Piz.—Existe: uno de sus escuderos acaba da ser hecho prisionero, y segun dice, su fuerza se compone de doce mil hombres, mandados por él y por el peruano Rola. Hoy hacen un solemne sacrificio en sus impíos altares, y es preciso que nos aprovechemos de su descuido, y los ataquemos desprevenidos: así, los sacrificadores nos proveerán de víctimas.

Elv.—¡Desgraciados inocentes! Su misma sangre regará sus altares.

Piz.—Asi será *(óyense clarines)*. Retírate Elvira.

Elv.—Por qué?

Piz.—Porque espero hombres para tratar de asuntos varoniles.

Elv.—Oh hombres, hombres! ingratos y perversos! Oh muger, siempre amorosa, aunque ofendida! En tus ojos buscan ellos la vida, la esperanza y el placer en los dias de festin y de alegría: en tu seno hallan el reposo y el consuelo en la hora dolorosa del infortunio: y tú eres sin embargo el

juguete y la esclava del hombre cuando se trata de las locuras de su vil ambicion. —No quiero retirarme.

Piz.—Quédate, pues, y calla, *si puedes.*

Elv.—Charlar es solo propio de los que no están acostumbrados á reflexionar. Miéntras hablais pensaré, y el pensamiento está identificado con el silencio.

Piz.—De algun tiempo á esta parte noto un no sé qué en su modo. *(echando á Elvira una mirada severa y desconfiada).*

ENTRAN LAS-CASAS, ALMAGRO, DAVILA, OFICIALES Y GUARDIAS.

(Suenan los clarines.)

Las-Casas.—Pizarro, obedientes á tus òrdenes nos tienes yá aquí.

Piz.—Seais bien venido venerable padre; y vosotros, amigos mios. Compañeros de armas! llegó por fin la hora dichosa que ofrece á Pizarro la remuneracion total debida á nuestras intrèpidas empresas y dilatadas fatigas. Descansando en la confianza dedica hoy el enemigo sacrificios solemnes: si con atrevida sorpresa turbamos su solemnidad, creed á vuestro gefe, serémos vencedores.

Almagro.—Demasiado tiempo enmohecidos nos ha tenido la inaccion sobre la

costa: nuestras provisiones están eshaustas, y el egército murmura: el ataque! el ataque! mueran los que resistan, y giman en cadenas los indefensos.

Dávila.—Muerte á toda la raza Peruana!

Las-C.—Cielos piadosos!

Alm.—Sí, mi general. El ataque al momento! y Alonso cesará de burlar nuestras penas, y despreciar nuestra tropa.

Las-C.—Alonso! La presuncion y el escarnio no son compatibles con su naturaleza.

Alm.—Es muy propio de Las-Casas el defender á su pupilo.

Piz.—No hableis del traidor, ò si ois su nombre, sea para vosotros la señal sangrienta del asalto y la venganza. ¿Estamos acordes?

Dáv y Alm.—Lo estamos.

Gonzalo.—Y todos. El ataque, el ataque!

Las-C.—¿Conque no se ha llenado todavía la medida horrenda de vuestras crueldades? El ataque!.... Cielos misericordiosos! Y contra quién? ¡Contra un rey en cuyo apacible pecho ni aún vuestras mas atroces injurias han podido escitar el odio, y que insultado ò victorioso solicita todavia la paz! contra un pueblo que jamas ha ofendido al menor de cuantos vivientes formó el Criador: contra un pueblo *hijo de la inocencia*, que os recibió cual hués-

pedes predilectos, con la hospitalidad mas fina, la bondad mas candorosa. Generosa y francamente dividiò con vosotros sus comodidades, teseros y casas, y ahora le retribuís estos beneficios con el fraude, la opresion y el deshonor. Mis ojos presenciàron cuanto acabo de referir; fuisteis recibidos como dioses, ¡como furias os habeis portado!

Piz. —Las-Casas!!!

Las-C. —Pizarro, òyeme! Escúchame, caudillo! ¡Y tú, Ser Omnipotente, cuyos truenos pueden reducir à arena las rocas diamantinas, cuyos rayos pueden horadar hasta el núcleo la llana y vacilante tierra, permite que tu poder dé à las palabras de tu siervo un efecto igual al valor que tu espíritu infunde en su voluntad! No renoveis, os suplico, capitanes y paisanos, no renoveis las abominables barbaridades que vuestra insaciable codicia ha cometido contra *esta raza desventurada è inofensa.* Pero callad suspiros, no me hagais derramar lágrimas de un pesar inútil!.... angustia tormentosa de mi corazon, no ahogues mi voz..... Todo lo que pido es que me envieis otra vez à esos que *llamais* vuestros enemigos. ¡Oh, dejadme ser el mensagero de la concordia, y regresaré trayéndoos la paz y sus bendiciones!....

Llorais, Elvira! Ay! ¿Es posible que tan horroroso conflicto no mueva mas corazon que el vuestro?

Alm. No, porque aquí no hay mas mugeres que ella y tú.

Piz.—Finalizad esa ociosa guerra de palabras. Capitanes! estais por el ataque al instante? El tiempo vuela, y puede escapársenos la oportunidad.

Alm—Al momento.

Las-C.—Sanguinarios! *(arrodillándose.)* ¡Dios Todopoderoso! Tú ungiste á tu siervo, no para imprecar, sino para bendecir á sus compatriotas: mas con todo, mis bendiciones sobre este egercito serian ahora blasfemias contra tu bondad. No! *(levantándose)* Yo maldigo vuestro intento, asesinos!!! Maldigo el vínculo sangriento que os une! ¡Ojalá que la feroz discordia, la infamia y el tumulto destruyan vuestros proyectos, y burlen vuestras esperanzas! Sobre vosotros y sobre vuestros hijos caiga la inocente sangre que se derrame hoy! os abandono para siempre! estos ancianos ojos no sufrirán mas los horrores que han presenciado yá; ¡voy á esconderme en las cuevas y los bosques: trataré con los tigres y las bestias salvages, y cuando otra vez volvamos á encontrarnos en el sagrado tribunal de la Divinidad, cuyas suaves doctrinas y lenidad habeis renun-

ciado hoy, entònces sentireis *vosotros* la agonía y tormento de alma que despedaza ahora el pecho de vuestro acusador! *(yéndose.)*

Elv —¡Oh Las-Casas! ¡Permitidme que os acompañe!

Las-C --Quedaos, engañada y seducida señora! Solo yo soy inútil aquí. Quizá vuestra amabilidad les enseñará á compadecer donde la razon y la religion arguyen en vano. ¡Oh! Salvad á vuestros inocentes semejantes si podeis: así redimireis vuestra falta, y tendreis un título á la misericordia que dispenseis á los otros. *(vase.)*

Piz.--Còmo, Elvira! Querias dejarme?

Elv.--Estoy aturdida, aterrada! Tu inhumanidad comparada con la filantropía de ese buen Las-Casas! Ah! El me parecia un Dios, y tú!.... Vosotros todos me pareciais aun ménos que hombres.

Piz.--La clemencia á veces sienta muy bien á una hermosura.

Elv.--La humanidad le está siempre bien á un conquistador.

Alm. —Por fin, gracias al cielo, nos vemos libres del caduco moralista.

Gonz.--No dudo que va á unirse á Alonso, su declamador pupilo.

Piz --Vamos á preparar nuestra revista. El medio dia es la hora del sacrificio. Consultemos á los guias y á ca-

da comandante se le dará la ruta de nuestras divisiones. Si los sorprendemos es nuestra la victoria, y conseguida ésta, las puertas de Quito nos esperan abiertas.

Alm.—Y Pizarro entónces será proclamado monarca del Perú.

Piz.—No tan pronto. Es menester que la ambicion ceda por ahora á la prudencia. Conviene que Ataliba mantenga todavía una sombra de cetro: que Pizarro parezca aun dependiente de España, hasta que la garantía de una paz futura, la mano de su hija, asegure una orgullosa sucesion á la corona que anhelo.

Alm.—Muy bien dicho. Observad en el plan de Pizarro, como la sabiduría del estadista dirige el valor del guerrero.

Valv.—Lo oís, Elvira?

Elv.—Oh sí! Muy bien dicho: escelente.

Piz.—Parece que te has agraviado? No dudes que Elvira posee todavía mi corazon, pero piensa que una corona ondea sobre mi cabeza.

Elv.—Agraviada? No. Tú sabes que tu gloria es mi ídolo, y lo que te propones es gloriosísimo, muy justo y honroso.

Piz.—¿Qué quieres decir?

Elv.—Nada: charlatanería de muger, nada mas; quizas un capricho de celos, pero esto no debe estorvar la mar-

chu de tan augusto héroe *(óyense clarines)*. El clarin os llama á la lid: marchad, marchad tambien vosotros sus valientes y dignos compañeros de armas.

Piz.—Y no me acompañas?

Elv.—Quien lo duda! Es preciso que yo sea la primera que aclame al futuro monarca del Perú.

ENTRA GOMEZ.

Alm.—Gomez, ha ocurrido algo! ¿Decid, que novedad traeis?

Gom.—En el palmar de aquel cerro hemos sorprendido á un anciano cacique: la fuga le era imposible, y se entregò con su criado sin resistencia; pero sus labios no brotan mas que sarcasmos y desprecios.

Piz.—Arrastradle aquí.

Sale Gomez, y vuelve conduciendo á Orozimbo y su criado cargados de grillos.

Piz.—Quién eres, estrangero?

Oroz.—Decidme ántes, quien de vosotros es el caudillo de esta horda de ladrones.

Piz.— Ola!

Alm.—¡Insensato! Arrancadle esa lengua, porque si no.....

Oroz.—Oirás algunas verdades.

Dáv.—*(enseñando el puñal.)* ¿Qereis que se lo envaine en el corazon?

Oroz.—*(á Pizarro.)* ¿Tiene tu egèrcito muchos héroes parecidos á éste?

Piz.—¡Insolente! Ese atrevimiento ha fallado tu destino. Morirás, encanecido asesino: pero ántes descubre cuanto sabes.

Oroz.—Sé lo que tú me acabas de asegurar, que moriré.

Piz.—Ménos audacia te hubiera tal vez salvado la vida.

Oroz.—Mi vida es yá un árbol marchito, que no merece conservarse.

Piz.—Oyeme, anciano. En este momento marchamos contra el egército peruano: sabemos que hay un camino secreto que guia á la fortaleza que teneis en las rocas: condúcenos à ella, y elige tú mismo la recompensa. Si deseas riquezas.....

Oroz.—Ja, ja, ja!

Piz.—Desprecias mi oferta?

Oroz.—Y à tí con ella..... ¡Riquezas! tengo la de dos bizarros hijos: he acopiado en el cielo aquella con que se remuneran las buenas acciones de este mundo, y la principal de todas la traigo conmigo.

Piz.—Cuál es? Dímelo al instante.

Oroz.—Te la descubriré, porque jamas puedes poseerla. Mi mayor tesoro es una conciencia pura.

Piz.—Entre todos los peruanos no creo haya otro que osase hablar como tú!

Oroz.—Ojalá pudiera yo creer que entre todos los españoles no hubiese otro que osase obrar como tú.

Gonz.—Endurecido gentil! Cuál es el número de vuestro egército?

Oroz.—Cuenta las hojas de aquel bosque.

Alm.—Cuál es la parte mas débil de vuestro campo?

Oroz.—Ninguna. La justicia lo fortifica por todas.

Piz.—¿Dònde habeis ocultado vuestras mugeres é hijos?

Oroz.—En el corazon de sus esposos y padres.

Piz.—Conoces á Alonso?

Oroz.—¡Sí le conozco! Sí conozco á Alonso! Al ángel tutelar del Perú!

Piz.—Qué ha hecho para merecer ese título?

Oroz.—No parecerse á tí.

Alm.—Quién es ese Rola unido con Alonso en el mando?

Oroz.—Eso sí te diré, porque el mas grato de mis placeres es oir y repetir el nombre del hèroe. Rola, pariente del rey, es el ídolo de nuestro egército: en la guerra no le iguala la fiereza del tigre acosado por el venablo del cazador; en la paz tiene la mansedumbre del corderillo de pecho. Cora le estaba prometida, pero viendo que preferia á Alonso, sacrificó sus derechos; y me temo que

su tranquilidad tambien á la felicidad de Cora, á quien ama todavía con una llama pura y santa.

Piz.--Romancesco salvage! pronto veré el rostro á ese Rola.

Oroz—Mejor será que lo evites, porque el terror que infunde su noble vista te arrojará muerto al suelo.

Dáv. Calla, ó tiembla!

Oroz. Desbarbado ladron! Ante Dios no he temblado todavía, ¿por qué he de hacerlo delante de un hombre? Por qué delante de tí, ménos que hombre!

Dáv. Profiere una palabra mas, insolente pagano, y te estermino.

Oroz.—Hiere, cristiano, y despues vocifera entre los tuyos..... Yo tambien he asesinado un peruano!

Dav. El infierno y mi venganza se apoderen de tí! *(le clava el puñal.)*

Piz. Detente!

Dav. ¿Podiais tolerar mas tiempo sus insultos?

Piz.--Y debia por lo mismo morir sin sufrir la tortura?

Oroz--Es verdad! Conoce, jóven, que tu irreflexiva precipitacion me ha escusado del tormento, y que has perdido la oportunidad de recibir una leccion útil, porque hubieras visto con que crueldad sabe aplicar los suplicios la venganza, y con cuanta paciencia los sufre la virtud.

Elv.—(*sosteniendo en su pecho la cabeza de Orozimbo.*) ¡Oh, todos sois monstruos! Levanta la vista, martirizado inocente: levántala una vez mas, y bendíceme ántes de espirar. Oh Dios! Cómo te compadezco!

Oroz.—Me compadeceis? A mí..... tan próximo á mi felicidad! Dios os bendiga, señora! Españoles, el cielo *humanice* vuestros corazones, y os perdone como yo (*llévanse á Orozimbo moribundo.*)

Piz. Vámonos. Dávila! Si otra vez temerario.....

Dáv.—Perdonad el arrebato de indignacion que.....

Piz.—Basta. Desatad á ese miserable: conviene que vuelva á los suyos, y publique la *piedad* que dispensamos á la insolente provocacion. Mas oid! parece que nuestras tropas se mueven.

El criado (al pasar junto á Elvira). Si vuestro amable influjo consiguiese que no sean insultadas las cenizas de mi pobre amo.....

Elv. Te entiendo.....

Criad. Sus hijos os agradecerán esta conmiseracion, ya que no puedan vengar su muerte. (*vase.*)

Piz. ¿Qué dice ese esclavo?

Elv. Dejaba una espresion de despedida, agradeciendo tu bondad.

Piz. Nuestra guardia y guias llegan: (*los soldados van desfilando por delante de*

las tiendas) seguidme, amigos; á cada uno se le señalará su puesto, y os ofrezco que ántes que el Dios del Perú se oculte, el pabellon español, bañado en sangre, tremolará en los muros del subyugado Quito. *(Quedan solos Elvira y Valverde.)*

Valv. ¿Será presuncion que mis esperanzas revivan ahora con los horrores que veo aterran el alma de Elvira?

Elv. El terror y el remordimiento me tienen fuera de mí! Ojalá pudiese huir tan horrorosas escenas!

Valv. ¿No podeis confiaros al verdadero afecto de Valverde?

Elv. ¿Qué harias por salvarme ó vengarme?

Valv. Cuanto vuestros agravios exijan; proferid una palabra, y lo vereis desangrandose á vuestros pies.

Elv. Quizá otra vez hablarémos de esto: déjame sola ahora. *(vase Valverde.)*

Elv. (sola.) No. Esta venganza no me conviene, ni el instrumento tampoco. ¡Qué bageza, Elvira! Aconsejarte por solo un momento con un traidor indigno! Cabe en un miserable pérfido á su confiado amo, ser fiel al amor ó el honor? Pizarro me abandonará: sí, á mí, que por él he sacrificado..... ¡Oh Dios! ¡Qué no he sacrificado yo por él! Sin embargo, la discrecion aconseja que reprima el vengativo orgullo

que hierve en mi pecho, hasta hacer otra prueba mas. ¡Hombres! Vosotros que cansados de la cariñosa fidelidad de un amor virtuoso buscais nuevos placeres en el aliciente del libertinage, bien podeis insultar y ofender los corazones á quienes habiais jurado vuestra fé, y sofocando el remordimiento, desconocer todo peligro, porque semejantes corazones, por mas ofendidos y abandonados que se vean, tienen el asilo de una reputacion sin mancha, y de una conciencia tranquila. Pero estremézcase el desalmado libertino que abandona la víctima á quien su astucia despojò primero de todo consuelo y proteccion natural! Qué le resta? La desesperacion y la vengaza!

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Una playa rodeada de bosques y rocas. Cora está sentada al pié de un árbol jugando con su niño, y Alonso la mira arrebatado de cariño y placer.

Cora.—Dilo ingenuamente, ¿ se te parece ó no?

Alon.—El delicado carmin de sus megillas y la risueña amabilidad de su rostro, le hacen á la verdad, mas parecido á tí.

Cora.—Pero su negro cabello, el color de sus ojos Alonso? ¡Oh! es la imágen de mi dueño, del adorado de mi corazon [*estrecha el niño contra su pecho*]

Alon.—Me parece que ese cupidillo me roba alguna parte de tu amor, Cora mia. A lo ménos participa de unas caricias que ántes de su nacimiento eran esclusivamente mias.

Cora—Oh no, Alonso! El amor de una madre á su dulce niño no es un robo, querido mio, á los derechos del padre; es un nuevo deleite que con renovada gratitud vuelve á refundirse

en el autor de su aumentada felicidad.

Alon.--Crees que hablo de veras Cora?

Cora.--Estoy segura de que pronto hablará y aquel será el último de los tres dias deliciosos que la naturaleza concede al amante y ansioso corazon de una madre.

Alon.—¿Cuales son?

Cora.--Prescindo del estasis que causa su nacimiento porque esa es una delilicia que nadie puede conocer como yo. Cuando la blancura de sus dientes empieza á parecer rompiendo la purpúrea encía que los encierra, ese es uno de los dias de gozo: cuando sin necesidad de apoyo corre de los brazos de su padre y se abraza lleno de risa y placer á las rodillas de su madre, es para ella otro dia de júbilo; y el mas dulce de todos, cuando su preciosa boquita empieza à balbucear el grato nombre de papá, mamá, oh! este es el mayor de los deleites!

Alon.— Querida Cora!

Cora.— Oh mi Alonso! No hay un momento en que no tribute gracias al cielo por la envidiable felicidad que poseo en él y en tí.

Alon.—Tribútalas al cielo y à Rola.

Cora.—Sí, al cielo y á Rola. Y no les estás reconocido tú tambien Alonso? No eres feliz?

Al. Puede Cora hacer semejante pregunta?

Cora.--De qué procede entònces la inquietud que de algun tiempo á esta parte te he notado aun en el mismo lecho? ¿Por què á mi vigilante y anheloso oido descubre, tantas veces, el silencio de la noche tus sofocados suspiros?

Alon.--¿Ignoras que me he constituido á pelear contra mi pais y mis hermanos?

Cora.--No son ellos los que buscan nuestra destruccion y no son todos los hombres hermanos nuestros.

Alon.--Y si triunfan?

Cora.—Huiré contigo á las montañas.

Alon. —Huye con tu hijo, Cora.

Cora.—Còmo! ¿Piensas que el peso de su hijo puede retardar la fuga á una madre?

Alon. —Cora, querida mia, quieres volver el reposo á mi corazon?

Cora.—Oh sí! sí, sí.

Alon. Corre pues al secreto asilo que se os ha preparado en las montañas! Escòndete allı donde á todas nuestras matronas y vírgenes y á los hijos de nuestros guerreros se les ha permitido esperar el éxito de la batalla. Cora! No seas tú la única que resistas el deseo de tu esposo, de tus hermanos y de tu monarca.

Cora.—Alonso, no puedo separarme de tí: oh! cada momento de ausencia te representaria á mi corazon herido, so-

lo, abandonado. No, no puedo dejarte.

Alon.—Rola estará conmigo.

Cora.—Sí, donde mas encarnizado esté el combate, donde mayores estragos cause el furor de la batalla, allí estará el valiente Rola. Pero podrá vengarte sin salvarte y por seguir el peligro se separará, aun de tí. Ademas de que he jurado no apartarme de tí, sino muriendo. Amado Alonso! Puedes exigir que falte á mi voto?

Alon.—Sea así: ah Cora mia! Conozco la eminencia de tu alma en todo lo que es grande y amable; la distingo en tu valor, dulzura é ingenuidad. ¡Tu eres mi orgullo, mi contento, mi todo! ¿Es posible que haya fátuos en el mundo que crean hallar la felicidad fuera del amor?

Cora.—Alonso, no puedo agradecerte esos elogios: el silencio es el homenage mas espresivo del verdadero afecto, y el que intente imitarle con voces, no hará mas que confundirse. [*gritos de aclamacion*] ¿Parece que viene el Rey?

Alon.—Es el general ordenando las tropas que han de rodear el templo durante el sacrificio. Es Rola, el primero y el mejor de todos los héroes. [*Clarines.*]

Rola.—[*entrando*]. Colocadlos pues, en el cerro, frente al campo español.

Cora.—Rola! Amigo y hermano mio!
Alon.—Rola! Mi amigo, mi bienhechor! ¿Podrán nuestras vidas recompensar jamas los beneficios que te debemos?
Rola.—Pasadlas en la felicidad y el contento; permitid que Rola lo presencie, y está sobradamente remunerado.
Cora.—Mira este niño, animado con la sangre de mi corazon; pues si alguna vez te amase ó respetase ménos que á su mismo padre, agoviele desde aquel momento la maldicion de su madre.
Rola.—No mas! Basta. Que sacrificio he hecho yo para inspirar esa gratitud. El obgeto de mi amor era la felicidad de Cora. La veo dichosa. No está logrado mi intento, no estoy recompensado? Oye ahora, Cora, los consejos de un amigo. Es preciso que te retires; que marches á las sagradas cavernas, al inviolable asilo en que despues del holocausto irán á ocultarse hoy nuestras matronas, y aun las mismas vírgenes del Sol.
Cora. ¿Y no estoy segura con Alonso y contigo Rola?
Rola. Sabemos que el plan de Pizarro es sorprendernos. Tu presencia, Cora, no puede ayudar, y quizá retardará nuestros esfuerzos.
Cora. Retardarlos!
Rola. Sí; sí. Sabes cuan tiernamente te amamos, tu esposo y yo. Estas junto

á nosotros, no serémos dueños de nuestros pensamientos, de nuestro valor, ni aun de nuestra venganza. No aprovecharémos las ventajas por no separarnos de tu lado: ningun socorro prestarémos que no sea para tu proteccion. El amante no se atreve á portarse enteramente, como quisiera, entre los tumultos de la guerra, hasta estar seguro de que á la dulce amiga de su alma no pueden alcanzarle los riesgos de la pelea.

Alon. Gracias, querido amigo! Eso mismo le habia yo suplicado.

Cora. Ese tímido esceso de amor, que en vez de ánimo os infunde miedo, me lisongea, mas no me convence. Como esposa soy incrédula.

Rola. Y lo serás tambien como madre?

Cora. Yà cedo: disponed de mí como querrais: amigo, esposo mio! colocadme donde gusteis.

Alon. Adorada amiga! Acepta las gracias que uno y otro tributamos á tu condescendencia. [*óyese una marcha.*] Escuchemos..... El rey llega yá al sacrificio. No hablabas, Rola, de ciertos rumores y sorpresas? Se echa de menos uno de mis criados, y no sé si atribuirlo á esto ó á traicion.

Rola. De cualquier modo importa poco. Estamos bien prevenidos. Vamos, Cora; y postrada ante el altar que eri-

gió la piedad en el centro de las rocas, invocarás la bendicion del cielo sobre nuestra causa. Las fervorosas súplicas de la trémula esposa, y los ruegos que dirige el corazon apesarado de una ansiosa madre, llevan al trono de la clemencia la plegaria mas irresistible del homenage humano.

ESCENA SEGUNDA.

El templo del sol representado con todo el brillo y magnificencia de la religion Peruana: en el centro está el altar.--La escena se abre con una marcha solemne.--Los guerreros y el Rey entran por un lado, y por el otro Rola, Alonso y Cora.

Ataliba. Bienvenido, Alonso! [*á Rola.*] Pariente, mi mano os asegura de mi afecto. [*á Cora*] La felicidad de ese niño llene de contento tu corazon materno.

Cora. El sol colme de venturas al padre de su pueblo!

Atal. La dicha de sus hijos forma la de su rey. Amigos mios, cuál es el temple de las tropas?

Rola. El que debe inspirarles la causa que sostienen; su grito es: ¡muerte ó victoria! Triunfemos por nuestro rey, nuestra patria y nuestro Dios!

Atal. Teniais, Rola, por costumbre

entusiasmar en los momentos del combate, el espíritu de los caudillos, ántes de consagrar las banderas, que vuestro valor sabe defender tan heróicamente?

Rola. Y sin embargo, jamas en la hora del peligro fuéron ménos necesarias las palabras. Valientes camaradas, compañeros y partícipes de mis fatigas, sentimientos y laureles! ¿Puede la débil voz de Rola inflamar mas el virtuoso fuego que arde en vuestros corazones? No, vuestro juicio está identificado con el mio: conoceis lo mismo que yo, la infamia del astúto pretesto con que quieren seducirnos esos insolentes usurpadores: vuestras generosas almas han comparado lo mismo que la mia, las causas que en semejante guerra estimulan sus ánimos y los nuestros. Ellos siguen á un aventurero á quien temen, á quien obedecen, cuyo poder detestan: nosotros servimos á un monarca que amamos, á un Dios que adoramos. ¡Do quiera que su furor los encamina, la desolacion marca su tránsito! ¡Do quiera que una alianza los detiene, la afliccion convierte en luto su funesta amistad! Vociferan que no vienen mas que á mejorar nuestro suelo, á ensanchar nuestros conocimientos, y á libertarnos del yugo del error. Por

cierto que no dejarán de dar una libertad muy ilustrada á nuestros ánimos, cuando ELLOS son esclavos del rencor, de la avaricia y el orgullo. Nos ofrecen su proteccion! Sí, la que el buitre brinda á la inocente oveja para encubrir su ferocidad y devorarla. Quieren que troquemos los bienes que hemos heredado y poseido tranquilamente por el desesperado acaso de otros mejores que nos prometen. Compañeros! sea esta nuestra única y terminante respuesta: el trono que NOSOTROS honramos es ELECCION DEL PUEBLO: las leyes que respetamos un legado de nuestros valientes progenitores: la fé que seguimos nos enseña que vivamos unidos por el vínculo de la caridad con todo el género humano, y que espiremos confiados en la felicidad que nos espera mas allá del sepulcro. Decid esto á vuestros usurpadores, y decidles tambien que ningun cambio queremos, *y ménos que todos el que nos puedan traer* ELLOS. *(Aclamaciones del egército.)*

Atal. *(abrazando á Rola.)* Ea pues, amigos mios, siempre atentos á estas sagradas verdades, empecemos el sacrificio.

(La procesion empieza á formarse con la mayor solemnidad desde el fondo del templo por detras del altar. Los sacerdo-

tes y vírgenes del Sol se colocan á los lados: el gran sacerdote se acerca al altar, y principia el sacrificio: á la invocacion de éste siguen los coros de los sacerdotes y vírgenes: el fuego celeste ilumina el altar, y los espectadores levantándose se unen en accion de gracias.)

Nuestro holocausto ha sido aceptado: á las armas, amigos: preparaos para el combate.

ENTRA ORANO.

Oran. El enemigo!

Atal. Cuanto dista?

Oran. Desde la cumbre del cerro observaba en este momento sus fuerzas, y las ví ponerse repentinamente en movimiento, marchando á nuestro abandonado campo con un ardor tan impetuoso, que parece esta avisado de la solemne festividad de hoy.

Rola. Es preciso salirle al encuentro ántes que llegue.

Atal. Y vosotras, tiernas madres, apresuraos, corred con vuestros hijos al asilo preparado para vuestra seguridad.

Cora. Oh Alonso! *(abrazándole.)*

Alons. No temas. Volverémos á vernos.

Cor. Bendícenos otra vez ántes de partir.

Alons. El cielo te proteja y bendiga, querida Cora, y á tí, hijo mio!

Atal. Pronto, pronto! Cada momento es precioso.

Cora. Adios, Alonso! Acuêrdate de que tu vida es mia.

Rola. Y Rola? No merece un adios siquiera?

Cora. (dandole la mano) El Dios de los combates guie tus pasos; pero vuélveme á Alonso.

Atal. (sacando la espada.) Vamos, hermanos, hijos y amigos mios: conozco vuestro valor. Si la suerte de la guerra nos fuere adversa, la desesperacion sea el último sentimiento de vuestros corazones. Si triunfais, manifestad al momento que la humanidad es el primero en vuestros pechos. Alonso, a tu valor confio la defensa del estrecho paso de las montañas. Rola, la izquierda del bosque es tu puesto. Yo mandare el centro, y pelearé hasta ver libertado a mi pueblo, ò que éste mire á su monarca sin vida. Sea la señal de ataque Dios y nuestra patria. *(Empieza la marcha, y vanse.)*

ESCENA TERCERA.

El bosque que está entre el templo y el campo.

ENTRAN ALONSO Y ROLA.

Rola. Aquí, amigo mio, es fuerza que nos separemos; pero confio que pronto nos volveremos a reunir triunfantes.

Alons. O quiz nos separamos para siempre. Rola, el cuerpo principal de nuestro egército no se mueve todavía: óye-

me ántes que nos separémos una palabra importante.

Rola. Ahora no debe pronunciarse otra que la del combate.

Alons. Si, otra hay; Cora.....

Rola. ¡Habla!

Alons. El tránsito de una hora nos debe traer.....

Rola. La muerte ó la victoria!

Alons. Puede que uno quede victorioso, el otro muerto.

Rola. O que ámbos perezcamos.

Alons. Si asi lo quiere la suerte, confio mi esposa e hijo á la proteccion del cielo y de mi rey; pero si solo yo muero, sé tú mi heredero, Rola.

Rola. Qué dices?

Alons. Que sea Cora tu esposa; que mi hijo tenga un padre en tì.

Rola. Alonso, vuelve en ti! Disipa esas tristes ideas.

Alons. En vano lo he intentado Rola: no puedo desentenderme de los presentimientos que me angustian: me conoces bien, y sabes que no harán titubear mi constancia en el combate; pero dame la palabra que exijo.

Rola. Si Cora consiente, lo prometo.

Alons. Dile que ha sido mi postrer deseo, y llévale a mi hijo mi última bendicion.

Rola. Bien. Ahora marchemos á nuestros puestos, y hablen por nosotros los aceros *(desnudandolos.)*

Alons. Por el Rey y Cora!

Rola. ¡Por Cora y el Rey. *(Oyese una alarma, y vanse por diferentes lados.)*

ESCENA CUARTA.

Vista del campo peruano, y á alguna distancia la perspectiva de uno de sus pueblos. A un lado árboles que descuellan sobre la cumbre de escarpadas rocas. (Alarmas contínuas.)

ENTRA UN ANCIANO CIEGO, ACOMPAÑADO DE UN NIÑO.

Anciano. Nadie ha vuelto del campo?

Niño. Solo un mensagero. Desde el templo marchan todos al encuentro del enemigo.

Anc. Calla! Yá oigo el tumulto de la batalla! ¡Oh, si conservase mi vista podria todavìa empuñar un acero, y morir como soldado! Estamos solos?

Niño. Sí. ¿Confio que mi padre estará seguro?

Anc. Cumplirá con su deber, no lo dudes; mas inquietud me causas tú, hijo mio.

Niño. Estoy con vos, querido abuelo!

Anc. Pero si el enemigo llega te arrancará de mis brazos.

Niño. Imposible, abuelo! Al instante verán que sois anciano y ciego, y que no podeis valeros sin mi.

Anc. Pobre niño! Qué poco conoces el

corazon de estos inhumanos! *(Oyese una descarga de cañon.)* Oye! el ruido se acerca! Ya escucho el horrendo estrépito de las feroces màquinas de estos crueles estrangeros! [*Gritos de alegría à lo léjos.*] Cada aclamacion me impele con un movimiento involuntario à cerrar el puño, figurandome que todavía vibra un acero! ¡Ah, que yá no puedo servir à mi pais mas que con plegarias por su felicidad!.... El cielo preserve al Inca y á sus bizarras tropas.

Niño. Oh padre! los soldados corren!

Anc. Son españoles, niño?

Niño. No: peruanos!

Anc. Peruanos! Y abandonan el campo? No puede ser! [*Entran dos soldados peruanos.*] Háblales! De dónde venis, amigos? En què estado está la batalla?

Sold. No podemos detenernos: venimos por el cuerpo de reserva que tenemos á espaldas del cerro. La suerte del dia nos es contraria. [*Vanse.*]

Anc. Apresuraos pues; corred!.. volad!..

Niño. Las puntas de las lanzas deslumbran con el resplandor del Sol.

Ancian. Son peruanos. ¿ Vienen hácia aquí? [*Entra un soldado peruano.*]

Niño. Soldado, hablad á mi anciano padre.

Sold. Vengo á decir á los indefensos que se internen cuanto puedan en las ro-

cas : temo que todo se pierda. El Rey está herido.

Anc. Pronto, niño..... guíame al instante al cerro, para que puedas observar el llano. [*Alarmas.*]

ENTRA ATALIBA HERIDO, ACOMPAÑADO DE ORANO, OFICIALES Y GUARDIAS.

Atal. La herida está vendada : creedme, el daño fue tan leve, que puedo volver al campo.

Oran. Perdonadme, señor ; pero el sacerdote que acompaña las sagradas banderas ha declarado que derramada una vez la sangre del Inca, el dia es funesto si no abandona el campo.

Atal. Dura prohibicion! Oh mis valientes soldados!.... Qué insoportable me es no presenciar sus esfuerzos. Mas corred vosotros : volved á vuestros camaradas, pues en ocasion como esta no permitiré que falte de su puesto un solo soldado. Id y vengad pronto ia sangre de vuestros hermanos [*Vanse.*] El destino que me quepa á mí es el que ménos inquieta mi corazon, y no me hará murmurar. ¡Tú eres, pueblo mio, por quien padezco y temo!

EL ANCIANO Y EL NIÑO ADELANTANDOSE.

Anc. No acabo de oir la voz de un infeliz? Quién se lamenta así?

Atal. Un mortal, casi abandonado de la esperanza.

Anc. El Rey vive?

Atal. Existe.

Anc. Entònces no estais abandonado. Ataliba protege al menor de sus vasallos.

Atal. Y á él quién le protegerá?

Anc. Las potestades celestiales que cuidan del justo. Las virtudes de nuestro monarca le aseguran el amor de su pueblo y la benignidad del cielo.

Atal. ¡Con que impiedad he murmurado! ¡Què asombrosas, Ser supremo, son tus obras! En el momento mismo que yo miraba como la prueba mas amarga del sufrimiento mortal, has infundido en mi alma la sensacion mas dulce de mi vida, con la seguridad de ser amado de mis pueblos!

Niño [*corriendo á ellos.*] ¡Oh padre! y tú, á quien no conozco! [*al Rey*] ved á esos hombres horrendos que se arrojan sobre nosotros.

Atal. Què veo! Españoles! Y yo, Ataliba, fugitivo desventurado, sin una espada siquiera con que intentar el rescate de la vida de un monarca.

ENTRAN DAVILA, ALMAGRO Y SOLDADOS.

Dáv. El es! nuestra esperanza está cumplida. Le conozco bien: ¡el Rey es!

Alm. Vàmonos. Seguidnos con vuestra presa, y evitad á estos peruanos aun

en la fuga. Por aquí recuperarémos nuestra linea [*Llévanse á Ataliba preso.*]

Anc. El Rey! ¡Anciano infeliz, ni su noble persona has logrado ver! Muchacho! por qué no me colocaste donde pudiera alcanzar los aceros de esos asesinos!....

Niño. Padre, nuestros compatriotas corren todos aquí á refugiarse.

Anc. No, á rescatar á su rey, á quien jamas abandonaran. [*Alarmas. Los oficiales y soldados peruanos atraviesan el teatro corriendo: Orano los sigue.*]

ENTRA ROLA.

Rola. Deteneos, pusilánimes, cobardes! Cómo? Temeis la muerte, y no os estremeceis de la ignominia? Juro por el furor de mi alma que á mis manos morirá el primero que se mueva, si ántes no clavais vuestros infames aceros en el pecho de vuestro gefe, para que no presencie tal vileza y deshonor. Dónde está el Rey?

Oran. Por este anciano y el niño que le acompaña he sabido que el destacamento enemigo que visteis huir precipitadamente del campo, habia logrado hacerlo prisionero: se han alejado tan poco, que aun se alcanzan con la vista.

Rola. Y se llevan preso al Inca? Lo ois, caterva vil y desleal! Escuchadme. La

polvareda que veis cubre la sanguinaria huella de esos españoles, que con brutal escarnio arrastran á vuestro rey, á vuestro padre. Ataliba es esclavo! Yá lo habeis oido: ahora, si sois tan indignos, buscad, si podeis, vuestra despreciable seguridad personal.

Anc. El cielo bendiga tu voz, Rola, y bendiga tambien el golpe que hasta hoy he lamentado tanto, porque a no haberlo recibido, mis apagados ojos se horrorizarian ahora de ver á esa manada de trémulos cobardes que no osan seguir á Rola, ni aun para salvar á su rey.

Rola. ¡Os estremece el trueno del enemigo, y no os moris de vergüenza con semejante baldon! ¡Oh, qué no circule en cada uno de vosotros una gota siquiera de la leal sangre que hierve en el corazon de este ciego veterano! Vergüenza eterna perpetúe vuestros nombres si me desamparais en este momento! Pero no importa. Iré solo: solo, á morir cubierto de gloria al lado de mi monarca.

Sold. Rola, ya os seguimos. [*Suenan los clarines, y marchan todos.*]

Anc. Divino Rola! Y tú, Sol! permite que en su ayuda arrogen sin cesar tus nubes los rayos de la venganza! Pronto, niño: trepa á alguna altura, esplica á mi impaciente terror lo que veas.

Niño. Voy á subirme á esta roca, y y al árbol que esta sobre ella. [*Lo verifica y esclama:*] Oh! ahora sí que los veo! ahora sí : los españoles van dando la vuelta al cerro.

Anc. Los sigue Rola?

Niño. Sí, sí; con la velocidad de una saeta. Ahora está accionando con el brazo á nuestros soldados [*suena el cañon.*] Yá no se ve mas que humo y fuego.

Anc. Lo creo. El fuego es el instrumento de esas furias!

Niño. El viento ha disipado el humo, y los veo á todos mezclados.

Anc. Ves al Rey?

Niño. Sí, Rola está á su lado, y cada golpe de su acero despide fuego.

Anc. El cielo premie tu virtud, Rola! Acaba con los monstruos!

Niño. Padre, padre! los españoles huyen. Oh! en este momento veo al Rey abrazando á Rola. [*Ondea su gorro en señal de regocijo, y al mismo tiempo se oyen los víctores, clarines &c.*]

Anc. [*arrodillándose.*] ¡Poder supremo! ¡Cómo podrá mi desfallecido aliento tributarte las gracias que merece este solo instante de mi vida! Baja, hijo mio, que quiero darte un beso. Mis fuerzas me abandonan!.... [*El niño corriendo hácia el anciano.*]

Niño. Dejadme sosteneros, padre: temblais tanto.....

Anc. Es de júbilo. hijo mio. [*Entran Ataliba, Rola, oficiales y soldados peruanos.*]

Atal. En el nombre de mi pueblo, cuyo soberano has salvado hoy, acepta Rola, este emblema de su gratitud. [*Dándole su sol de diamantes.*] Las lágrimas que caen sobre él pueden empañar su lustre por un momento, pero no disminuyen el valor de la dadiva.

Rola. La mano del cielo fué, no la mia, quien salvò á mi rey. [*Entran los oficiales y soldados peruanos*]

Rola. ¿Qué nuevas traeis de Alonso soldado?

Ofic Al genio de Alonso se debe el pronto vencimiento del pánico terror que al principio desordenó nuestras filas; pero temo que su pérdida nos enlute el contento de la victoria: su impetuosidad le empeñò demasiado en el seguimiento del enemigo.

Atal. Qué oigo! Ha muerto Alonso?

Sold. 1.º Yo le ví caer.

Sold. 2.º Creedme: yo le ví otra vez de pié peleando valerosamente; mas el número de los enemigos le rodeó y desarmó.

Atal. ¡Oh, á qué caro precio compramos la victoria!

Rola. Oh Cora! Quién te llevará noticia tan funesta?

Ataliba. Rola! Hemos perdido nuestro

digno amigo, pero nuestra patria es yá libre. Es preciso que el dolor privado ceda á la alegría por el triunfo de la causa pública. Vamos al punto á cumplir con el primero y mas sagrado deber de la victoria: á enjugar las lágrimas de las viudas y huérfanos, cuyos valientes protectores han perecido hoy por la causa de su pais.

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Representa un retiro situado en medio de rocas prodigiosas. Cora y su niño con las demas mugeres é hijos de los guerreros forman grupos en la escena, y alternativamente cantan estanzas alusivas á su situacion, con un coro en que todas se unen.

Peruana 1 ¿Nada ves todavía, Zuluga?

Zuluga. Si, descubro dos soldados peruanos: uno sobre el cerro, y otro que penetra la espesura del valle.

Peruana 2 Otro mas ha pasado, y se encamina aquí, pero pálido y cadavérico.

Cora. El corazon se me ha de salir del pecho. [*Entra un soldado peruano acesando por respirar.*]

Mugeres. Esplícate! Nos traes la alegría, ó la muerte?

Sold. Perdemos la batalla. El Rey está herido y prisionero.

Mugeres. Suerte desventurada!

Cora [*con voz desfalleciente.*] Y Alonso?

Sold. No le he visto

Muger 1. Infelices! Dónde huirémos?

Muger 2. A lo mas espeso del bosque.

Cora. De aquí no me he de mover.

Otro soldado peruano desde fuera. Victoria! victoria! [*Entra precipitadamente.*] Regocijaos! Abrid vuestros pechos al júbilo! El triunfo es nuestro!

Mugeres [*levantándose arrebatadas de alegría.*] ¡Seas bienvenido, mil veces bien venido! mensagero del júbilo : pero y el Rey?

Sold. Acaudillando viene los valientes guerreros que veis llegar. [*Empiézase á oir la marcha triunfante del egército á alguna distancia. Las mugeres y niños entonan un canto espresivo de su ansiedad y placer. Los guerreros entran entonando un himno, que todos repiten. Siguen el Rey y Rola, que son recibidos con las demostraciones mas afectuosas y tiernas. Cora durante esta escena corre de fila en fila con su hijo en brazos, preguntando por Alonso.*]

Atal. ¡Os lo agradezco, hijos mios, os lo agradezco! Me siento bueno, no lo dudeis: una vez restañada la sangre, la herida no volvió á inquietarme. [*Cora se acerca á Rola, cuya tristeza manifiesta que lo ha estado evitando.*]

Cora. Dónde está Alonso? [*Rola sin contestar huye á otro lado.*]

Cora [*Arrojándose á los pies del Rey.*] Volvedme á mi esposo: volved su padre á este inocente!

Atal. Mi corazon está lleno de dolor con la ausencia de Alonso.....

Cora. Esperas, señor, hallarlo?

Atal. Con la mayor impaciencia.

Cora. Ataliba, no ha muerto Alonso?

Atal No. Los dioses compasivos habrán oido nuestros votos.

Cora. Vive..... Alonso, Ataliba?

Atal. Vive.... en mi corazon.

Cora. Oh rey! No atormentes así á una infeliz muger. Esplícate..... Es huérfano este niño?

Atal. Querida Cora! No así deseches la pequeña esperanza que queda.

Cora. La esperanza! Conque la hay? Háblame tú, Rola; tú que has sido siempre *el amigo de la franqueza!*

Rola. Alonso no ha parecido.

Cora. No ha parecido! tampoco quieres tú decirme la verdad, Rola? ¡Oh, mira que el amago es mas cruel que el trueno! ¡Mejor será que èste me aniquile

de un golpe! No digas que no parece, dí de una vez que ha muerto.

Rola. Eso seria falso.

Cora. Falso! El cielo te colme de bienes por esa palabra! Pero sácame de tan horrible incertidumbre. Levanta tus manitas, hijo mio..... Quizá tu inocencia conmoverá mas que la agonía de tu madre.

Rola. Alonso es prisionero!

Cora. Prisionero? Y de los españoles? Prisionero de Pizarro? murió!

Atal. No te desesperes. En este momento llevará un heraldo el rescate mas cuantioso que pueda ofrecer este reino.

Una peruana. ¡Oh, por el rescate de Alonso, nuestro oro, nuestras piedras preciosas! Todo, todo! Tomadlo, querida Cora, tomadlo! [*Todas las peruanas se despojan á porfia de sus adornos, los quitan á sus hijos, y carren á ofrecérselos á Cora.*]

Atal. Sí. Por el rescate de Alonso lo darán todo. ¡Gracias te doy, Omnipotencia divina, que me destinaste á regir semejantes corazones!

Cora. Amado monarca, concédeme otro favor. Permite que acompañe al heraldo.

Atal. No olvides, Cora, que ademas de esposa eres madre: no aventures tu honor y la seguridad de tu hijo. Entre esos *bárbaros* la vista de tu hermosura, juventud y amabilidad no ha-

ria mas que remachar las cadenas de Alonso, y atormentar su corazon, cuyas penas agravaria mas el temor de tu suerte. Espera Cora, el regreso del heraldo.

Cora. Hasta entónces enséñame á soportar la vida.

Atal. Vamos ahora á rendir gracias à los dioses por la victoria, y a rogarles por la seguridad de Alonso. [*La procesion empieza al son de una marcha solemne.*]

ESCENA SEGUNDA.

EL BOSQUE.

Entra Cora con su niño.

Cora. Apacible inocencia, ¿qué será de tí?

Rola. Cora, deseoso de complacerte me tienes yá aquí.

Cora. Oh, hijo mio, hijo mio! Tienes padre aun?

Rola. ¿Puede tu niño ser huérfnao miéntras Rola viva?

Cora. Y quién le servirá de madre? Piensas que sobreviviré à Alonso?

Rola. Si, por amor à su hijo Cora, si amaste á Alonso, escucha à su amigo.

Cora. Escucharé à todo el universo. Quién no era amigo de Alonso?

Rola. Sus últimas palabras.....

Cora. ¡Sus últimas palabras!.... Habla!!!.,

Rola. Me confiáron dos preciosos depósitos : su bendicion para su hijo, y su postrera súplica á tí.

Cora. Su postrera súplica... la postrera!.. Dila pues.....

Rola Si yo muero, me dijo, (¡y los tristes presagios de su alma estremecian su cuerpo al proferirlo!); prométeme tomar á mi Cora por esposa: sirve de padre á mi niño. Se lo ofrecí, y nos separamos; mas persuádete Cora, que si repito esto, es únicamente porque dí palabra de hacerlo, pero no creo haber adquirido derecho alguno, ni abrigo la menor esperanza.

Cora. Oh Dios! Estoy delirante, ¿ó què horrible luz es esta que penetra mi alma? Oh Alonso! Tal vez has sido víctima de tu candoroso corazon: si hubieras callado, si no hubieras hecho un legado fatal de estos funestos atractivos.....

Rola. Cora! A qué abominable sospecha estás dando entrada en tu alma?

Cora Sí, sí: está claro: le alucináron: le condugéron á algun sitio fatal donde fué preciso que el valor humano sucumbiese á una horda numerosa de asesinos. En vano invocò el auxilio de Rola.... Tú desde léjos le mirabas y te reias: tú pudiste salvarle, pudiste..... y no lo hiciste.

Rola. Refulgente Sol! He merecido esto?

Cora! Dime que sepulte este acero en mi corazon, y no repitas otra vez semejantes palabras.

Cora. No, vive, vive para el amor! para ese amor que anhelas, cuyas flores han de brotar del sangriento sepulcro de tu vendido y degollado amigo! Pero tú me has traido las *últimas palabras* de mi Alonso..... Oye ahora las mias. ¡Antes estraerá este niño veneno de este despedazado pecho: ántes reposará mi cuerpo junto al cadaver del mas abyecto de cuantos han perecido con Alonso, que llame a Rola padre, ó que yo le titule esposo!

Rola. Pues bien: llamame lo que soy: tu amigo, tu protector.

Cora. [*Arrebatada*] Apártate! No tengo mas protector que Dios. ¡Con este niño en los brazos volaré al campo de la matanza: con estas manos levantaré uno por uno los mutilados cuerpos, en busca de la dulce sonrisa de mi Alonso, por mas que la muerte la haya desfigurado: mis desesperados gritos repetirán su nombre, hasta que mis venas estallen! Si le resta el menor vestigio de vida, conocerá la voz de su Cora, abrirá por un momento sus moribundos ojos, y su última mirada me hará dichosa; pero si no le hallamos... ¡Oh, entónces, hijo mio, correrémos al campo español: tu vista me abrirá

paso por entre millares de aceros: ellos tambien son hombres. ¿Puede haber corazon tan empedernido, que rechace á la esposa que busca á su malhadado esposo, ò al inocente niño que llora por su aprisionado padre? No, no, hijo mio: do quiera vamos seguros. Una madre sin ventura, que lleva un pobre huérfano en sus brazos, tiene el pasaporte de la naturaleza para todo el mundo. Sí, hijo mio, sí; irémos en busca de tu padre. [*Vase con el niño.*]

Rola. [*Calmado yá de su agitacion.*] Si yo hubiera dado, oh Cora, la mas leve causa á tus baldones, seria tan malvado como me crees, y la naturaleza no me formò para serlo.

ESCENA TERCERA.

EL PABELLON DE PIZARRO.

Pizarro paseándose por el teatro, con un desasosiego taciturno y feroz.

Piz. Enhorabuena, ídolo caprichoso; fortuna, arruíname y jàctate de tu obra, que mi constancia me sostiene aun; pero ántes de mi esterminio concédeme tu sonrisa para un solo acto de venganza, y sea esa sonrisa la muerte de Alonso. ¿Quién està ahí? ¿quién se atreve á interrumpirme? ¿mi guardia olvida su deber? [*Entra Elvira.*]

Elv. Tu guardia ha hecho cuanto ha podido, pero sabe demasiado su obligacion para emplear la autoridad cuando niego yo la obediencia.

Piz. Y qué quieres?

Elv. Ver como sobrelleva un hêroe el infortunio. Domínate Pizarro! Te desconozco en este momento.

Piz. ¿Quieres que me alegre de que las lanzas enemigas, acaudilladas por el maldito Alonso, hayan atravesado el corazon á los mas valientes de los mios?

Elv. No, quisiera verte tan frio y mústio como la noche que sigue á la tormenta: que tuvieras la calma y el ceño del horrendo silencio que precede á las convulsiones de la naturaleza; pero desearia al mismo tiempo, no olvidaras que ha de amanecer otro dia en que el animo del guerrero se desarrolle con nueva brillantez, sin temer el porvenir, ni lamentar lo pasado.

Piz. Muger! Elvira! ¿Por qué no poseerán todos los mios corazones como el tuyo?

Elv. Si los tuvieran, tus sienes hubieran ceñido hoy la corona de Quito.

Piz Ay! Ni aun esperanza me queda miéntras Alonso, ese azote de mi vida y fama, acaudille el enemigo.

Elv El obgeto de mi visita es poner á prueba la magnanimidad del héroe. Alonso es prisionero tuyo.

Piz. ¡Qué pronuncias!

Elv. La verdad. Valverde acaba de verlo arrastrado á tu campamento cargado de cadenas, y yo quise ser la mensagera de esta nueva.

Piz. El cielo te recompense Elvira. Alonso en mi poder! Ya he triunfado! Mia es la victoria.

Elv. Pizarro! ese júbilo es brutal é indigno de tì. Creeme : tu alegría me tiene ansiosa de conocer al hombre, cuyo valor intimida á Pizarro: cuya desgracia hace su triunfo : cuyos grillos garantizan su seguridad.

Piz. Guardias! [*Entran.*] Arrastrad aquí al prisionero español : conducidme al instante ese traidor.

Elv. ¿Qué destino le espera?

Piz. La muerte! ¡La muerte mas atroz y prolongada que la humanidad pueda resistir, enmedio de cuantos tormentos sea capaz de inventar todo el esmero de la mas cruel venganza!

Elv. Avergüénzate! ¿Quieres dar márgen á los peruanos para que publiquen que Pizarro no pudo ser vencedor hasta que Alonso esperimentò que podia ser asesino?

Piz. Diganlo enhorabuena, nada me importa. Su suerte está sellada.

Elv. Has lo que quieras, pero atiéndeme : si tu infamia es tanta que derramas la sangre de ese valiente jóven,

perdiste á Elvira para siempre.

Piz. ¿De dónde viene ese empeño por un estraño? ¿Qué te interesa á tí la suerte de Alonso?

Elv. Su suerte nada, tu gloria es el todo para mí! ¿Piensas que yo te amara si te viera desnudo de gloria, de honor, y de una merecida reputacion? Conóceme mejor.

Piz. Tambien debieras tú conocerme á mí. Debieras saber, que una vez provocado mi odio, mi alma se fija para siempre en la venganza. [*Entra Alonso custodiado. Elvira le mira llena de asombro*]

Piz. Seais bienvenido D. Alonso de Molina; hace ya algun tiempo que no nos veiamos, y vuestra serena frente á nadie le haria creer sino que habiais pasado la vida en la tranquilidad de los campos. ¿De qué arbitrio os habeis valido para conservar entre las fatigas y cuidados de la guerra la lozana frescura de una indolencia campestre? Decidme vuestro secreto.

Alons. No te aprovecharia Sean los que quieran los trabajos y cuidados de la guerra, la paz de mi alma ha tenido siempre su mansion aquí. [*Poniéndose la mano en el corazon.*]

Piz. Satírico rapaz!

Elv. Lo mereces. ¿Es justa la irrision con un infeliz?

Piz. Tambien he oido que sois casado, y que teneis un hijo, heredero sin duda alguna de la lealtad de su padre, y de la fidelidad de su madre.

Alons. Espero que será el heredero de la abominacion y desprecio con que su padre mira el fraude, la opresion, y la tiranía: que lo será de las virtudes, amabilidad y candor de su madre, y sin duda alguna, de todo el rencor de Pizarro.

Piz. De veras! Me compadezco de él, porque el sol de mañana presenciará su horfandad. Alonso, vuestras horas están contadas.

Elv. No, Pizarro!

Piz. Retírate, ó teme mi còlera.

Elv. Ni la temo, ni me separaré de aquí.

Alons. Generosa hermosura! Escusa tu inútil conmiseracion. No pienses desarmar al tigre que siente la presa en sus garras.

Piz. Insolente rebelde! ¡Apóstata de tu rey y de tu Dios!

Alons. Mientes!

Piz. ¿No has desertado dí, de las legiones de tu patria? ¿no estás ligado con infames gentiles? ¿no has hecho la guerra á tu pais nativo?

Alons. No! tampoco soy desertor! Yo no nací entre ladrones! piratas! asesinos! Cuando esas legiones movidas de la detestable codicia del oro, é impul-

sadas de tu ruin ambicion, olvidáron el honor castellano, despreciando los derechos de la humanidad; ELLAS me abandonaron á MÍ. Yo no he hecho la guerra contra el pais en que nací, sino contra los indignos que usurpáron su poder. Las banderas de mi patria, cuando en mi niñez me aliste en ellás, protegian la justicia, la buena fé y la humanidad: si estas virtudes han sido holladas, si han desaparecido, no tengo patria, ni hay poder alguno que pueda tacharme de conspirador.

Piz. Por lo ménos existe para juzgarte y castigarte.

Alons. Dònde están mis jueces?

Piz. Quieres apelar al consejo de guerra?

Alons. Si el buen Las-Casas ocupa un asiento en él todavía, sí; si no, apelo al cielo.

Piz. ¿Y para alucinar la demencia de Las-Casas, què disculpa darias de tu traicion?

Elv. La demencia de Las-Casas! Solo tu feroz sabiduría diera ese nombre á sus suaves doctrinas. ¡Ojalá que así como moriré sectaria de ellas, hubiera sido partícipe en vida de su demencia!

Alons A él ninguna necesidad tendria de repetirle las horribles barbaridades que me alejaron de tu lado, pero le conduciria por la mano á los hermosos campos de Quito: allí en diversos lugares que ántes no eran mas que un

desierto inculto, le manifestaria ahora los entreabiertos capullos, ó el perfumado boton, dulces garantías de una preciosa cosecha, que esparciendo sus aromas con el calor del sol, aseguran la lisongera esperanza de la industria, y le diria: *esta es mi obra.* Despues esplicándole de qué modo el influjo de costumbres nocivas y de una preocupacion tenebrosa desmayaba los ánimos y dispersaba frecuentemente aquellos inocentes, se los presentaria reunidos ya en ciudades populosas, donde viven cual hermanos en buena fé y armonía, viéndose en sus laboriosas frentes el contento durante el ardor del sol, hasta que el risueño pasatiempo de la tarde les anuncia que ha llegado la hora del reposo. Tambien esta es mi obra le diria. Y en la pausa magestuosa que hay entre el trabajo y el descanso, pausa en que sin entregarnos al recreo, ni á la fatiga ni al ocio, elevamos nuestras almas á AQUEL que todo lo dispone y ordena: yo me gozaria en enseñarle millares de seres, sacados del error con la dulzura, cuyos ojos y manos levantadas tributan la adoracion mas pura al Dios único y verdadero. Esta tambien podria decirle, *es obra de Alonso.* Las-Casas me estrecharia entônces en sus ancianos brazos: sus elevados ojos despren-

derian una lágrima de viva gratitud sobre mi cabeza, y en esa lágrima piadosa recibiria á un mismo instante la mejor prueba de que habia procedido bien *en este mundo*, y la seguridad mas firme de merecer la clemencia y remuneracion de mi Criador *en el venidero*.

Elv. Feliz, virtuoso Alonso! Y tú, Pizarro, ¿intentas atemorizar con la muerte al hombre que obra y piensa así?

Piz. Atrevido y obstinado entusiasta! Sabe que las dichas celestiales que te ofrecen las lágrimas de tu preceptor no te esperan aquí: ha huido como tú; como tú, sin duda alguna, para unirse á los enemigos de la España. La incierta prueba de esa recompensa que aguardas, está mas próxima de lo que crees: porque juro por mis propios agravios, y por los de mi patria, que el astro de mañana será testigo de tu muerte!

Elv. Calla Pizarro, y escúchame. Si no con *justicia*, por lo ménos procura obrar siempre con *grandeza*. No alegues los agravios de tu patria, porque bien claro está que ninguna parte tienen en tu resentimiento. Tu furor contra este jòven es odio particular, y una venganza personal de muerte: si esto es así, como lo revela por tus ojos tu traidora conciencia, no pro-

fanes el nombre sacrosanto de la justicia, ni la causa de tu pais. Sé generoso: ponle en libertad, y midiendo tu acero con el suyo, dale esa prueba de tu valor.

Piz. Silencio, oficiosa defensora de la traicion! Quitadle de mi vista: yá ha oido su sentencia.

Alons. Tu rencor es ardiente, y te lo agradezco: tu piedad la mediré por la prisa que te dés. Y vos, dulce abogada del infortunio! aceptad mis postreras gracias. Este campo no es la esfera en que debeis moveros. Si habitaseis entre los que éstos llaman *salvages*, hallariais corazones mas análogos al vuestro.

Piz. Sosiégate. Ella llevará á Cora la noticia de tu muerte.

Alons. Inhumano! ¡Ese tormento siquiera pudieras haber escusado á mi memoria! pero por mas esfuerzos que haga tu infernal malicia, no conseguirá que vacile mi constancia. Voy a morir con la seguridad de que habrá muchos que bendigan, y ninguno que execre mi memoria. Tú vivirás aun, pero serás siempre..... Pizarro..... [*Vase con las guardias.*]

Elv. Solo la espresiva indignacion que abrasa mis megillas puede espresar la vergüenza y desprecio que infunde en mi alma la ruindad de tu venganza.

Piz. Què intentas con esa locura? Es mi enemigo, y està en mi poder.
Elv. Por lo mismo dejò de ser enemigo, Pizarro, *no espero virtud de tí*, ni pido nobleza de ànimo: solo pretendo que obres con la dignidad que te impone el nombre que has adquirido: no quieras ser el asesino de tu propia reputacion. ¿Cuántas veces has jurado que el sacrificio que la fama de tu prodigioso valor te habia adquirido en la rendida Elvira, era el mas orgulloso de tus triunfos? ¡Tú sabes que mi alma no es del temple comun, ni formada para un amor sumiso y solitario, satisfecho entre los cuidados domésticos con chacharear á una ociosa prole, y esperar el insípido placer de ser acariciada por un amante oscuro. No! Mi corazon nació para tributar respeto y homenage al obgeto de su adoracion: mis oidos para no deleitarse en otra música que los penetrantes elogios de su gloria: mis labios para despreciar toda charlataneria que no sea la historia de sus hazañas: mi imaginacion para enloquecerse de placer leyendo sus alabanzas, tributadas por la gratitud de su monarca y de su patria: la menor de mis facultades para palpitar de transporte oyendo las aclamaciones que anuncien la llegada de mi hèroe: toda mi alma para amar-

le con devocion! con entusiasmo! para no ver otro obgeto, para no conocer otro vínculo, para tener en EL mi UNIVERSO! Semejante amor no es por lo ménos una debilidad comun. ¿Y no era tal el que te profesaba Elvira, Pizarro?

Piz. Y qué!

Elv. No me hagas, pues, aborrecerme á mí misma, quitándote la máscara de un golpe: desnudando al horrendo impostor que me sedujo! No perpetres un hecho, que sea el que quiera el barniz con que tu poder actual lo disfrace al mundo, te hara detestable â todas las edades futuras, execrado y maldecido de la posteridad.

Piz. Y si la posteridad aplaudiese mis hechos, ¿crees tú que mis pulverizados huesos crugirian de contento en la tumba? Sueñen esa fama jòvenes visionarios: yo no la entiendo. La que yo busco elevará mi estimacion en vida, superará con el apoyo popular la envidia de mis enemigos, promoverá mis planes, y sostendrá mi poder.

Elv. Cada palabra que profieres, cada momento mas que te oigo disipa la densa niebla que me ha impedido conocerte. Ya veo hombre de nombradía poderosa y de alma vil, que no naciste para sentir lo que son la gloria y fama verdaderas. Anda! prefiere

las lisonjas de tu pasagera vida, al brillo de un nombre inmortal! Anda! prefiere ser celebrado sobre el grano de arena que hollan tus pies, á resonar en el estrellado palio celeste que te cubre! La fama: esa deidad soberana de una ambicion noble no se acata así: quien solo aspira al homenage en vida, no es mas que un oscuro pretendiente, que sin pasar de la puerta de su templo, mendiga indistintamente del ligero aliento de cada miserable que entra el débil tributo de su alabanza. No osa acercarse al sacrosanto altar. Ningun sacrificio suyo se consume allí, ni la Diosa desde su mansion empírea concederá jamas á la memoria de tan limitado ente una inmortalidad gloriosa.

Piz. Déjame Elvira.

Elv. No me amas yá, Pizarro.

Piz. No es eso, Elvira. ¿Pero qué no debo sospechar? Ese admirable interes por un estraño convierte contra tí tus baldones.

Elv. No Pizarro: todavía soy tuya; subsiste un nudo todavia que me liga á tu destino: no le rompas, te ruego, por tu propio bien: no derrames la sangre de Alonso.

Piz. Yá lo he resuelto.

Elv. ¿Aun cuando en ese momento pierdas á Elvira para siempre?

Piz. Aun asî.

Elv. Pizarro! Si estás sordo al honor y á la humanidad, oye siquiera la voz del afecto: ¿no te acuerdas de los sacrificios que he hecho por tí? ¿te olvidas que por tí abandoné parientes, amigos, reputacion y patria? ¿Cuando huiamos no me espuse por arrojarme á tus brazos á sumegirme en los senos del abismo? ¿No he sido tu compañera inseparable en los riesgos, siguiéndote en las desechas tormentas del mar y en tus peligrosas fugas por tierra? Hoy mismo, enmedio de la carniceria del combate, quien estuvo mas firme y constante al lado de Pizarro? ¿Quien te hizo de su pecho un escudo contra las embestidas del enemigo?

Piz. Todo es cierto En el amor eres el prodigio de tu sexo: en la guerra el modelo del soldado, y por lo mismo posèes todo mi corazon y la mitad de mis bienes.

Elv. Dame una prueba de que domino el primero, y todo lo demas lo trueco por.... un sentimiento de piedad en favor de Alonso.

Piz Basta! Aun cuando mi intencion hubiera sido diferirlo, cada palabra tuya apresuraria su destino.

Elv. ¡Conque Alonso espira mañana!

Piz. ¿Estas segura de que el horizonte esconderá el sol que miras? Pues tam-

bien puedes estarlo de que su aurora presenciará la muerte de Alonso.

Elv. Bien! Estalló para siempre el lazo que nos unia! Hasta aquí te ha sobrado motivo para dudar de mis determinaciones por ofendida que haya estado : óyeme bien ahora! Los labios que con una frialdad escarnecedora, balbuceando una venganza preñada de rencorosa mofa, son capaces de insultar á un enemigo vencido, jamas recibirán el ósculo del amor de Elvira, ni el brazo que firme en su sanguinario intento aplica una tortura inútil á la víctima de su rencor, volverá á estrechar tampoco la mano que le entrego mi fe. Pizarro! no desprecies mis palabras. Ay de tí si las desairas! Conozco cuan nobles son los motivos que me inspiran estas ideas ; el que no es capaz de ellas es un indigno ; y el que teniéndolas *no quiere* proceder como PROCEDERE yo, le desprecio.

Piz. [*Despues de una pausa, mirándola con una afectada sonrisa de desprecio*] Te he oido Elvira, y conozco bien los nobles motivos que animan á tan digna abogada de la virtud! Creeme: compadezco tus tiernos sentimientos hacia el jóven Alonso, porque mañana al salir el sol muere!....

Elv. Está bien. Merezco verme humi-

nada, porque me olvidé de mí misma, y defendiendo la inocencia tomé el tono de la virtud. Merezco ser reprendida, y por Pizarro. ¡Corred, corred involuntarias làgrimas de flaqueza, últimas que estos ojos verteran! De que modo puede amar una muger, yá lo sabes perfectamente Pizarro! ahora te resta esperimentar hasta donde es capaz de aborrecer. Sí, impávido! Tú, á quien ningun peligro humano ha atemorizado todavía! Tú, que enfrente de Panamá obligaste á hacer treguas contigo á los enfurecidos elementos que interrumpiéron el silencio de aquella noche horrible en que seguiste, cual si hubiera sido un batidor tuyo, los designios del rayo estrepitoso, y trillando la convulsa tierra tremolaste tu pabellon en la boca del rojo volcan! Tú, que combatiendo en el mar, cuando tu valeroso bagel estaba reducido yà á astillas, te viéron montar en un fragmento humeante de él, blandiendo el reluciente acero sobre tu cabeza, como si en aquel estremado conflicto, quisieras desafiar al universo! Prepárate, malvado imperturbable! á superar el último y mas horroroso apuro de tu vida! arrostra y sobrevive..... al furor de una muger ultrajada, *si puedes.* [*Vase.*]

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Un calabozo en las rocas, cerca del campo español. Alonso cargado de cadenas. El centinela que se pasea junto á él.

Alons. Por la última vez he visto las sombras del occeano esconder su luz. Por la última veo ahora el fluctuoso resplandor de las estrellas que penetra la grieta de mi calabozo. Por la última, oh Sol! (y la hora se acerca) presenciaré tu nacimiento, observaré tus esparcidos rayos, convirtiendo las pálidas nubes de la aurora en brillantes gotas de rocío..... En seguida moriré, ¡el dia mismo de mi cumpleaños! No, Alonso. No cuentes el tiempo de tu existencia por el miserable número de horas y dias que has respirado: una vida virtuosa debe medirse con un compas mas noble; por acciones, y no por años ¡Léjos de quejarte debieras alabar á la Providencia, que en tan corto espacio te hizo el instrumento de venturas grandes y transcendentales para los oprimidos y tiranizados! Aunque el hombre muera agoviado de la

decrepitud, solo espira prematuramente EL infeliz, cuya memoria no le recuerda el menor beneficio hecho á sus semejantes por su mano · y solo pueden decirse ancianos aquellos que han vivido en la virtud [*Entra un soldado, y enseña un pase al centinela: este se retira.*] Qué te trae aquí?

Sold. Tengo órden de presentaros estos manjares.

Alons. Quién los envía?

Sold. La señora Da. Elvira.

Alons. Dale las mas vivas gracias de mi parte, y tómalos tú, amigo mio, que que yo no los necesito.

Sold. He servido á vuestras órdenes, D. Alonso, y me perdonareis os manifieste cuanto os compadece mi corazon. [*Vase.*]

Alons. Compadecer al infeliz en el campo de Pizarro, es un sentimiento que á la verdad necesita de perdon. [*Mirando hácia fuera.*] Cesaré de observar la aurora para dirigirte, ¡oh Ser supremo! desde la lobreguez de mi calabozo, la última plegaria en favor de mi esposa y de mi hijo. Dígnate darles una vida inocente y tranquila, concédeles, Señor, una alma pura, todo lo demas es supérfluo. [*Entrase en la caverna.*

Centin. Quién vive? Responded pronto. Quién vive!

Rola. Un fraile que viene á visitar al preso. [*Entra Rola vestido de fraile.*]

Rola. Decidme, amigo, ¿no es este el calabozo de Alonso, el prisionero español?

Centin. El mismo.

Rola. Precisa que yo le hable.

Centin. Precisa que no le hableis.

Rola. Es mi amigo.

Centin. Aunque fuera vuestro hermano.

Rola Qué destino le espera?

Centin. El patíbulo, al amanecer.

Rola. Gracias al cielo, que llego á tiempo!

Centin. Sí..... para presenciar su muerte.

Rola. Soldado, es forzoso que yo le hable.

Centin. Atras! atras! Es imposible.

Rola Te lo suplico, aunque sea por un momento.

Centin. En vano os cansais. Las órdenes que tengo son muy rigorosas.

Rola. Pues yo he visto ahora mismo salir de aquí uno.

Centin. Ese trajo un pase que todos estamos acostumbrados á obedecer.

Rola. Mira esta bolsa de oro maciso, mira estas piedras preciosas. Sobran para proporcionarte en tu pais, con todos los tuyos, una riqueza que jamas hubieras imaginado: tómalo: todo es tuyo, con tal que me permitas ver un minuto á Alonso.

Centin. Quitaos de mi presencia! Quereis sobornarme? A mí! A un castellano

viejo! Yo sé cumplir con mi obligacion.

Rola. Soldado, tienes esposa?

Centin. Sí.

Rola. Tienes hijos?

Centin. Cuatro: y honrados y amables chicos.

Rola. Dónde los dejaste?

Centin. En mi pais, en la misma cabaña en que yo nací.

Rola. Los amas?

Centin. Si los amo! Dios que conoce mi corazon lo sabe.

Rola. Figúrate que estuvieras condenado á muerte en esta tierra estraña, ¿cuál seria tu última súplica?

Centin. Que algun camarada llevase mi última bendicion à mi muger y mis hijos.

Rola. Ah! Peró si ése camarada estuviera á las puertas de la prision, y allí le digesen: tu compañero espira mañana al romper el dia, y con todo no tendrás el gusto de verle ni un momento, ni llevarás tampoco sus últimos votos à sus pobres hijos y desconsolada esposa, ¿que juicio harias del inhumano que le arrojase asi de la puerta?

Centin. Entrad. [*Se retira.*]

Rola. Oh santa naturaleza! Jamas reclamas en vano! No hay en la tierra criatura alguna con vida, sea humana ò salvage, habitadora de los bos-

ques ò del aire vagaroso, en cuyo corazon paternal no hayas puesto tú una fibra, que con su impulso la sujete á los clamores de su prole, y á cuya voz no vuelva dòcil hácia tí. Hasta el ensangrentado buitre, que con ferreas alas rompe el aire en medio de la borasca, la siente en su corazon con la misma blandura que el cisne; y la arrulladora tortolilla no es mas apacible cuando posa sobre su descubierto nido. Mas el centinela esta fuera yá. Alonso, Alonso, amigo mio. Ah! con qué sosiego duerme! Alonso! levántate!

Alons. Cómo! Se ha pasado yà la hora? Pues bien: [*saliendo de la gruta.*] estoy pronto.

Rola. Conòceme, Alonso!

Alons [*Surprendido*] Qué voz es esta?

Rola. La de Rola.

Alons. Rola! Amigo mio! [*Abrazándole.*] Cielos! Cómo has podido pasar la guardia? Acaso ese hábito ....

Rola. La guardia me hizo camino: no perdamos un momento: recorriendo el campo de batalla hurte este disfraz al cadàver de un fraile: con él he logrado entrar en tu calabozo; póntele, y huye.

Alons. Y Rola?

Rola. Quedará aquí en tu lugar.

Alons. Y morira por mí! No! Antes des-

trocen mi cuerpo torturas eternas.

Rola. Yo no morire, Alonso! Tu vida es la que quiere Pizarro, no la mia; ademas de que tu brazo me libertará pronto de la prision, y cuando no sucediere así, yo puedo compararme á un platano aislado en medio de un arenoso desierto. Nada vive ni respira bajo mi proteccion, y tú eres esposo y padre: la existencia de una consorte amable y de un desamparado niño dependen de la tuya. Vete, vete, Alonso! Vete y preserva..... no tu vida, sino la de Cora y la de tu hijo.

Alons. No insistas en tu porfia, amigo mio; estoy preparado á morir en paz.

Rola. A morir en paz! Condenando á la desesperacion, la muerte y la infelicidad á aquella para quien juraste vivir? Sabe, pues, que el estado en que la degé no presta otra esperanza que tu pronta vuelta.

Alons. Oh Dios!

Rola. Si estás todavía indeciso òyeme, Alonso. Creo que jamas has visto à Rola faltar á su palabra; pues juro por el amor que mi corazon profesa á la verdad, que si una mal entendida altivez te hace negar á tu amigo el placer de preservar la vida de Cora en la tuya, todo el poder que rige la voluntad del hombre no

me separará de aquí, para que tengas el desesperado triunfo de ver á Rola perecer à tu lado, con la seguridad de que Cora y tu hijo acabàron para siempre.

Alons. Oh Rola.... Me transportas!....

Rola. Dilátalo un momento mas, y todo está perdido. La aurora se acerca: no temas por mí; yo desarmaré à Pizarro con voces de sumision y rendimiento: ganaré tiempo, no lo dudes, para que atravesando tú la secreta senda al frente de un cuerpo escogido, estés de vuelta al anochecer, libertes à tu amigo, y me restituyas á mi patria en triunfo; pero anímate, querido Alonso! En este mismo momento me parece que oigo á Cora que con voz enagenada te llama. Pronto! Pronto!

Alons. Rola, yo creo que tu amistad me separa del honor y la razon.

Rola. Alguna vez ha propuesto Rola la infamia á su amigo?

Alons. Oh preservador mio! [*Abrazándole*]

Rola. Tus ardientes lágrimas bañan mis megillas. Huye, yá estoy recompensado. [*Le pone á Alonso el hábito de fraile.*] Asì, ocúltate el rostro, y para que el ruido no te descubra, sujeta bien tus cadenas: ahora Dios te ayude.

Alons. Esta noche nos verèmos: entònces, así el cielo me favorezca! ven-

go á salvarte, ó á espirar contigo.

Rola. [*Solo.*] Ha pasado el rastrillo! Yá está seguro, y pronto abrazará otra vez á su esposa y á su hijo. Conocerás ahora que me injuriaste, Cora? Por primera vez de mi vida he engañado á un hombre: perdóname, Dios de verdad, si he hecho mal. Alonso cree que nos volverèmos á ver. Sí, allí! [*Levantando las manos al cielo.*] nos verèmos otra vez. Allí! Y para disfrutar en paz los goces de un amor y amistad eternos, que en la tierra son tan precarios y acerbos. Voy á retirarme, no sea que el centinela vuelva ántes que Alonso haya pasado las líneas. [*Entrase en la gruta.*]

ENTRA ELVIRA.

Elv. No, ni las brutales sátiras de Pizarro, ni la viva admiracion con que miro á este noble jòven, inspirarán en mi despedazado pecho el menor sentimiento que el honor no apruebe. Si rehusa ser el instrumento de la venganza que mi corazon ha jurado al tirano, cuya muerte es lo único que puede salvar este pais, tendré por lo mènos el placer de restituirle á los brazos de Cora, á su querido hijo, y al indefenso pueblo que rige su virtud, y que protege su valor. Alonso, sal! [*Entra Rola.*]

Elv. Quién eres? Dónde está Alonso?

Rola. Huyó.

Elv. Huyó?

Rola. Sì, y es preciso que no se le persiga: perdonadme mi aspereza, [*tomándole la mano.*] pero cada momento es precioso para él.

Elv. De que te valdrá asirme la mano, si llamo la guardia?

Rola. Aun así le doy tiempo.

Elv. Y si de este modo me deshago de ti? [*Enseñando un puñal.*]

Rola. Sepultadle en mi corazon: mi mano aun en las convulsiones de la muerte os detendrá todavía.

Elv. Suéltame: te ofrezco que no llamaré, ni haré que se le persiga.

Rola. Quiero creeros: la penetrante intrepidez de esos ojos me asegura que vuestra alma es noble.

Elv. Cómo te llamas? Dilo sin recelo: el centinela por mi órden se ha retirado al rastrillo.

Rola. Mi nombre es Rola.

Elv. El caudillo peruano?

Rola. Ayer lo era; hoy soy el prisionero de los españoles.

Elv. Y tu amistad à Alonso te ha inducido á semejante empresa?

Rola. Alonso es mi amigo, estoy pronto á morir por él: con todo, la causa es mas poderosa aun que la amistad.

Elv. Solo una pasion conozco capaz

de una temeridad tan generosa.

Rola. Y es?....

Elv. El amor.

Rola. Es cierto.

Elv. Bizarro, ingenuo Rola! sabe que que mi venida aqui ha tenido el mismo obgeto..... salvar á tu amigo.

Rola. Qué oigo! Existe una muger tan noble y virtuosa, y no es Cora?

Elv. ¿Tan baja opinion tiene Rola del corazon de las mugeres?

Rola. No, pero sé que nos escedeis en bondad y depravacion.

Elv. Si yo te salvara, Rola, de la venganza del tirano, te restituyese á tu pais, y le diese la paz, ¿no mereceria Elvira que la numerases entre las buenas?

Rola. Para juzgar de la obra es menester que conozca los medios.

Elv. Toma esta daga.

Rola. En quién la he de emplear?

Elv. Te conducire á la tienda en que duerme el feroz Pizarro, ese azote de la inocencia, el terror de tus paisanos: la furia devastadora de tu afligida patria.

Rola. Os ha hecho alguna injuria?

Elv. La mas atroz con que el ponzoñoso veneno del desprecio y el ultrage pueden herir el corazon humano.

Rola. ¿Y quereis que yo lo asesine durmiendo?

Elv. No intentaba él asesinar á Alonso cargado de grillos? El hombre dormido y el encadenado son iguales. Oyeme Rola; examinando mi corazon veo [*así triunfe mi arriesgada empresa*] que no es una venganza particular la que me anima; al contrario, estoy persuadida de que mi terrible intento debe su mayor impulso á la voz sagrada de la humanidad y la justicia.

Rola. El Dios de justicia no santifica el crìmen, aunque se le quiera pintar como un paso hácia el bien: ni las grandes acciones necesitan de medios indignos.

Elv. Peruano! Una vez que eres tan insensible á los agravios de tu pais, mi misma mano, por mas que el alma lo repugne, descargará el golpe.

Rola. Si lo verificais, vuestro esterminio es cierto, y pereceis por el Perú sin salvarlo. Dadme la daga.

Elv. Sígueme, pues; pero antes, por dura que sea la necesidad, es preciso que inmoles al centinela.

Rola. Al soldado que la hace actualmente?

Elv. Sì, á ese, porque si te ve dará el alarma.

Rola. Conque es fuerza que al pasar lo asesine? Tomad vuestra daga.

Elv. Rola!

Rola. Oidme. Ese soldado es un hombre, y no todos los que tienen forma hu-

mana lo son. El desatendió mis insinuaciones, y despreció mi oro, negándose á darme entrada, hasta que su misma humanidad le sobornò. La salvacion de mi patria no me haria injuriarle.

Elv. Entònces es preciso que á todo riesgo nos le llevemos.

Rola. Entendámonos bien en este particular, porque sea de nuestra empresa lo que fuere, no ofenderé un solo cabello suyo, ni aun por salvar las venas de mi corazon de un fuego consumidor. [*Vanse.*]

ESCENA SEGUNDA.

El interior del pabellon.—Pizarro descansando medio dormido.

Piz. [*Entre-sueños*] No hay piedad para tì, traidor! Asestadle al corazon! Quitaos del medio: dejadme que le vea desangrarse. ¡Oh, qué placer!.... Hacedle repetir ese gemido! [*Entran Rola y Elvira.*]

Elv. Ahi le tienes! No pierdas un momento.

Rola. Alejaos ahora. Escena tan sangrienta no debe presenciarla una muger.

Elv. Acuerdate que un momento de tardanza puede....

Rol. Partid, señora. Retiraos á vuestra tienda, y no volvais aquí: yo os buscaré: ignórese que sois cómplice en

este hecho: yo os lo ruego.

Elv. Haré retirar al centinela, que espera. [*Vase.*]

Rola. En mi poder tengo yá al execrable destructor de mi pais; pero descansa tranquilamente. Oh Dios! Puede dormir este hombre?

Piz. [*Soñando.*] Horrendas furias! No despedaceis mi pecho así.

Rola. No: me habia engañado: jamas conocerá el dulce balsamo del reposo. Mirad este cuadro, necios ambiciosos! ¡Vosotros, à cuyo inhumano orgullo parece nada el sacrificio de naciones enteras! mirad el descanso del criminal! Con un solo golpe pudiera..... No, mi corazon y mi mano rehusan descargarlo. Rola no puede ser asesino! Mas es forzoso salvar á Elvira! [*Se acerca á la cama.*] Pizarro, despierta!

Piz. [*Saltando del lecho.*] Quién? Guardia!

Rola. Calla! Otra palabra que profieras sella tu muerte: en vano invocas auxilio! Este brazo será mas veloz que tu guardia.

Piz. Quién eres? qué solicitas?

Rola. Soy tu enemigo! Rola, el peruano. Si deseara tu muerte, pudiera habértela dado miéntras dormias.

Piz. Habla, que otra cosa pretendes?

Rola. Ahora que estás à mi arbitrio, respóndeme: ¿te ha ofendido jamas algun peruano, ó ha ofendido á alguno de

tu nacion? ¿Ha encontrado jamas piedad en tí ò en los tuyos el infeliz paisano mio que ha caido en vuestro poder? Ahora vas a esperimentar, y con un sentimiento vergonzoso, si tu corazon es susceptible de él, la venganza de un peruano. Mírala! [*Le arroja el puñal á los pies.*]

Piz. Es esto creible! [*Retrocede confundido.*]

Rola. Debe esto sorprender à Pizarro? Yo creia que el perdon de las injurias era el primer precepto cristiano: por lo ménos yà ves que es una práctica peruana.

Piz. Rola, no puedo negar que me has admirado y vencido. [*Da algunos pasos desatentados.*]

ENTRA ELVIRA.

Elv. Ha muerto ya? [*Viendo á Pizarro.*] Mas qué miro! Vive todavía? Soy perdida, y por vosotros, desventurados peruanos! No hay que esperar piedad. Oh Rola! Es traicion, ò cobardia?

Piz. Qué significa esto?

Rola. Apartaos. [*No sabe lo que habla.*] Dejadme [*á Elvira*] con Pizarro.

Elv. Cómo! Piensas Rola, que me retracte, ó que vilmente niegue que fuì yo quien te puso en la mano el puñal que debia romper el corazon de ese tirano? No. El único pesar de mi

alma es haberlo confiado à tu debilidad, en vez de sumergírselo yo misma! Pronto conocerás que la piedad con ese monstruo es escesiva crueldad con tus paisanos.

Piz. Guardia! Pronto, prended á esa frenética..

Elv. Si, la guardia! Yo tambien la invoco, y sé que muy pronto ha de sacarme al suplicio! Pero no creas Pizarro, que el furor de tus centellantes ojos me intimidara ni un momento: tampoco pienses que me ha impelido á esto el rencor de muger ofendida, ó el pesar de un corazon injuriado. No! Si no hubiera tenido otros motivos, el mal èxito de mi empresa me haria sucumbir à la vergüenza y el remordimiento: mas es tan grande la causa que me animó, que sorprendida y próxima á mi esterminio, como estoy, pereceré gloriandome de mi arrojo, y en el último aliento de mi vida pronunciare la orgullosa confesion de un proyecto, que era rescatar millones de inocentes de la sanguinaria tiranía de *uno*, libertando de *tí* al insultado mundo.

Rola. Si el modo hubiera sido tan noble como la obra, Rola no se hubiera negado à ella. [*Entro la guardia.*]

Piz Prended á esa furia, que intentaba dar muerte a vuestro gefe.

Elv. No me toqueis si amais la vida: soy prisionera vuestra, y os seguiré. Pero óyeme tú orgulloso caudillo; acepta, Rola, mi perdon, y cree que aun cuando hubiera sido víctima de la nobleza de tu alma, te admiraria por ella: yo misma fuí quien provoquè mi destino en el momento mismo en que tú querias salvarme. Oh Rola! Què tu desprecio no me siga al sepulcro! ¡Si supieras las seductoras artes con que este hipòcrita empezó á minar la virtud de un corazon puro! ¡De qué modo profanando hasta el santuario donde me hallaba, empleó la corrupcion y el fraude para pervertir las personas á quienes estaba confiada, hasta que estraviando mi fantasía me precipitó paso por paso en el abismo del crìmen!....

Piz Obedeced! Arrancadla de aquí.

Elv. Ya acabé. Pero si supieras mi historia Rola, me compadecerias.

Rola Os compadezco con toda mi alma, Elvira!

Piz Villanos! Arrastradla al calabozo: preparad al instante la tortura!

Elv Soldados, concededme un solo momento mas para aplaudir á vuestro general: para publicar al mundo asombrado, que por una vez siquiera ha dado Pizarro una sentencia justa. Sí, despedazame con los tormentos mas

crueles que jamas hayan agonizado el cuerpo humano! Lo merezco. Ordena á los ministros predilectos de tu ferocidad, que retuerzan los nervios de estos brazos que tantas veces te han acariciado y... aun defendido! Màndales destilar derretido metal en los desangrados huecos de estos ojos que tan frecuentemente, oh Dios!.... han buscado llenos de amor y de respeto tus miradas: condúceme luego maniatada á la rueda horrible: sacia allí tus salvages ojos en los convulsivos deliquios del deshonrado pecho en que te reclinabas antes! Todo lo sufriré, porque todo lo merezco; pero cuando les mandes que me den la muerte destrozandome, creyendo que tus inhumanos oidos se regocijarán por último con mi llanto, no despediré un grito ni un gemido, para que la constancia de mi cuerpo mofe tu venganza, así como mi alma desprecia tu poder.

Piz [*Procurando disimular su agitacion.*] ¿Has oido á esa miserable, cuyas manos se disponian ahora mismo á bañarse en mi sangre?

Rola La he oido. Y si las imputaciones que te hace son falsas, debes vindicarte: si no, jamas podrá toda tu barbarie causarle las mortales ansias que tu conciencia debe hacerle padecer.

Elv. Adios, sencillos habitantes del Perú! Adios, Rola! Adios tú, *maldito del cielo!* [*A Pizarro.*] Porque la penitencia y el remordimiento sé muy bien que jamas tocarán tu corazon. Nos verémos otra vez. Sí, llénete de horror aquí, la seguridad de que nos volverémos á ver despues! Y cuando tu último aliento se aproxime, atiende el clamor terrible, cuya vibracion aterrará tu desesperada alma. ¡Entònces tronarán en tus oidos las maldiciones del santo monasterio á cuyo auspicio me robaste! ¡entònces te atormentarán los últimos gritos que lanzó el despedazado corazon de mi madre al espirar, invocando la justicia divina contra el seductor de su hija! ¡Entònces te estremecerán los gemidos, ahogados en sangre, de mi asesinado hermano [*asesinado por tí, monstruo horrendo!*], solo porque intentó vindicar mi empañado honor! Yo los oigo en este momento. Ah! su recuerdo me transporta! En tu postrera hora ellos han de desgarrar tu corazon.

Piz. Si os deteneis mas, vuestras vidas....;

Elv. Yá acabé; y la última fragilidad de mi corazon pasó tambien. Marcho á esperar mi destino con un espíritu impávido y una firmeza imperturbable. Que no haya *vivido* con nobleza, ha sido OBRA DE PIZARRO. *Morir* magná-

nimemente lo será mia. [*Vase con la guardia.*]

Piz. No quisiera Rola, que un guerrero tan valiente y esclarecido como tú diese crédito á las viles invenciones de esa muger frenética. La causa de ese furor no es otra que una pasion impura por Alonso, ese jóven rebelde, a quien tengo prisionero.

Rola. No lo es ya. Yo vine á libertarle, á corromper tus guardias: lo he conseguido: y soy prisionero tuyo.

Piz. Huyó Alonso! ¿Conque jamas se saciara la venganza porque mas suspira mi corozon?

Rola. Destierra de tí esas pasiones, si quieres vivir tranquilo.

Piz. Puedo contrarrestar á cuantos enemigos osen hacerme frente, pero no sé resistir á mi temperamento!

Rol Pues no pretendas, Pizarro, ser tenido por un héroe. El triunfo de nosotros mismos es el único que no debemos á la suerte. En la guerra puede arrebatarte la fortuna un laurel que la casualidad colocara otro dia en tu frente; pero en una lucha contigo no necesitas mas que firmeza para que venza el impulso virtuoso

Piz Peruano! no te quejaras de mi ingratitud ó poca generosidad. Vuelvete á los tuyos: estas libre.

Rola. No haces mas que cumplir con los deberes del honor y de la justicia.

Piz. No puedo dejar de admirarte, Rola! Ojalá fuesemos amigos.

Rola. Adios. Compadece y perdona á Elvira. Haste amigo de la virtud, y lo serás mio.

Piz. Ambicion! dime ¿ tras qué fantasma he corrido, qué deleite me has proporcionado? Mi fama es el blanco de la envidia: mi amor el ludibrio de la traicion: mi gloria está eclipsada por un jòven discípulo mio: mi venganza se ve frustrada y reprendida por el honor de un enemigo salvage, *cuya dignidad de alma* me ha confundido y avasallado. ¡Ah, si pudiese principiar de nuevo mi carrera!.... mas no es posible .... Ojalá pudiera eludir mis propias reflexiones! No, no puede ser. El pensamiento y la memoria hacen mi infierno.

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Un espeso bosque: al fondo una cabaña casi cubierta de ramas de árboles: tempestad horrorosa, cuyo pavor aumentan

los rayos y relámpagos. Cora aparece cuidando á su niño que ha ocultado en una cama de hojas y muzgo: en su semblante se ven el espanto y la enagenacion.

Cora. Oh naturaleza! tú no tienes el esfuerzo del amor. Mi ansioso espíritu no está cansado aun de su senda, mi cuerpo fatigado y aterescido es el que sucumbe: ¿puedo yo negar á tu descanso, chico mio, ese pobre lecho en que reposes cuando tu amable peso me rinde? ¡Oh hijo mio! á estar segura de que tu padre no respira mas, con que prontitud me tenderia á tu dulce lado, para dormir eternamente. [*Truenos y relámpagos.*] No te suplico, inhumana tormenta! que disminuyas tu furor por conmiseracion á las miserias de Cora infeliz; ni miéntras tus rayos respeten su sueño, interrumpiré á mi dormido querubin, aunque el cielo sabe que deseo oir la voz de la vida, y sentir tu animacion, y que todo lo sufriré en tanto que el resto de mi razon no me abandone.

CANCION.

No te apiades de mí, tormenta horrible;
Tu furia al raso impávida provoco:
Desnudo el pecho al penetrante fuego
Presentaré; condúceme tan solo
Al sepulcro de Alonso! A tu vislumbre

Sobre el cadáver pálido, sus labios
Ya frios besaré, muriendo en ellos.
Tú, mi niño, volverás
A la vida y al placer,
Pero tu padre jamas!...
La luz tus ojos risueños
Contemplaran sin pensar,
Que para siempre los suyos
Ofusca noche eternal.
De verde muzgo en aquel lecho posa
Mi niño: ay! mas seguro, separado
De estos helados brazos. Corderillo!
El duerme sin temor de la borrasca;
Con mas dulzura duerme que en mi seno.
Hijo! Si reposar quieres tranquilo,
No hagas tu cuna en el regazo mio.
Tú, mi niño &c [*Rayos y truenos.*]

Cora. Todavia, todavía implacables, fieros elementos! Pero tù duermes á pesar de ellos, mi amable querubin! Oh muerte! Cuándo concederàs à la madre de este niño un reposo igual? Seguramente, yo puedo defenderte mejor de la tormenta; mi velo puede..... [*Miéntras lo envuelve en su manto cubriéndolo con el velo, se oye la voz de Alonso á una gran distancia*]

Alons. Cora!

Cora. Eh! [*Levantándose.*]

Alons. [*Otra vez*] Cora!

Cora. Oh corazon mio! Cielos piadosos, no me engañeis! ¿No es la voz de Alonso la que he oido?

Alons. [*De mas cerca.*] Cora!
Cora. El es! Alonso es!
Alons. [*Alejándose.*] Cora! Querida mia! [*Sale corriendo.—Entran dos soldados españoles.*]
Sold. 1.° Te digo que estamos cerca de nuestro campo ; la voz que hemos oido es la contra-seña.
Sold. 2.° Así es : y el haber descubierto en nuestra fuga del enemigo la senda secreta de la roca, es un buen presagio : Pizarro nos premiará,
Sold. 1.° Por aquí : el sol aunque nublado, nos queda á la izquierda. [*Ve el niño.*] ¿Pero qué es esto? A fe de soldado que es un niño.
Sold. 2.° Precioso chico. Obra de caridad seria separar este parvulillo de su idólatra madre.
Sold. 2.° Cierto que sí : yo tengo uno tambien en casa, que enredará con el; pero advierte, camarada, en su vestido : esta no es una chuchería comun : vamonos. [*Toman el niño y se van.—Entra Cora con Alonso.*]
Cora [*hablando desde fuera.*] Hàcia aquí, querido Alonso. Yà dí con el camino; allí..... allí..... debajo de aquel àrbol. No era posible que el instinto del corazon maternal equivocase el sitio! Quieres verlo dormido, ó te lo traeré despierto, para que la sonrisa de sus hermosos ojos azules felicite tu llegada:

sí, sí; espérate aquí.—Voy á arrebatarlo á su placido sueño, para que le veas tan rosado como la perfumada aurora. [*Corre al lugar, y no hallando mas que el velo y el manto, que arranca del suelo, arroja un grito, y permanece estática, poseida de un dolor silencioso*]

Alons [*Corriendo hácia ella.*] Cora! Idolo de mi corazon!

Cora. Le hemos perdido!....

Alons. Eterno Dios!

Cora. Le perdimos!... Hijo mio! hijo mio!

Alons. Dónde le dejaste?

Cora. [*Golpeándose contra el suelo*] Aquí!

Alons. Sosiégate querida Cora; tal vez despertándose habra gateado á alguna pequena distancia; pronto le hallarémos si estas cierta de que este es el parage en que le dejaste.

Cora. ¿No son estas manos las que le preparáron la cama y lo abrigaron? ¿No es este el velo que le cubria?

Alons. Allí se divisa una cabaña escondida.

Cora. Ah! sí, sí! seguramente la habita el barbaro que me ha robado mi niño. [*Da golpes á la puerta exclamando*] Vuélveme mi hijo; restitúyemelo! [*Las-Casas sale de la cabaña.*]

Las-C. Quién viene á interrumpir mi miserable reposo?

Cora. Vuélveme á mi hijo! [*Se precipi-*

ta en la choza gritando.] Fernando!

Alons. Poder supremo! Es engaño de mis ojos? Las-Casas!

Las-C. Mi jòven y querido amigo!....

Alons Mi respetable maestro! [*Abrazándose.*]

Cora [*Vuelve á salir, y dice*] ¿Y tú abrazas à ese hombre ántes que me vuelva mi niño?

Alons. Ay, amigo mio! en qué momento tan triste nos volvemos á ver!

Cora. Sin embargo, en sus miradas se ve pintada la dulzura y la humanidad. Buen anciano, compadècete de una madre sin ventura, y sere tu esclava mièntras viva. Pero no digas, por Dios, que no le tienes; no digas que no le has visto. [*Se interna corriendo por el bosque.*]

Las-C. Qué significa esto?

Alons. Es mi esposa. Yo, libertado hoy mismo de los calabozos españoles, supe que habia huido al bosque, y me dirigí aquí. Ella oyó mi voz, y dejó al niño por correr á mí. [*Cora entra de nuevo.*]

Las-C. Cómo! Dejó á su hijo?

Cora. Oh! Dices bien, dices bien! Yo he sido una madre desnaturalizada; dejé á mi niño; abandoné mi inocente..... pero yo correré à los confines del mundo hasta que le halle. (*Vase corriendo.*)

Alons. Perdonad, Las-Casas; pero no

puedo perderla de vista, porque esta noche intento rescatar al valeroso Rola.

Las-C. No te abandonaré, Alonso; dirígela á la izquierda, que es donde queda vuestro campo: no te detengan mis cansados pasos; ya te sigo, amigo mio.

ESCENA SEGUNDA.

La avanzada del campo español.—La espalda del terreno presenta una perspectiva agreste y roqueña, con un torrente despeñándose en el precipicio, sobre el cual forma un puente un árbol caido.

Almagro. [*Desde fuera.*] Conducidle; es preciso que su narracion sea falsa. [*Entrase.—Entra Rola cargado de cadenas, escoltado por un piquete.*]

Rola. Falsa! Rola capaz de una mentira! Ojalá te viera en el desierto, aunque fuera rodeado de los tuyos, y yo sin mas que mi espada y mi brazo desencadenado, para castigar tu insulto.

Alm. Puede creerse que Rola, el famoso héroe peruano, haya sido sorprendido ocultandose de nuestras líneas como un espía?

Rola. Ocultándose!

Alm. Responded al general; aquí llega. [*Entra Pizarro acompañado de sus oficiales*]

Piz. Qué veo! Rola!

Rol. Oh! Y con sorpresa tuya, sin duda.

Piz. Rola maniatado!

Rola. Tan fuertemente, que puedes llegarte sin temor.

Alm. Los centinelas le sorprendièron pasando las avanzadas.

Piz. Soltadlo al instante. Creed, Rola, que me es sensible este ultrage.

Rola. Ese sentimiento te hace honor.

Piz. Tampoco puedo sufrir ver desarmado á un guerrero de la reputacion de Rola: aceptad esta espada [*dándosela*] aunque ha sido de vuestro enemigo. Los españoles saben la cortesía que se debe al valor.

Rola. Y los peruanos olvidar las ofensas.

Piz. No cesarán Rola y Pizarro de ser enemigos?

Rola. Sí, cuando los mares nos dividan! Puedo irme ya?

Piz. Libremente.

Rola. No se me interceptará mas?

Piz. No: dese la òrden de que nadie estorbe à Rola su marcha. [*Entran Dávila y los dos soldados con el niño*]

Dáv. Aquí están dos soldados hechos prisioneros ayer, que han escapado de la fortaleza peruana por la senda secreta que tanto tiempo hace deseábamos descubrir.

Piz. Calla, imprudente! No vea?.... [*Señalándo á Rola.*]

Dáv. En el camino halláron un niño peruano, que parece.....

Piz. Qué me importa á mí ese mueble? Decidles que le arrogen al mar.

Rola. Cielos divinos! El hijo de Alonso. Dadmele.

Piz. Qué oigo! El hijo de Alonso! Seas bienvenido, precioso rehen. Alonso es otra vez prisionero mio!

Rola. Seguramente no es tu intencion arrancar este niño á su madre?

Piz. No? Pues qué piensas que cuando vea à Alonso en el ardor victorioso del combate, no helaré su corazon recordándole que una palabra de mis labios decreta la muerte de este niño?

Rola. No te entiendo.....

Piz. Hace mucho tiempo que Alonso me es deudor de un odio implacable! y esta prenda conducirá mucho á que chancelemos la cuenta.

Rola Barbaro! Eres racional? Serás capaz de dañar a ese inocente? Con qué amabilidad se sonrie ahora mismo contigo.

Piz. Dime, se parece á Cora?

Rola. Pizarro! me tienes el corazon ardiendo: no creas, si ofendes a ese niño, que su sangre se seque para siempre en la inferaz arena: no! fiel á la vehemente esperanza que inflama ahora mi indignado corazon, ella se elevará al Dios de la naturaleza implorando á gritos venganza eterna contra su malvado destructor.

Piz Déjame á mì ese cuidado!

Rola. [*Arrodillándose.*] Mirame a tus pies; á mí, á Rola! A MÍ, el protector de tu vida! A MÍ, que jamas me he prosternado todavía ante criatura nacida! Penetrado de humillacion y angustia, imploro tu bondad de rodillas; la impetro para ese niño: perdónalo, y yo te servire hasta que espire.

Piz Rola, TU puedes retirarte cuando quieras; ESTE NIÑO queda conmigo.

Rola Pues esta espada fué dadiva del cielo, no tuya! [*Arrebata el niño y dice.*] El que mueva un paso en seguimiento mio queda en el sitio. [*Vase con el niño.*]

Piz. Seguidle al momento; pero respetad su vida. (*Sale Almagro con un piquete.*) Con que furor se defiende! Qué destrozo! Todos muerden la tierra; y ahora .... (*Entra Almagro.*)

Alm. Tres valientes soldados vuestros son yá victimas, por no desobedecer la órden de que se respetase la vida de ese frenético, y si llega á ganar la espesura.....

Piz. Suspended la órden; es preciso que le alcancen sus fusiles. Seguidlo sin perder tiempo: aun puede escaparse: gritad á esos de á caballo; los peruanos los descubren; ahora que tuerce hàcia las rocas, tiene la retirada cortada. (*Vase Almagro.* — *Rola*

cruza el puente de madera que está sobre la catarata, seguido por la tropa: ésta le hace fuego: una bala le hiere, y Pizarro esclama.] Ahora! Pronto, pronto! asegurad al niño! [*Rola arranca de la roca la piedra que sostiene el puente, y se retira por la espalda, llevándose el niño al hombro*]

Alm. Por el infierno que se ha escapado ileso, y con el niño!

Dáv. No, lleva la muerte en el cuerpo: creedme, yo vi el balazo que recibió en el costado.

Piz. Pero el niño se ha salvado! escapó el hijo de Alonso! Oh furias de una venganza burlada!

Alm. Desechad la de palabras: á las obras: no olvideis que conocemos yá la secreta senda que por entre la lobreguez de cabernas peñascosas guia en derechura á la fortaleza en que tienen custodiadas sus mugeres y tesoros.

Piz. Escelente consejo, Almagro! Con la misma rapidez de ese pensamiento preparad al punto un cuerpo, mas bien escogido que numeroso. Aguardad Almagro! Sabe Valverde, que Elvira debe morir hoy?

Alm. Lo sabe..... y una súplica de ella.....

Piz. Ninguna oigo.

Alm. El favor es bien corto; se reduce á que le permitais usar el hábito de novicia en que la primera vez

la visteis, porque no quisiera llevar al suplicio los ostentosos adornos que la recuerdan su ignominia.

Piz. Haced lo que os parezca, mas decid á Valverde que á nuestra vuelta su vida me responde, como ella no haya espirado. [*Vanse todos*]

Cora. Oh! No huyais de mí, Ataliba! ¿A quién, sino à su rey, puede confiar sus penas esta madre infeliz? Los dioses están sordos á mis ruegos! ¿No pelea mi Alonso por vos? Y no lidiará mi dulce niño algun dia en vuestras batallas, si me lo restituis?

Alons. Acongojado amor mio! mi afligida Cora! Conoce que no consigues mas que lastimar el alma sensible de nuestro soberano, sin aliviar la tuya.

Cora. Es nuestro soberano, y su poder no basta para volverme mi hijo?

Atal. Cuando premio la virtud y puedo aliviar á mis pueblos, siento en toda su estension la verdadera gloria de un rey: pero cuando los veo sufrir, sin que su alivio dependa de mí, conozco y lamento la impotencia de todo poder humano.

[*Oyénse voces*] Rola! Rola! Rola! *Entra Rola ensangrentado, con el niño, seguido de soldados peruanos.*

Rola. Tu hijo! [*Se lo pone á Cora en los brazos y cae.*]

Cora. Oh Dios! Está manchado de sangre!
Rola. Mia es, Cora!
Alons. Rola, tú mueres!
Rola. Por tí y Cora. [*Espira.*]

ENTRA ORANO.

Ora. La traicion ha descubierto el asilo que teniamos en las rocas. El enemigo está batiendo la tranquila guarnicion con que lo defendiamos.

Alons. No se pierda un momento! Desnudad los aceros al instante! Vuestras esposas é hijos no tienen otra proteccion: colocad el cuerpo de nuestro amado héroe en la vanguardia; su vista convertirá en desesperacion el furor de nuestros soldados. Atroz Pizarro! La muerte de uno de los dos se acerca yà! Marchemos! Sea la voz de asalto, venganza y Rola! [*Vanse, y óyese el ataque.*]

ESCENA TERCERA.

Una parte pintoresca del asilo de las rocas: alarmas.—Las mugeres atraviesan huyendo de los soldados españoles. Los peruanos rechazan á éstos del campo. La batalla continúa en las alturas.

ENTRAN PIZARRO, ALMAGRO, VALVERDE Y ESPAÑOLES.

Piz. En hora buena! Si estamos rodeados, no hay mas arbitrio que pere-

cer en el centro de ellos: donde ocultan sus frentes Rola y Alonso? [*Entran Alonso , Orano y peruanos.*]

Alons. Alonso es quien te responde , y su espada hablará por Rola.

Piz. Conoces la ventaja de tu número. Pero no te atreverias con Pizarro rostro á rostro.

Alons. Peruanos! ninguno se mueva. Sea únicamente nuestra esta cuestion.

Piz. Españoles! Haced lo mismo. [*Ataque.—Riñen.—El escudo de Alonso se parte y cae.*]

Piz. Ahora traidor , te atravesaré el corazon! [*En este momento entra Elvira vestida como cuando Pizarro la vió la vez primera. Pizarro lleno de pavor retrocede vacilando. Alonso se levanta , renueva el combate , y le mata.—Aclamaciones de los peruanos.*]

ENTRA ATALIBA , Y ABRAZA A ALONSO DICIENDO.

Atal. Valiente Alonso!

Alm. Alonso , nos rendímos. Concédenos la vida! Nos embarcaremos y dejarémos estas costas.

Valv. Elvira confesará que yo la he salvado la vida , y ella salvó la vuestra.

Alons. No temais. Estais perdonados. [*Los españoles rinden las armas.*]

Elv. Es cierto cuanto dice Valverde, y

tambien que no pudo figurarse hallárme aquí. Un impulso terrible, que mi corazon no pudo resistir, me encaminò a este lugar.

Alons. Noble Elvira. Protectora mia! ¿Cómo podré esplicar lo que yo, Ataliba, y este pais regenerado os deben? Si entre esta reconocida nacion quisieseis permanecer.....

Elv No Alonso! El destinó de mi vida futura está fijado. Humillada y penitente procurare reparar los errores criminales que, como quiera que los haya disfrazado una alegría insípida, han consumido por tanto tiempo mi corazon en secreto: cuando purificada por mis penas, y sincerada por el arrepentimiento se atreva mi alma à dirigirse al trono de la clemencia en favor de otros, por tí, Alonso, por Cora y vuestro niño, por vos, virtuoso monarca, y por la inocente raza que gobernais, se elevaràn los votos de Elvira al Dios de la naturaleza. Valverde, tú has preservado mi vida. Respeta la humanidad: evita los horribles egemplos que has tenido. Españoles! restituidos à vuestra patria, asegurad á vuestros gobernantes, que equivocan el camino de la gloria y del poder. Decidles, que las empresas estimuladas por la avaricia, la conquista y la ambicion, jamas han

hecho un pueblo feliz, ni una nacion grande. [*Arroja una mirada dolorosa sobre el cadáver de Pizarro y se va.*]

Vanse Valverde, Almagro y tropa española, conduciendo el cadáver de Pizarro á una señal de Alonso.—La orquesta rompe.

Alons. Ataliba! no creais que es mi intencion sufocar la voz del triunfo, si os suplico, que tributemos primero los oficios debidos à la memoria de nuestro amado Rola.

Marcha solemne: procesion de soldados peruanos, que llevan el cuerpo de Rola en un ataud, adornado de insignias y trofeos milílitares. Los sacerdotes y sacerdotizas que le acompañan cantan una endecha. Alonso y Cora, arrodillados á los lados, besan las manos de Rola con una agonía muda: en las miradas del Rey y de todos los concurrentes, se ve que el triunfo del dia está convertido en luto por la muerte del héroe.

FIN.

FE DE ERRATAS.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
7	19	dismuye	*disminuye*
11	19	inofensos	*indefensos*
15	25	in fensa	*indefensa*
84	33	hacerle	*hacerte*

Ataliba — en toda la obra — *Atahualpa.*

LANUZA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

POR

DON ANGEL DE SAAVEDRA

Remirez de Baquedáno.

MADRID 1822:
IMPRENTA DE DON LUIS MUÑOZ Y VILCHES
calle de Tudescos núm. 11.

PERSONAS.

LANUZA, *justicia mayor de Aragon.*
VARGAS, *general del ejército de Felipe II.*
ELVIRA, *hija de Vargas.*
HEREDIA, } *Infanzones aragoneses.*
L RA, }
VELASCO, *noble aragones.*

Diputados de Aragon.
Conjurados.
Soldados aragoneses.
Pueblo.
Soldados castellanos.



La escena es en Zaragoza: los tres primeros actos y el quinto en un salon del palacio de Lanuza. Y el cuarto en una plaza principal.

La accion empieza al amanecer y acaba al ponerse el sol.

LANUZA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.



ACTO PRIMERO.

Escena I.

Lara. Heredia.

Lara.

Tornas, amigo, á esta ciudad, y tornas
á verla arder en sedicioso fuego:
aun no aparece el sol en el Oriente,
y ya reunido y agitado el pueblo
de Zaragoza atruena los confines,
con ronca furia y pavoroso estruendo.
¿Cuándo la dulce paz, cuándo la calma
volverán á Aragon ...?

Heredia.

Cuando sus fueros,
cuando sus sabias sacrosantas leyes
recobren el vigor que antes tuvieron.

LARA.

¿Y le han perdido acaso, Heredia?...

HEREDIA.

Amigo,
¿siendo tú aragones puedes no verlo?
¿Qué resta á nuestra patria sin ventura
de su antiguo esplendor? Solo recuerdos
de grandezas pasadas, y una sombra
de sus instituciones y derechos.
Con astucia, y con pérfidos alhagos,
y á fuerza de cautelas, y de tiempo,
de nuestra libertad y nuestros usos
los déspotas minaron los cimientos.
Pero aunque desplomándose existian,
y jamas con el rostro descubierto
osaron combatir por derribarlos,
como ahora, Lara, atónitos lo vemos.
Las huestes numerosas que Filipo
en Tarazona tiene, só pretesto
de invadir á la Francia desdichada,
que dè guerra civil arde en el fuego,
para oprimirnos son, para robarnos
de nuestra antigua libertad los restos.

LARA.

¿Y el alboroto de la plebe airada
les puede sostener?

HEREDIA.

No hay otro medio ;
cuando los magistrados corrompidos
se venden al poder, y aguardan premios,
y son conspiradores los prelados,
y los pudientes degradados siervos,
y los que se titulan infanzones
al déspota feroz doblan el cuello,
y entonces, Lara, entonces lo que plebe
apellida tu labio por desprecio,
incorruptible, decidida, pura,
su libertad proclama y sus derechos.
Derechos, que pisados y abatidos
con la prision de Antonio Perez fueron.
Mas si lo toleraron los cobardes,
y aplauso mereció de los perversos;
viólo Aragon con ira, alzó la frente
y despertó del prolongado sueño,
juró cobrar su libertad perdida,
y reclamó sus derrocados fueros.

LARA.

Con razones reclame la justicia,
mas con las armas....¡Ah!....

HEREDIA.

¿Qué estais diciendo?
¿Qué sirve la razon para un tirano?
¿Por ventura olvidasteis ya el respeto,
y la prudencia con que el buen Lanuza,
anciano, justo, de virtud modelo,
apoyado en las leyes, y en el voto
de todas las ciudades de este reino,
patentes hizo al rey en un principio
con reverentes súplicas y ruegos,
las justas quejas que á Aragon turbaban
alterando su paz y su sosiego?
¿Y qué logró?... decid.... Nada; orgulloso
el rey Filipo, en su poder soberbio,
del Justicia mayor á las demandas
con amenazas contestó y desprecios,
insultando su bárbara osadía
la gloria y magestad de todo un pueblo.
Mas temióle tambien. Y el fiel Lanuza,
de lealtad, de teson, de canas lleno,
rindió al injusto filo de la parca
el denodado y generoso aliento.
Y.......

LARA.

¿Qué esperanza sin Lanuza queda?

HEREDIA.

Vive Aragon, aunque Lanuza es muerto.
Cual vos imaginaban los malvados,
y tal vez un mortífero veneno.....

LARA.

¿Tal osais sospechar?...¡Heredia! ¡amigo!

HEREDIA.

Cualquier maldad de los tiranos creo.
¡Mas cuánto se engañaron, si asi fuese!
El patriotismo, la virtud, el zelo
del difunto Lanuza, arden mas vivos
del joven hijo en el heróico seno.
En él cifra Aragon sus esperanzas,
de justicia mayor el alto empleo,
que su padre ejerció le conferimos,
y del bien general está sediento.

LARA.

Pero á su juventud é inesperiencia,
y á su carácter ardoroso temo.

HEREDIA.

El nos ha de salvar. Las canas frias

de la mústia vejez, el torpe hielo,
que de la edad el curso perezoso
derrama tardo en los humanos pechos,
apagan el valor y la energía,
y engendran timidez y abatimiento.
El peligro es urgente, no aprovechan
maduras reflexiones ni consejos:
hierro solo y poder, hierro y constancia,
y virtudes y honor.

LARA.

¿Y tal denuedo
tendrá un jóven; que amor y amores solo
supo abrigar en su fogoso pecho?
¿Qué adora á una belleza castellana,
que está albergada en su palacio mesmo,
y con quien deben para siempre unirle
los deliciosos lazos de himeneo?
¡Ay Heredia!.... Lanuza....

HEREDIA.

Basta amigo:
no ofendas no, su patriotismo escelso,
el amor de la pátria es compatible
con el de la beldad.

LARA.

Y si resuelto
está el jóven Lanuza y decidido

á alzar y sostener esos derechos,
que idolatra Aragon; si convocado
tiene á las armas y á la guerra el reino,
usando del poder que le confiere
de justicia mayor el ministerio;
¿por qué en tal conmocion de Zaragoza
arde en tumulto agitador el pueblo?
¿Qué mas quiere?

HEREDIA.

No se. Yo en este instante
de convocar á las ciudades vengo
en nombre de Lanuza y de las leyes.
Y todas á su voz y llamamiento
juntan sus haces, sus pendones alzan
y ácia aquí se encaminan: pues resuelto
está todo Aragon. = ¿Pero á Lanuza
donde le encontraré?

LARA.

Donde el estruendo
se advierte de la plebe amotinada,
alli le encontrarás. Cuando los ecos
oyó de sedicion voló animoso
á sosegar el conmovido pueblo,
y la causa á inquirir... Mas el se acerca.

Escena II.

Lara. Heredia. Lanuza.

Heredia.

¡Lanuza!

Lanuza.

Amigos: espantoso riesgo
á la pátria amenaza. Los traidores
maquínan sin cesar su perdimiento;
es preciso salvarla, y solo pueden
salvarla ya el valor y el duro hierro.
O muerte ó libertad.

Heredia.

Ese es el grito
que dá todo Aragon. ¿Pero qué nuevo
peligro ves? ¿Las huestes orgullosas
del rey Felipe?

Lanuza.

Heredia: Yo no temo
ni al rey Felipe, ni al tropel de esclavos,
que el nombre de soldado envileciendo
sirven á la opresion y tiranía:
Séres tan degradados los desprecio.
Solo temo á los pérfidos traidores,
hijos espúreos de Aragon, que fieros

se gozan en los males de la pátria,
y ocultos ánsian desgarrarle el seno.
El oro corruptor, la atroz calumnia,
el disimulo astuto, y el secreto
las armas son con que nos hacen guerra,
armas no conocidas de los buenos.
Refrenar es preciso su osadía.

HEREDIA.

¿Qué atroz conjuracion has descubierto?
Lanuza.

LARA.

Acaba: dí.

LANUZA.

Cuando la noche
tendió su manto por el ancho cielo,
y los zaragozanos al reposo
se entregaban tal vez, y al mudo sueño,
creyendo asegurados de la pátria
la santa libertad y antiguos fueros,
al ver los aparatos de defensa
decretados por mí; con gran secreto
los traidores, que siempre vigilantes
están en nuestro mal, se reunieron
allá en la inquisicion. En ese inicuo
bárbaro tribunal, apoyo horrendo
del despotismo, y la opresion, en ese
tribunal espantoso, que á pretesto
de defender la religion augusta,

como sino tuviera en nuestros pechos
un alcazar fortísimo, que basta
á mantener intactos sus preceptos;
difunde el fanatismo y la ignorancia,
y á España agovia con pesados hierros.
Sus infames ministros animados
por los traidores, que en su busca fueron;
decretaron quedase en esta noche
destrozado Aragon, por siempre opreso,
sembrando en Zaragoza y su contorno
discordia, muerte, horrores. Y resueltos
de armas y partidarios prevenidos,
á favor de las sombras y el silencio,
con gran recato á la vecina cárcel
de los manifestados dirigieron
su bárbaro rencor. Rompen las puertas
y á Antonio Perez con furor tremendo
arrancan y en sigilo se lo llevan:
Y tornaban despues con el intento
de sorprender á todos los valientes,
que el honor de la pátria defendemos,
y ó cargarnos de horrísonas prisiones,
ó al hallarnos inermes, y en el sueño,
cebarse en nuestra sangre furibundos,
y sus dagas hundir en nuestros pechos.

HEREDIA.

¡Qué horror!...¡Cielos!...¡Qué horror!

LARA.

Mas dí, Lanuza,
¿Cómo saber pudiste?... ¿Estás tú cierto...?

LANUZA.

Cuando esos tigres con altívo arrojo
se llevaban á Perez, él ardiendo
de justa rabia, en altos alaridos
llamó en su ayuda al descuidado pueblo.
Algunos, que escucharon sus clamores,
atónitos despiertan, el acero
empuñan diligentes, sospechando
que á la patria amenaza oculto riesgo.
Venganza y libertad gritan: y alpunto
lanzan de Zaragoza el torpe sueño,
y todos corren á las armas, corren
á Perez á salvar. Mas no pudieron,
que los traidores resistir osaron,
y de la inquisicion en un horrendo
calabozo le ocultan, y defienden
el lóbrego recinto, y combatiendo
salen á completar su negra trama,
y á dar cima á sus pérfidos intentos.
Y trábase la lid, y en fiera lucha
mezclanse los malvados y los buenos.
Y el pavor de la noche y las tinieblas
aumentan el horror. El frio suelo

se inunda en sangre. La ciudad retiembla
al ronco son de temerosos ecos.
Llega el rumor á mí, corro aneloso
y al combate feroz gritando llego.
Conócenme los fieles ciudadanos,
anímanse, y desmayan los perversos
y las armas arrojan, y vencidos,
unos se acojen al palacio regio
do está la inquisicion, otros cobardes
de este recinto con presura huyeron,
y algunos que humillados á mis plantas
imploraban perdon, todo el secreto
de la conjura atroz me revelaron,
y los que la dirigen, y los premios
que esperaban del rey, y los horrores,
que iban á cometerse, y de que el cielo
piadoso nos salvó. Ved si hay peligro.
Muchos y poderosos y de esfuerzo
son los conspiradores; seducido
tienen gran parte del incauto pueblo.
Ya han osado mostrarse frente á frente,
y no desistirán de sus intentos.
¡O! plegue á Dios librarnos de traidores
cuyas tramas y planes encubiertos,
mas que de las escuadras enemigas
al bárbaro furor, amigos, temo.

LARA.

Frustrado ya su arrojo en esta noche
no osaran otra vez acometernos.

HEREDIA.

Y si altívos lo osasen su ruina
encontrarán, Lanuza. De los buenos
el número es mayor. Si Zaragoza
abriga tales monstruos en su seno,
todo, todo Aragon á sostenerte
y á las leyes contigo está resuelto.
Teruél, Albarracin, Huesca, Barbastro,
y las demas ciudades de este reino,
se encaminan ya aqui. De recorrerlas
y alzarlas todas cual mandaste, llego.
Todas siguen tu voz.

LANUZA.

Valiente Heredia,
jamás dudé que á defender sus fueros,
barrera que contiene al despotismo,
todo Aragon uniera sus esfuerzos.
¡Cuánto al verte otra vez en Zaragoza
crecen mis esperanzas! En tu pecho
la libertad y el patriotismo arden,
y tú me ayudarás, y tú....

HEREDIA.

Resuelto
á todo estoy, ó libertad, ó muerte:
vida en la esclavitud yo no la quiero.

LANUZA.

Llega á mis brazos; mientras hombres vivan
que alberguen tan honrados pensamientos,
tiemblen pues los tiranos insolentes,
que ser felices lograrán los pueblos.
Ya los instantes urgen, ahora mismo
de esta ciudad los habitantes buenos
van en mi nombre á rescatar á Perez,
y otra vez á la carcel á traerlo
de los manifestados.

LARA.

¡Cuántos males
de Antonio Perez á Aragon trageron
los crímenes tal vez!.....No sé Lanuza
porque demuestras tan osado empeño
en proteger á un criminal.

LANUZA.

Yo, Lara
al tal Antonio Perez no protejo.
Protejo solo de Aragon las leyes,
protejo solo de Aragon los fueros.
Si es Perez criminal, terrible caiga
la segur de la ley sobre su cuello.
Pero solo la ley ha de juzgarle,
no la arbitrariedad. Corre al momento,
Heredia: vuelva Perez á la carcel

de manifestacion. Ordena el pueblo
en escuadras de guerra armas, reparte,
vigila cuidadoso á los perversos:
de las altívas tropas de Felipe
procura descubrir los movimientos.

LARA.

En Epila estan ya.

LANUZA.

Lleguen: ¿qué importa?
Pronto su orgullo á nuestros pies desecho
conocerán la fuerza irresistible
de los que lidian por romper sus hierros.
O muerte ó libertad, el grito sea
de nuestras haces. Y el laurel eterno
adornará nuestras gloriosas frentes,
y ó dulce muerte ó libertad tendremos.

HEREDIA.

Gozoso marcho á obedecerte, amigo:
gozoso en combatir seré el primero:

LANUZA.

Y en vencer, y en triunfar.

Escena III.

LARA. LANUZA.

LARA.

Calma ese arrojo
de tu ardor juvenil, y los consejos
de mi esperiencia y de mi amor escucha,
que tal vez convendrán á tí, y al pueblo.

LANUZA.

A mí y al pueblo convenirnos solo
pueden la libertad y los derechos,
que de la patria impenetrable escudo
fundaron nuestros ínclitos abuelos,
cuando en Sobrarve en su constacia heróica
la furia se estrelló del Sarracéno.
Si exortarme pretendes animoso
á jamas desistir de sostenerlos
habla pues, ya te escucho.

LARA.

No Lanuza;
solo calmar tu agitacion pretendo.
El reino de Aragon......

LANUZA.

Yace oprimido,
y es preciso salvarlo y defenderlo.

LARA.

¿Y quién puede?....

LANUZA.

El valor, y la constancia,
y el voto general de todo un pueblo.

LARA.

¿Y en el pueblo confias?....¿tú no sabes
que como arista á quien sacude el cierzo
acá y allá mueve, y variable
lo que ahora anhela lo aborrece luego,
y que si ostenta un imprudente arrojo,
pronto su furia se convierte en miedo?

LANUZA.

Solo sé que la patria me ha encargado
el sostener sus vacilantes fueros;
y mientras tenga encargo tan glorioso
se sostendrán, ó moriré con ellos.

LARA.

¿Y esperas que la próspera fortuna
coronará, Lanuza, tus esfuerzos?

LANUZA.

Cuando por la razon y la justicia
y por la libertad lidiar debemos,
sé que es fuerza lidiar, y en las resultas
ó prósperas ó adversas nunca pienso.

LARA.

¡Joven acalorado!....¡Cuántos males!
¡qué desastres sin fin, ó Dios, préveo!

LANUZA.

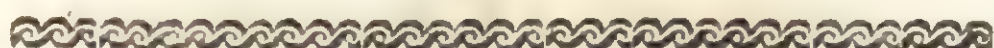
Cesa Lara, no mas, si el yelo frio
de la vejez cansada en vuestro seno
derrama vil pavor; sellad el lavio:
no intenteis con pronósticos funestos
ahogar nuestro entusiasmo y bizarria.
Y advertid que el que siembra desaliento
cuando para salvar la madre patria
redoblar es preciso los esfuerzos;
da sospechas tal vez.....

LARA.

Lanuza: ¿acaso?....

LANUZA.

De estos muros salid, si os turba el miedo.
De estos muros, dó reina la constancia
que admirarán los siglos venideros.



ACTO SEGUNDO.

Escena I.

VELASCO. LARA.

Dos conjurados.

VELASCO.

¿Y de Lanuza en la mansion pretendes
conferenciar conmigo, y....?

LARA.

Si, Velasco.
¿Qué lugar mas seguro? ¿Quién pudiera,
quien, dime, recelar que en el palacio,
en la misma morada del Justicia
altanero y feroz, tratando estamos
de humillar su poder y su altiveza,
y de servir al rey?... Los diputados

de Aragon ha reunido hace un momento:
tal vez les estará manifestando
sus necios planes y atrevido arrojo,
que por nuestros esfuerzos serán vanos:
nadie de mí sospecha, y el Lanuza,
joven al fin, y como tal incauto,
confia en mi amistad. Yo cuidadoso
vigilo sin cesar todos sus pasos,
y nada hay que temer. Aunque la suerte
esta noche fatal haya frustrado
nuestra convinacion, no está desecha:
habla, nada receles; ¿dó su campo
establece el ejército?

VELASCO.

Animoso
de Epila ayer partió cuando los rayos
postreros daba el sol, con el anhelo
de llegar al momento concertado
de la conspiracion, que en esta noche
tan mal éxito tuvo: mas llegaron
los fugitivos de ella, y el prudente
don Alfonso de Vargas, informado
de que era ya imposible la sorpresa,
mandó á la hueste suspender el paso,
hasta la nueva luz. Y esta mañana
luego que el cielo esclareció, tornaron
las tropas á marchar, y pronto deben
avistar estos muros.

LARA.

¿Con que el mando
tiene ya Alfonso Vargas el valiente
de los regios pendones castellanos?

VELASCO.

Desde ayer que llegó.

LARA.

Ya nada temo.
Caerán Lanuza, y Aragon, Velasco.
Si el animoso Vargas acaudilla
las banderas del rey, el rey triunfando
está de Zaragoza, no lo dudes.
Y á los invictos tercios veteranos,
que tantas veces de laurel y palma
su triunfadora frente coronaron,
no deberá este dia la victoria;
sino á la astucia y al amor.

VELASCO.

¿Acaso
doña Elvira de acuerdo con su padre
osará acometer?....

LARA.

No espero tanto.
Mas ella sin saber la oculta trama
y á su pesar tal vez ha de ayudarnos.
El corazon domina de su amante,
es hija del caudillo castellano
y adora al padre.... Pero dime, amigo,
¿ Vargas intenta....?

VELASCO.

Con ligero paso
en pos de mí se acerca á Zaragoza,
el Maestre Bobadilla con encargo
de pedir un seguro para Vargas,
que está resuelto á entrar.

LARA.

Le será dado.
Yo se le ofrezco, sí.

VELASCO.

De vos le espera,
y estos pliegos me dió para entregaros.

LARA.

Serán de nuestro rey.

VELASCO. (1)

Tomad.

LARA.

Conviene
amigo, en el momento examinarlos. (2)

(*Lee atentamente, y luego dice:*)

La generosidad del rey Felipe:
está nuestra ambicion sobrepujando.
Tal es el alto premio que nos guarda
si de Aragon el reino le entregamos.
De Vargas el prudente, el animoso
es este otro papel (3).

(*Lee y luego dice:*)

Determinado
está á hablar con Lanuza en estos muros,
antes de acometerlos. No perdamos
el tiempo amigos. Vuela (4) y este pliego
entrega sin tardanza y con recato,

(1) *Le entrega dos pliegos cerrados.*
(2) *Abre un pliego en que vendrá otro cerrado.*
(3) *Abre el otro, en que vendrá tambien otro cerrado.*
(4) *A Velasco entregándole el primer pliego.*

en manos del Virrey, y allí te queda
hasta que me presente en su palacio,
que muy luego será. Dile que al punto
convoque al Arzobispo, á los Prelados,
y á Magnates y á Jueces. Tú Calero (1)
sin detenerte, y en veloz caballo
corre hácia Albarracin, y al fiel Azagra
éste le entregarás. Y tú Gonzalo (2)
á Teruel dirige tu camino,
y al que su hueste venga comandando
de mi parte dirás que retroceda.
Marchad al punto amigos, noble y alto
galardon os aguarda: id al momento,
y presteza y sigilo solo encargo.
Lanuza viene ya, que no te vea (3)
yo prontamente seguiré tus pasos.

Escena II.

Atraviesan el teatro doce diputados de Aragon sin detenerse en la escena, y con ellos sale Lanuza.

LARA. LANUZA.

Impaciente esperaba tu presencia
valeroso Lanuza, aunque alterado
juzgaste mi prudencia cobardía,

(1) *A un conjurado dándole el segundo pliego.*
(2) *Al otro conjurado.*
(3) *A Velasco.*

mi acendrada lealtad amancillando.
Mas porque adviertas que mi noble pecho
rencor no alberga de tu injusto agravio,
y que con ligereza me injuriaste
cuando á la patria como tu idolatro;
sabe que en su servicio noche y dia
vigilo sin cesar, que me es tan caro
como á ti el nombre de Aragon, Lanuza.
Y he podido indagar ha corto rato,
por medio de mis fieles servidores,
del ejército altivo castellano
noticias y secretos importantes.
En movimiento está, cuando los rayos
de la luna esta noche aparecieron
de Epila alzó con gran sigilo el campo,
y á Zaragoza intrépido camina,
y ufano llega.... . . . . . .

LANUZA.

. . . . Aunque se acerque ufano
de Filipo el ejército, no importa:
compuesto Lara, está solo de esclavos,
y temblarán al ver estas murallas
defendidas por hombres. A esperarlo
se halla resuelta Zaragoza. Hoy mismo
deben llegar las huestes que aguardamos
de todas las ciudades de este reino
decididas....

LARA.

¿Y sabes quién mandando
viene del rey Felipe las legiones?

LANUZA.

El Maestre Bobadilla.

LARA.

¡Qué engañado,
Lanuza, estás! El Maestre Bobadilla
de general desempeñaba el cargo,
mas otro personage en esta noche
de la corte ha venido á relevarlo.

LANUZA.

Siempre será algun vil, ministro infame
del bárbaro rencor de los tiranos;
algun cruel, vendido á la ignominia.

LARA.

¡Ah! No le insultes con ligero labio....
Cuando escuches su nombre...

LANUZA.

Por ventura....
¿El rey..? Dime...

LARA.

Ni solo imaginarlo
pudieras No es el rey.

LANUZA.

¿Pues quién?...

LARA.

Tú brio
va á desmayar.

LANUZA.

Jamas.

LARA.

En escuchando
quien es el general.

LANUZA.

¿Quién es? Acaba.

LARA.

Don Alfonso de Vargas.

LANUZA.

¡ Cielo santo!
¡Vargas!... ¡ Vargas!

LARA.

Sí, Vargas. El caudillo
que tantas glorias y trofeos tantos
ha dado á la nacion. El que animoso
domó al morisco agitador del Darro,
y humilló de la Flandes orgullosa
las rebeldes legiones, el que....

LANUZA.

¿ Acaso
piensas que al escuchar de Alonso Vargas
el claro nombre, recordé sus lauros
y sus hazañas, y temí su brio,
y que de miedo y confusion me pasmo?
Son afectos mas nobles los que agitan
mi ilustre corazon al escucharlo.
¡Vargas! ¡Vargas!.... ¡qué horror!... ¡Vargas vendido
á los viles caprichos de un tirano!

¿Vargas será opresor ?... ¿ Vargas la sangre
de un pueblo libre...? ¡Oh Dios !.... ¡Qué
enponzoñado
puñal clavaste, amigo en mis entrañas
con nueva tan atroz!.... El dulce lazo
de la santa amistad unió á mi padre
con Alfonso de Vargas. A su lado
pasé yo mi niñez.... ¡Oh cuál me amaba!
¡Cuanto le amé desde mis tiernos años!
En su casa mi pecho sin ventura
por la primera vez el dulce alhago....
Elvira....

LARA.

¡Qué recuerdos! Ah ¡.. Lanuza!
Conozco tu dolor pues se los lazos,
que te estrechan con Vargas, sé que vive
su hija, la hermosa Elvira en tu palacio,
entregada á tu madre. Sé que pronto
vá á coronar tu amor el nudo santo
del himenéo .... ¿ y combatir pudieras
con el padre...?

LANUZA.

Lo dudas? ¿ Y tu labio
se atreve á preguntar á mi denuedo
si podré combatir ? .. ¡ Ah! con dudarlo
me ofendes.... patria, si, juré en tus aras
defenderte y vengarte. Atí consagro,

atí mi corazon. Librarte solo
anhelo, y nada mas .... Si imaginaron
los déspotas aleves seducirme,
si mi constancia derrocar, tentando
los resortes ocultos de mi pecho,
no lo conseguirán; no. = Los tiranos
que astutos, Lara son...=Mas dime ¿ es cierto?
¿ Manda del rey Filipo los soldados
don Alfonso de Vargas?

LARA.

No lo dudes.

LANUZA.

¿Y pudo Vargas el horrible encargo
de combatir con la virtud de un pueblo,
sin rubor aceptar? ¿ Puede ser grato
á su pecho valiente y generoso
lidiar para oprimir?. ¿ Su heróica mano,
el látigo afrentoso y no el acero
podrá empuñar, y agostará sus lauros,
con tan torpe baldón..? ¡ Ah!.. ¿ Por ventura
no cuenta el rey Felipe cortesanos
sin honra, sin virtud, que sus decretos
de esterminio y horror ejecutando
no tengan que perder, y elige á Vargas?

LARA.

De es cuchar tu estrañeza no me pasmo
eres joven Lanuza, aun no conoces
cual la ambicion trastorna el pecho humano.
Del mismo rey con afanoso ruego
pienso que Vargas pretendió este cargo
esperando triunfar de Zaragoza,
y de nuevos laureles coronado
á la corte tornar.

LANUZA.

Pues pronto, amigo,
si piensa asi, verá su desengaño:
y yo el primero la robusta lanza
fulminaré con vengativo brazo
contra su aleve pecho, dó creia
que las virtudes y el honor moraron.
Si domó al moro vil, se halló inclemente
de Batavía infeliz los pantanos;
tal vez aqui no triunfará .... Mas ¡cielos!
su hija hácia este lugar dirige el paso.
Nada amigo le digas...¡ cruda suerte!

LANUZA.

Déjote pues con ella, solo, y parto
á activar la defensa de estos muros,
y á inquirir otras nuevas.

LANUZA.

¡Cielo santo!

ESCENA III.

LANUZA. ELVIRA.

ELVIRA.

Lanuza, ó mi Lanuza = ¡Al fin te encuentro!
¡Qué continuo afanar, qué sobresaltos
mi congojado pecho han combatido,
desde que el Sol en el remito ocaso
escondió ayer su postrimera lumbre! =
¡Qué noche tan terrible!..¡ Ay de mí! En vano
procuré que el tranquilo y dulce sueño
calmara mi penar y mis cuidados.
El confuso alarido, el éco sordo
del agitado pueblo resonando
sin cesar en mi mente congojosa,
auyentaban el placido descanso
de mi angustiado corazon.... ¡ Lanuza!...
¡Cuánto peligro imaginé temblando!

LANUZA.

¡Elvira!

ELVIRA.

¡ O Dios!... Lanuza... ¿ Mis lamentos

te importunan tal vez? Arrebatado
del torrente fatal é impetuoso
de la revolucion, que está agitando,
esta alterada capital; desdeñas
mis caricias, mi amor, y mis alhágos,
objeto mas grandioso ocupa y llena
tu corazon, y olvidas....

LANUZA.

¡Ah! tu labio
me culpa injustamente. En tu cariño
jamas ardí como al presente ardo.
Jamas. Yo te lo juro..... Si la pátria
me llamó á sostener con fuerte brazo
su libertad caduca y vacilante;
no me vedó el amarte, y los tiranos
tal vez....

ELVIRA.

¡Lanuza! ¡Ay Dios!

LANUZA.

Ellos, Elvira,
te arrancarán de mis amantes brazos.

ELVIRA.

¿Qué pronuncias?.. ¿Qué temes?.... ¡Ah!..

LANUZA.

¡Dichoso
y mil veces dichoso aquel pasado
tiempo, en que oscuro yo, jóven sin fama,
pacífico y tranquilo ciudadano
pasé en tu hogar los apacibles dias,
que para no volver, ó Dios, volaron!

ELVIRA.

¡De cuán funesto agüero mi presencia
para tí y tu ciudad se ha declarado!
Muere mi madre, y vengo á estas murallas
de la tuya abuscar el dulce lado,
y á coronar nuestra pasion constante
del Dios eterno en los altares sacros,
y á estrechar mas y mas con este nudo
de la santa amistad los firmes lazos
que nuestras dos familias siempre unieron;
y al instante Aragon la frente alzando
se agita, y arde, y la feroz discordia
reina do quier. Tu padre, de los años
al grave peso, del sepulcro frio
baja á buscar el eternal descanso:
y le succedes tu, y un pueblo entero
por caudillo te aclama, y á tu cargo
pone su suerte, y mirote de pronto
de cariñoso amante, transformado
en guerrero feroz, que gloria y fama,

y victorias anhela , y triunfo y lauros.
Y en hondo olvido de la triste Elvira
abandona el amor, alarga el plazo
de la union suspirada, huye su vista,
y olvida la ternura y el contrato
de los amigos padres, y del mio
el cariño, el afan.....

LANUZA.

Cesa: tu labio
me hiere el alma......¡Elvira!.. ¡Elvira!

ELVIRA.

¡O Cielos!...
Te comprendo, Lanuza, acaso, acaso
del pueblo aragones caudillo escelso
tu mente ocupan pensamientos altos.
Por ventura.

LANUZA.

¡Cruel! basta: no agraves
las penas que me están atormentando. —
¡Patria, cuánto me cuestas!.... En tus aras
el sacrificio de mis dichas hago.
¡Suerte tremenda!... Sí, la tiranía
va, Elvira para siempre á separarnos.....
Mas no será, si decision encuentro
en tu ardoroso pecho..... Ven, tus pasos
dirige, ó dulce bien, en este instante

conmigo á la capilla del palacio.
De un ministro de Dios en la presencia,
sin pompa, sin inútil aparato
ahora mismo, mi Elvira, celebremos
el enlace dichoso que anhelamos:
y tranquilo y feliz desde las aras
volaré á defender los fueros santos
de mi pátria adorada, y nuevo aliento
dará el amor á mi robusto brazo.
Vamos, Elvira, pues: ¿Siendo tu mia
qué tengo que temer de los tiranos?
Nada. Sígueme ven.

ELVIRA.

¡Ah mi Lanuza!
¡Tal precipitacion!.... ¿Qué sobresalto
pintado miro en tu confusa frente?...
¡Me hielo de temor!.... Cuando un asalto
amenaza á estos muros, y á torrentes
la sangre va á correr..... En tan aciago
momento....tú, sin que tu anciana madre....
y yo sin que mi padre idolatrado.....

LANUZA.

¡Oh!.¡qué dices!..¡Elvira!..¿qué pronuncias?.
Infelice de mí!

ELVIRA.

De horror me pasmo.

LANUZA.

¡Ay!..¡ yo la adoro, y el feroz destino
vá á robar á mi amor todo su encanto!

ESCENA IV.

LANUZA. ELVIRA. HEREDIA.

HEREDIA.

Dejad señor cuidados amorosos
y á los muros volad, que ya llegaron
los momentos de gloria y de venganza
que ansiosos los valientes esperamos.
Del opresor Filipo las legiones
cubren ya en torno los vecinos campos,
que el Ebro con sus ondas fecundiza.
Ondéan los pendones castellanos
agitados del viento. El Sol relumbra
en las lorigas y bruñidos cascos.
los relinchos las trompas y atambores
ensordecen el aire. El cielo vago
de ardiente polvo empaña densa nube,
y los tercios y escuadras ocupando
las cercanas colinas amenazan
muerte y desolacion. Mas los bizarros
hijos de Zaragoza con desprecio
ven su orgullo feroz y sanguinario,
y disponiendo tiros fulminantes

las almenas valientes coronaron,
y ocupan los robustos torrentes,
y lidiar y vencer solo anhelando
de muerte ó libertad el noble grito.....
resuena por dó quier. Lanuza vamos.

LANUZA.

Vamos, amigo: aprendan hoy los pueblos
á defender sus fueros sacrosantos.

ELVIRA.

¡Lanuza!....¡O Dios!....

HEREDIA.

Señora.

LANUZA.

Pronto Elvira,
Con la victoria tornaré á tus brazos.

ELVIRA.

Tu vida el cielo salve...

LANUZA.

Y á mi patria:
ó muera yo si triunfan los tiranos.

Escena V.

Lanuza. Heredia. Lara.

Lara.

Esperad, esperad: aun el momento
de combatir, Lanuza, no ha llegado
aunque los tercios de Castilla ocupan,
de Zaragoza los vecinos campos,
en cuanto vieron nuestros altos muros,
ora al notar el bélico aparato
y la actitud valiente y decidida
del noble pueblo aragones; ó acaso
por no ser su intencion el combatirnos;
su marcha suspendieron. Yo observando
desde una torre estaba, cuando advierto
que hácia estos muros con ligero paso
un personage, que en las altas plumas
y en la armadura y andaluz caballo
mostraba ser de cuenta, se acercaba
una bandera blanca tremolando.
Desciendo al punto por aquella parte,
con una escolta del rastrillo salgo,
Me acerco, y reconozco á Bobadilla:
quiso ceñir mi cuello con sus brazos,
pero yo lo rehusé. De su venida
le pregunto el objeto, y estrañando
mi desden, dijo que tan solo viene
de parte del caudillo castellano,

que entrar en la ciudad, y hablar contigo
quiere, á pedir seguro. Y aguardando
tu respuesta quedó.

Heredia.

No haya seguro,
ni tregua, ni escuchemos de tiranos
proposicion alguna. Guerra y muerte
y venganza y no mas.

Lara.

Tu zelo aplaudo,
generoso infanzon, de Alfonso Vargas
como á ti las propuestas me indignaron
en el primer momento, y decidido
díjele á Bobadilla: hácia tu campo
vuelve, pues el entrar en Zaragoza
es de tu general intento vano.
Mas él me contestó: modera amigo
ese noble valor y ese entusiasmo
tal vez perjudicial, y te conjuro
por tu pátria y honor, á que embarazo
no opongas á la entrada en estos muros
del generoso Vargas, si es que salvo
quieres ver á Aragon sin que padezcan
sus sacrosantas leyes menoscabo.
Y evitar mil horrores mil desastres
y guerra entre españoles, entre hermanos.=
Esto me dijo: y yo sobre mis hombros

de la repulsa el responsable cargo
no me atreví á tomar, y á tí ¡Lanuza!
me p reció debido noti iarlo.
Y á tí te cumple resolver.

LANUZA.

Amigo:
tu determinacion prudente alabo.
Y si evitar se pueden los horrores
á la guerra civil, y si logramos
salvar las leyes de Aragon, sin sangre;
éntre pues el caudillo castellano:
doy el seguro......

HEREDIA.

Insisto en oponerme:
guerra, guerra, y no mas.

LANUZA.

Guardar intacto
de nuestras libertades el tesoro
nuestro afan debe ser. Si conservarlo
no se puede sin guerra y sangre y muerte;
de guerra y sangre y muerte echemos mano.
Mas antes al broquel que de la espada
echemosla esta vez, y concedamos....

HEREDIA.

Solo lidiar......

LARA.

Permíteme repita,
ó noble Heredia, que tu celo aplaudo.
Conoce empero que causar pudiera
á España la repulsa graves daños.
¿Qué sabemos si el noble Alonso Vargas
el nombre de Padilla recordando,
seguir pretende sus gloriosas huellas
y en vez de combatirnos á ayudarnos
viene, y á que Aragon se una á Castilla,
causa comun de libertad formando?
Y si tal heroismo y fortaleza
no le es dado abrigar ¿no puede acaso
temer el embestirnos, y cobarde
partidos ventajosos presentarnos,
que de Aragon la libertad afirmen,
y que fuera imprudencia no escucharlos?
Mas doy que ni seguir nuestras banderas
quiere, ni hacernos ventajosos pactos;
sino que solo diferir procura
el momento dudoso al asalto.
Considerad, considerad os ruego
lo que puede importar el dilatarlo.
Cortas las fuerzas son aunque valientes,
que á Zaragoza guardan, de Balbastro

de Albarracin de Teruel de Huesca
las decididas huestes no llegaron:
con ellas es seguro nuestro triunfo,
sin ella.....Mas amigos no perdamos
el tiempo inutilmente : la justicia,
la razon la prudencia aconsejando
estan dar el seguro.

HEREDIA.

Siempre temo
ocultas tramas, encubierto engaño.

LANUZA.

Graves de Lara son las reflexiones:
entre al momento el general contrario.
Tú amigo le conduce. En tanto Heredia
convoca de Aragon los diputados,
mientras yo corro en torno las murallas
la vigilancia en ellas aumentando.
¡Oh Dios, eterno Dios, benigno mira,
á este pueblo valiente y con tu amparo
guarde su libertad, guarde sus leyes,
sin que haya menester para lograrlo,
apelar á la guerra asoladora,
azote atroz al miserable humano!

ACTO TERCERO.

Escena I.

Lanuza presidiendo á doce diputados, que estarán sentados por órden. Entre ellos Lara y Heredia. Guardia de soldados aragoneses, pueblo de pie al fondo del teatro.

Lanuza.

Representantes del heróico reino
Aragones, apoyos de la patria,
de sus fueros valientes defensores,
y del pueblo consuelo y esperanza:
si al ver nuestros clamores desoidos
y nuestras libertades ultrajadas,
por el pérfido arrojo de un tirano,
que en vez de gobernar oprime á España,
jurar supimos contrastar su furia,
y sostener las leyes adoradas,
con que nuestros mayores nos dejaron
libertad y poder, honor y fama:
y jamas á afrentoso infame yugo
tender el cuello y amoldar el alma;
llegado es ya el momento venturoso
de que en otras se tornen las palabras:
por nuestra decision mirando el mundo
las glorias de este reino aseguradas.
Hoy el cielo tal vez, ó aragoneses,

benigno protector de nuestra causa,
hoy quiera coronar nuestra justicia,
sin que en sangre tiñamos las espadas.
Esas huestes altívas que nos cercan,
y que á guerra feroz nos provocaban;
parece que al mirar estos adarves,
que el patriotismo y las virtudes guardan,
nuestro denuedo admiran y respetan,
temer lidiar, y su valor desmaya.
Para hacernos propuestas importantes
pidió su general Alfonso Vargas
un seguro: seguro á que un momento
dudé acceder; mas luego la esperanza
de evitar una guerra asoladora,
si nuestro honor y libertades patrias
nos es posible conservar sin ella;
me movió al fin á permitir su entrada,
y aquí vá á aparecer. Representantes:
escuchemosle pues, y con la calma
digna de un pueblo libre que defiende
fueros sagrados, leyes sacrosantas.
Si propone dejar esta riqueza,
que tanto idolatramos, pura intacta,
y retirar al punto sus pendones
del territotio aragones; renazca
la dulce paz, conclúyase la guerra:
vuelva Filipo á ser nuestro monarca,
y no haya mas discordia entre españoles,
pues justicia queremos no venganza.
Mas si intentare acaso seducirnos,
ó astuto derrocar nuestra constancia

ó ministro de un déspota insolente
insultarnos osare su arrogancia,
proponiendo la afrenta y el oprobrio
como medios de paz: al punto salga,
mas respetado y sin ofensa alguna,
del recinto sagrado de esta plaza,
y reciba en el campo, en noble guerra
el galardon de su imprudente audacia.
Póngase al frente á sus brabos tercios
que el morado pendon viles infaman,
y que olvidan sedientos á esterminio
los duros hierros que á Castilla enlazan
y con ellos osado y ciego embista
á Zaragoza fosos y murallas:
su arrojo en ellas mirará estrellarse,
cual en escollos de la mar la saña.
Y si la suerte se nos muestra esquiva,
y el iracundo cielo nos contrasta;
muramos con honor, muramos libres,
húndase Zaragoza en las entrañas
de la espantosa tierra, libre empero
antes que exista sin honor y esclava.
Si lo manda el destíno, perezcamos:
mas encendiendo vengadoras llamas,
que consuman á opresos y opresores
y hagan gloriosa eterna nuestra fama.
Sagunto asi por sostener un pacto,
por defender su libertad Numancia
es hoy escombro de mis asores miedo,
es hoy cenizas y blason de España.
Mas no temamos que de Dios el brazo

asi abandone nuestra justa causa;
antes ufanos esperar debemos
victoria, triunfo, inmarcesibles palmas.
Lara, conduce á este lugar al punto
al gefe de las huestes castellanas.

Escena II.

Los mismos. Lara. Vargas. (1)

Lanuza.

¿Qué os turba, castellano, la presencia
de un pueblo libre, que sus leyes santas
jurado ha sostener? Habla: y al reino
aragones instruyan tus palabras;
de tu intento al pedir entrar seguro
suspendiendo la furia de las armas.

Vargas.

No este aparato imponedor me turba;
aunque el mirarme en medio de él me pasma.
Yo he pedido una tregua y un seguro
para hablar con Lanuza, y esperaba
hallarle á solas, verle do mis brazos
mi cariño y mi amor le recordaran.
Donde pudiera...

(1) *Al entrar dará muestras de turbacion y sorpresa.*

LANUZA.

Basta: en este dia
ni Lanuza soy yo, ni tú eres Vargas.
Tú eres el adalid de un rey tirano,
que intenta esclavizar mi cara patria.
Yo el caudillo de un pueblo generoso,
que ama sus leyes y juró salvarlas.
Hoy nada tienes que tratar conmigo,
el reino de Aragon es con quien tratas.

VARGAS.

El reino de Aragon, modelo siempre
de lealtad, de prudencia y de constancia....
El reino de Aragon, que hasta Bisanzio
los pendones llevó de sus monarcas,
rebelde ahora....

LANUZA.

Tan odioso nombre
al reino de Aragon jamas le cuadra:
solo rebeldes son los orgullosos,
que en contra de las leyes se declaran.

VARGAS.

¿Quién ósa contra el rey....?

LANUZA.

Ahora no tiene
rey Aragon.

VARGAS.

Felipe.

LANUZA.

Solo mandan
los reyes por la fuerza irresistible
de la ley que juraron, si la guardan.
Mas al momento que la infringen pierden
los derechos al solio, y lo profanan.

VARGAS.

Felipe, padre de la España toda,
piadoso escuchará vuestras demandas;
y el remedio....

HEREDIA.

¡Piedad....! Con los esclavos
no con un pueblo libre debe usarla,
no una infame piedad; justicia solo,
es lo que el reino de Aragon reclama.

VARGAS.

¿Y puede reclamarse la justicia,
al horrísono estruendo de las armas....?

HEREDIA.

Son el único apoyo de los pueblos
cuando el vil despotismo los ultraja.

VARGAS.

Orden, moderacion, son las divisas
de aquellos que defienden justas causas.
Son el apoyo firme de los buenos.

HEREDIA.

¡Orden....! ¡Moderacion...! ¡Vanas palabras,
con que los degradados, las cobardes
su necedad y su pavor disfrazan!

LANUZA.

¡Orden! ¡Moderacion! ¡Prendas divinas
que los astutos déspotas profanan!
Orden á la quietud de los sepulcros,
y á la degradacion de siervos llaman.
Moderacion al sufrimiento indigno
con que el esclavo á su señor acata.
Dejad reconvenciones, castellano,
que no ès dado á Aragon el tolerarlas.
Proponed, y no mas.

VARGAS.

Zaragozanos:

escuchad pues con reflexion y pausa
propias de generosos infanzones,
que solo el bien anhelan de su patria,
las propuestas de un rey, de un rey benigno
que perdona estravíos, si dimanan
de valor y virtud, que olvida ofensas,
y solo quiere ver felice á España.
Si vuestras leyes menoscabo sufren,
magnánimo os ofrece restaurarlas.
Como padre los brazos os presenta,
en ellos de Aragon la paz renazca.
Cese la agitacion que hoy lo destroza:
las huestes deshaced, dejad las armas,
y vuestros fueros os serán guardados,
las antiguas costumbres respetadas,
de Justicia mayor el ministerio,
tendrá la autoridad que la ley manda
y ser rey de Aragon libre y glorioso,
será el timbre primero del monarca.
En él su dicha y sus desvelos cifra:
asi os lo ofrece su real palabra,
asi os lo ofrezco yo. Mas prenda sea
de reconciliacion, que al punto abra
Zaragoza sus puertas á las tropas
del rey, y que al momento á mí entregada
de Pérez quede la persona infame,
promovedor tal vez de estas desgracias.
Torne el virrey, los magistrados tornen
la ciudad á regir: no habrá venganzas,
no castigos: olvido solamente,
generoso perdon.....

LOS DIPUTADOS Y EL PUEBLO.

¡Perdon...! ¡O infamia!

HEREDIA.

Nosotros nunca fuimos delincuentes.

PUEBLO.

O muerte ó libertad.

LANUZA.

¡Oh voces santas,
dignas de aragoneses, de hombres dignas,
que en su espléndido honor no sufren mancha.
Libres sereis, en vuestros pechos arde
del patriotismo y del honor la llama:
dignos sois de ser libres, sereis libres,
que el cielo vengador el triunfo os guarda.
Y tú audaz castellano, tú caudillo
de las huestes de un rey ¿con qué arrogancia
osas proposiones tan infames
hacer á un pueblo decidido...? Marcha,
torna á tu campo, ordena tus valientes,
para el combate anima tus escuadras
y vengan á la lid esos guerreros,
que las cadenas sin rubor arrastran.
¿Nuestro valor, nuestro denuedo humillas

y de Felipe la clemencia ensalzas,
y cariño y bondades solo ofreces,
y gloria y paz y libertad proclamas?
¡Triste del pueblo que en alhagos fia
y en ofertas capciosas de un monarca,
que lo que hacer le ordena la justicia,
lo ofrece altivo cual si fuera gracia!
Mil bienes nos presentas cauteloso,
mas ¿qué prendas nos das de tus palabras?
¿Qué tus tercios al punto recibamos
dentro de Zaragoza...? ¿Qué las armas
dejemos de las manos...? ¿Qué entreguemos
de Perez la persona á la venganza
del irritado rey? ¿Y asi empezando
por infringir la ley el restaurarla
nos ofrece...? ¡O valdon! Sal de estos muros,
donde obcecado yó te di la entrada:
que buenos todos son los buenos piensan,
y yo pensé que bueno fuera Vargas.
Perdonad este error á mi deseo
pueblo zaragozano: imaginaba
que el fuego del honor que ardió en Padilla
hoy ardiera en las tropas castellanas;
y que siguiendo nuestro ejemplo heróico,
de Castilla romper solo anhelaban
el yugo vil que en Villalar le impuso
de Cárlos triunfador la adusta saña:
y que para tan noble y digna empresa
iban á proponernos alianza:
que á sospechar que en el cautivo pecho
de este adalid, no cabe empresa tanta,

y que solo su afan era insultarnos;
no fuera Zaragoza profanada
jamas con su presencia.

VARGAS.

Piedad solo
me estimuló á venir á estas murallas,
donde insensible á ultrajes y á caricias
opongo á vuestra furia noble calma.
Mas escuchadme por la vez postrera;
vosotros provocais vuestras desgracias,
jamas me mire de ellas responsable,
ni vuestra sangre sobre mi recaiga.
Que cuando rotos vuestros altos muros
y en tierra hundidas vuestras torres altas,
en Zaragoza entraren de esterminio
y confusion y horror acompañadas
mis vencedoras huestes; y estas calles,
pórticos y jardines y anchas plazas
de sangre y de cadáveres se cubran;
y se hundan vuestros techos, y las llamas,
consuman los alcázares soberbios,
los templos santos, las humildes casas,
y párvulos y ancianos y mugeres
pasados por el filo de la espada,
todo sea mortandad, llanto, ruina;
os arrepentireis de vuestra infausta
decision implorando vanamente:
mi piedad, la clemencia del monarca
que ciegos insultais.

LANUZA.

Cesa guerrero
de Aragon no conoces la constancia:
si el cielo ha decretado su ruina,
como salve su honor no le acobarda.
Retírate á tu campo.

VARGAS.

Antes permite,
que al reino de Aragon pida dos gracias,
que si de generoso y de valiente,
tanto blasona, no podrá negarlas.

HEREDIA.

Escuchemosle pues.

VARGAS.

Es la primera.
que la tregua prosiga hasta mañana
al asomar del sol. No, aragoneses,
juzgueis que es por temor de la batalla,
ni porque espero reforzar mis tropas:
solamente me mueve á dilatarla
el amor que me inspira vuestro aliento,
y el conocer que acaso es vuestra causa
justa en el fondo, y con horror los males

ver que á vuestra ciudad ¡ay! amenazan.
Hoy debe de tornar un mensagero
que reverente dirigí al monarca,
y que puede traer un resultado
venturoso á Aragon, sin que las armas
y los desastres de ominosa guerra,
hagan temblar á la afligida España.
Retardese la lid, sí, yo os lo ruego,
yo os lo demando en nombre de la patria.

HEREDIA.

Volemos al combate, no mas tregua,
no haya mas dilacion.

PUEBLO.

Guerra y venganza.

LANUZA.

Cual vosotros la lid ansioso anhelo,
y en contra de los déspotas la espada
fulminante esgrimir. Mas ciudadanos,
aunque contemplo inútil la tardanza,
y sé que los tirnos no transigen
con los pueblos jamas; séale acordada
la suspension que pide; y sepa el mundo
que la española sangre nos es cara,
que solo combatimos provocados
de una injusta agresion. Hasta mañana

se prolongue la tregua. Aragoneses,
asi obra un pueblo justo.

VARGAS.

La otra gracia
es que en mí contempleis á un padre tierno,
que una hija tiene dentro de esta plaza:
permitidme el consuelo, aragoneses
de verla un solo instante y de abrazarla.

DIPUTADOS.

Justa es su peticion.

HEREDIA.

Justa: y al punto
se le debe acordar. Pero que salga
luego de Zaragoza.

LANUZA.

Castellano,
á tu hija abrazarás: luego (1) á la estancia
condúcele de Elvira, y al momento
fuera de Zaragoza y sus murallas.
Y nosotros valientes defensores
del heróico Aragon, cuya constancia

(1) *A Lara.*

será ejemplo en el mundo eternamente;
preparémonos pues á la batalla;
que paces esperar del despotismo,
es un vano delirio. Nuestra causa
es tan grande y tan justa, que respeto
infunde aun á los mismos que la atacan.
La generosidad y la prudencia
la santifica mas, y mas la ensalza,
y con nuevo valor, con mayor brio,
y con mayor justicia nuestras armas
sabrán asegurarla para siempre:
pues cuando el nuevo sol sus luces claras
tienda por estos campos, la victoria
coronará las leyes de la pátria.

Escena III.

Vargas. Lara. Velasco.

Lara.

¿Su altivez y su arrojo no te irritan?

Vargas.

Su noble decision mi pecho encanta,
y por sarvarle....

Lara.

Es vano cuanto intentes,
ni ya piedad merece su arrogancia.

A nuestro rey, amigo, obedezcamos,
y sobre estos rebeldes luego caiga
el peso de su cólera. Dispuesto
todo está, nada temas. Ahóra abraza
á tu inocente Elvira, y sin demora
parte á poner en órden....

VARGAS.

Tente... Aguarda...
Verme á solas anhelo con Lanuza.
El lo quiere evitar... Si tú...

LARA.

Me pasma
tu flaqueza, no esperes que ese jóven
se rinda á la razon.

VARGAS.

Si tú encontraras
medio de que le viese... Acaso...

LARA. (*Suspenso.*)

Espera:
que contigo se aviste. En esta estancia
nos es muy conveniente... Ya se el modo
de obligarle á venir. Velasco, marcha
afan y gran secreto aparentando
en busca de Lanuza, y dile: Vargas

de sacar á su hija de estos muros
sin tu noticia, en este instante trata.

VELASCO.

Os comprendo... Sereis obedecido.
y aquí vendrá Lanuza sin tardanza.

LARA.

Cuando tu adviertas que hácia aquí sus pasos
cuidadoso dirige, de él te aparta,
con el virrey te avista, y de mi parte
le encargarás que al arrabal se vaya.
Mas antes dile á Elvira, sin que sepa,
que su padre está aquí, que al punto salga.

ESCENA IV.

VARGAS. LARA.

VARGAS.

Tu intento no descubro...

LARA.

Pronto amigo,
vas á ver á Lanuza. De las gracias
de tu inocente hija y de su ruegos
valete, y puede ser que su arrogancia

vacile, y que le venzas. ¡Logra tanto
con un jóven el lloro de su dama!
Tu insiste en que pretendes de estos muros,
para que á ellos jamas vuelva sacarla.
Mas nunca te la lleves, nunca amigo,
tenerla en Zaragoza es de importancia,
segura está; Lanuza... Mas ya viene
tu Elvira. En breve torno, y nada nada
te asuste... mi prudencia me sugiere
una trama feliz.

Escena V.

Vargas. Elvira *sale con Velasco que al punto se va detras de Lara.*

Vargas.

¡Hija adorada!

Elvira. (1)

¡Padre! ¡Padre!...¡Gran Dios! Mi padre ¿Es cierto?
¿Cómo dentro, señor, de estas murallas?

Vargas.

Mi suerte inexorable amada Elvira,
me trae á combatirlas, á arruinarlas,

(1) *Arrojandose en brazos de Vargas con gran ternura*

por el ciego ardimiento de tu amante,
insensible á mi amor y á mis plegarias.

ELVIRA.

(brazos?...
¿Qué le habeis visto ya?..¿Ya en vuestros

VARGAS.

Si le vi por mi mal.

ELVIRA.

¡Dios!... ¡Qué palabras!
¡Me hielan de terror!... O padre mio,
estándo vos en Zaragoza, nada
nada me asusta ni asustarme debe.
Mi Lanuza os respeta, me idolatra.
¡Oh qué dulces caricias y desvelos,
qué ternura y afan su madre anciana
sin cesar me prodiga!

VARGAS.

¡Ay! ¡inocente!
Soy gefe de las huestes castellanas,
que á Zaragoza sitian. De mi airado
rey me encuentro ministro de venganzas.

ELVIRA. (1)

Lanuza... Mas el llega...

VARGAS.

Hija querida:
une tu tierno llanto á mis plegarias,
rogémosle...

ESCENA VI.

VARGAS. ELVIRA. LANUZA.

LANUZA.

¿Quién es, quien el aléve,
que osa el dulce tesoro de mi alma
robarme sin piedad?

VARGAS. (*Enternecido.*)

¡Hijo!... ¡Lanuza!

LANUZA.

Al momento salid de estas murallas,
orgulloso Adalid al despotismo.

(1) *Con estremada agitacion.*

VARGAS.

¡Ah! no ultrajes mi amor...Mira á tu amada...
Ves su pálida faz...

LANUZA.

Tiembla insensato,
y no esperes triunfar de mi constancia.=
¡Elvira! ¡Elvira mia! Yo te adoro.

ELVIRA.

¡Lanuza!...¡O Dios!..tu aspecto me acobarda.
¿Y no conoces á mi amante padre..?
¿Al amigo del tuyo...?

LANUZA.

Elvira, calla:
sí, calla por piedad. Ese guerrero
no es el noble el ilustre Alfonso Vargas.=
Mas dime... ¿Me abandonas?...¿Tú consientes
en salir para siempre de este alcazar?

ELVIRA. (*Temblando.*)

¡Yo!...

VARGAS.

Elvira: al punto se vendrá conmigo:
á seguir á su padre está obligada.

ELVIRA.

¡Señor!... ¡ Oh padre mio!

LANUZA.

¡ Monstruo horrendo!
No lo consentiré, no.

VARGAS.

Ya degradan
mi carácter escelso y mis laureles
tanto insulto y tan necia tolerancia.
Sí, soy su padre, de la la atroz ruina
de esta infeliz ciudad, que por tu audacia
va pronto á no existir, salvarla quiero.
Sígueme, Elvira, ven.

ELVIRA.

¡ Desventurada!
¡Qué horror! ¡Padre! ¡Lanuza!...

LANUZA.

¿ Y me abandonas?

ELVIRA.

¡Lanuza!..¡O Dios!..mi padre me lo manda.

LANUZA.

¿Y yo te he de perder?

VARGAS.

Y para siempre.

ELVIRA.

Si con verdad me adoras...

VARGAS.

Conservarla
está en tu mano.

LANUZA.

¡O seduccion horrible!
Perdona mi dolor, soy hombre, ó pátria.=
Mas no la robarán. Cruel verdugo,
tiembla mi enojo y mi tajante espada.

ELVIRA. (*Con gran temor conteniendole.*)

¡Cielos! ¡Qué horror! ¡Lanuza!

VARGAS.

¿Y qué dominio

tienes sobre mi hija?.. ¿Y tú te jactas
de virtud y de honor?

LANUZA. (*Abatido.*)

¡Elvira mia!
¿Mi amor olvidas?... ¿Huyes de este alcazar...
para siempre?...

ELVIRA.

Mi padre...

LANUZA.

¡Oh cruda suerte!
Por piedad, por piedad, Alfonso Vargas,
no me arranqueis...

ESCENA VII.

VARGAS—ELVIRA—LANUZA—LARA
con algunos del pueblo que habrán oido los últimos versos.

LARA.

Lanuza, el pueblo airado
en altas voces sublevado clama,
porque al punto el caudillo castellano
torne á su campo. De su ciega rábia
temo que del seguro el fuero rompa;
y acaso...

LANUZA.

Cesa, tu sospecha es vana,
jamas un pueblo libre asi atropella
la fé del pacto. Don Alonso Vargas,
salid de Zaragoza en el momento.
Yo os acompañaré.

VARGAS.

No me acobarda
de la plebe el furor... Pero mi Elvira.

LARA.

Segura queda aqui, podeis dejarla.
Vos marchad al instante.

ELVIRA. (1)

¡Padre mio!
¡O discordia fatal!... ¡O guerra infausta!

(1) *Abrazando á Vargas.*



ACTO CUARTO.

Plaza principal de Zaragoza.

ESCENA I.

LARA-VELASCO-SOLDADOS ARAGONESES con banderas-PUEBLO-artillería-&c.

VELASCO. (1)

Nuestro el triunfo será, ya nada temo:
las torres, abanzadas y las puertas
guarnecidas están cual nos conviene,
y lo vereis en la ocasion primera.
De Teruel y Albarracin las tropas
al punto obedecieron la órden vuestra.
Y ya están detenidas las escuadras
que se alistaron en Barbastro y Huesca.

LANUZA.

¿Y donde están nuestros amigos...?

VELASCO.

Todos
del muro y la ciudad partes diversas

(1) *Aun lado del teatro y recatandose de la multitud.*

ocupan con recato : en esta plaza
muchos cual veis estan, y estarán alerta.

LANUZA.

¿Acompañaste á Vargas?

VELASCO.

Hasta el punto
do avanzadas se ven sus centinelas
escoltándole fuy.

LARA.

Velasco : basta,
que aqui ese joven altanero llega.

ESCENA II.

Los mismos (1) *LANUZA.*

PUEBLO.

Viva la libertad.

LANUZA.

Amigos : viva,
y los tiranos y traidores mueran.

(1) *Los soldados se ordenan y el pueblo se acomoda al fondo y todos á la escena.*

O pueblo aragones, siempre glorioso,
el ansiado momento ya se acerca,
en que al mundo, valientes demostremos
que es libre un pueblo, cuando serlo anhela.
Del déspota las huestes orgullosas
cobardes ya nos miran y respetan:
componense de siervos degradados,
y almas esclavas el valor no albergan.
Ved cual su insana furia se ha entiviado,
solo con avistar estas almenas.
Vedlos capitular, y temerosos
dilatar el combate, pedir treguas.....

PUEBLO.

No haya treguas... la lid.

LANUZA.

¡O noble grito.
de victoria feliz segura prenda!
Mas contener debemos; ciudadanos,
el santo ardor, que hierbe en nuestras venas.
Si desechamos del contrario gefe
con justísimo enojo las propuestas;
hasta el próximo sol le concedimos
las armas suspender. Y nunca sea
por un pueblo valiente y generoso,
que las virtudes y el honor profesa,
rota la fe á un pacto. Los que lidian
por la justicia y la razon; cubrieran

si la justicia y la razon hollaran
sus claros nombres de baldon y afrenta.
Los enemigos dilatar quisieron
el plazo de la lid: la gloria es nuestra.
No tememos que aumenten sus escuadras,
la dilacion disminuirá sus fuerzas,
pues si al primer momento no han osado
acometer nuestras ferradas puertas;
aun menos lo osaran mientras mas piensen
lo deshonroso de su inicua empresa.
Tambien aunque nosotros ya miramos
seguro el triunfo, la victoria cierta,
no debemos privar de los laureles
á las valientes tropas, que se acercan
de las ciudades. Lleguen pues, y todos
parte en la lid, y en la venganza tengan.

Escena III.

Los mismos-Heredia.

Heredia.

¡Quién en la fe de los tiranos fia!
!O maldad!..¡O traicion!

Lara.

¿Qué ocurre Heredia?

HEREDIA.

D.l arrabál en la almenada torre
ya el pavellon del rey Felipe ondéa.

LANUZA.

¡Amigo! .... ¿cómo? dime ....

HEREDIA.

En el momento
que el gefe castellano á sus banderas
tornó desde estos muros, con recato
alguna parte de su gente ordena,
y mudo el tambor las tropas mudas
y en gran silencio, y sin temor se acerca
por aquel lado al elevado muro,
donde ninguna oposicion encuentra.
Alli el virrey estaba, alli el prelado
y con vil oro, y seducion y ofertas
la multitud comprada ya tenian,
y el adarve y las armas todos dejan
al acercarse al castellano. Algunos
gritan traicion, y ponense en defensa:
pero pocos, sin plan, y divididos
solo la muerte ó el desprecio encuentran,
y alzanse los rastrillos, y en los brazos
reciben los traidores ¡vil afrenta!
al bárbaro enemigo, que orgulloso

ocupa el arrabal todo, y se ceva
en sangre, en muerte, en latrocinio infame.
Mas ya por la ciudad cunde esta nueva,
y coronan el muro los valientes:
las escuadras del rey tambien se aprestan.
y todo es confusion.

LANUZA.

¡ Atroz perfidia!

LARA.

¿Y cómo pudo ser.....?

PUEBLO.

Venganza, y guerra.

LANUZA.

Guerra y venganza sí, guerra y venganza.
Sangre, sangre tendrán, pues sangre anhelan.
Vamos á combatir, el alto muro
guárdese con ardor, ilustre Heredia,
á tí te encargo á Zaragoza. Lara
en este sitio un escuadron reserva
pronto para lidiar donde el peligro
exija concurrir con nuevas fuerzas.
Y vosotros (1) venid, seguidme osados

(1) *A uno de los pelotones de tropa.*

que salir quiero á los muros fuera,
y en campo abierto nuestro noble brio
patentizar al orbe en la pelea,
y aterrar esas huestes ominosas
que no osan combatir en noble guerra,
y vengar el engaño la perfidia
con que abusaron á la pura excelsa
virtud de un pueblo libre. Mas primero
jurad (1) por el honor que arde y alienta
en vuestros pechos. Por la cara patria,
que su salud de nuestro esfuerzo espera,
ó vencer ó morir.

SOLDADOS (2).

Sí lo juramos.
O vencer ó morir. .

LANUZA.

O Dios que velas
sobre los buenos : oye nuestros votos.
Protege bondadoso nuestra empresa
y que al hundirse el sol en el ocaso,
libre por siempre á Zaragoza vea. (3)

(1) *Tomando una bandera con las armas de Aragon.*
(2) *Los que siguen á Lanuza.*
(3) *Sale Lanuza por un lado con el peloton que eligió, y le sigue algun pueblo, y Heredia se va por otro ladoen algunos otros y Velasco.*

Escena IV.

Lara. Soldados. Pueblo.

Lara (1).

Andad, andad . . . . ¡ ó mísero destino!
¡Vuestro noble valor que recompensa
horrible vá á tener! Sí; ese altanero
jóven voluble al precipicio os lleva.
Y vosotros venid, desventurados,
aquí reunios por la vez postrera,
ya que quereis sér víctimas incautas
de una astuta traicion, de una perversa
trama que no alcanzais. ¡ O pátria mia,
digna de mejor suerte! . . . . ¿ Qué te espera
despues de tantos años de altas grorias?
Solo torpe baldon infamia eterna.
¡ Infelices! . . .. ¡ qué horror! no quiera el cielo
que yo coopere á la desgracia vuestra . . . .
¿ Por qué la muerte perdonó mis dias,
cuando con fama y con honor muriera,
y para presenciar tanto infortunio
me conservó la mísera esistencia. . . . . ?

Algunos del pueblo.

¿ Dudas del triunfo tú?

(1) *Dice los cuatro primeros versos como hablando con los que acaban de salir.*

LARA.

¡Desventurados!
¿Quién es tan ciego que victoria espera?
¿Quién la debe esperar? Aragoneses:
¿no veis la horrible sima que está abierta
bajo de vuestros pies?.... Abrid los ojos
vereis cuan vana es toda resistencia,
contra el poder del triunfador Felipe,
del bravo Vargas, de sus huestes fieras.
¿Qué recursos tenemos? ¿con qué ausilios
contamos para hacer una defensa,
que os salve del rigor de un fiero asalto?
¿De Albarracin de Teruel y Huesca
confiais acaso en las supuestas tropas,
con que os animan, y que nunca llegan?
Lanuza jóven en su ardor primero
se envaneció sin consultar sus fuerzas,
al ocupar el elevado cargo
de justicia mayor, que no debiera
confiarse jamás ligeramente
de un mancebo sin canas ni esperiencia.
El de Aragon comprometió el sosiego,
hizo odiosa á la causa noble y buena
que defender quisimos, y abusando
del nombre de la pátria, horrible guerra
atrajo á Zaragoza, convirtiendo
en rebelion al rey, lo que defensa
debiera ser de nuestras leyes solo.
¿Qué personas por dicha veis de cuenta
sus pendones seguir?.... ¿Los magistrados

sacerdotes, prelados y nobleza
los siguen por ventura? ¡Y la ignorancia
apellida traicion á la prudencia,
de aquellos que evitar solo pretenden
los funestos horrores, que nos cercan!
Volved atrás los ojos, ciudadanos:
recordad el origen de esta guerra
y vereis que es salvar la infame vida
de Perez, de un traidor que es de la iglesia
del trono y del altar vil enemigo.
¿Y hemos de perecer en indefensa?

ALGUNOS DEL PUEBLO.

Por nuestra libertad, por nuestras leyes....

LARA.

Escuchad, escuchad: ¿Pensais que intenta
robaróslas el rey? ¿Pensais por dicha
que á intentarlo pudierais defenderlas?....

PUEBLO.

¡Lanuza!....

LARA.

¿Aun ciegos le aclamais? ¡Lanuza!....
Toda vuestra esperanza teneis puesta
en Lanuza?.... No debo, no ocultaros,

la alevosa maldad.... la trama horrenda....
Estais todos vendidos. Sí vendidos....

PUEBLO.

¡Vendidos!

LARA.

¿No lo veis, ó gente ciega?

PUEBLO.

¿Y quién es el traidor?

LARA.

Temblad cuitados.
Lanuza es el que os vende, y os entrega
al justísimo enojo de un monarca
poderoso, ofendido; él solo....

ALGUNOS DEL PUEBLO.

Es negra
calumnia.

LARA.

Sosegaos, ó compatricios,
y no pagueis mi amor con tal ofensa.
Escuchadme, y temblad. Y mis palabras
desharán pronto la confianza necia,

que en un engañador teneis cifrada,
y que al desastre y perdicion os lleva.

OTROS DEL PUEBLO.

Escuchémosle pues.

LARA.

Sí, aragoneses:
atentos escuchad, que os interesa.
Lanuza si un momento pensó altivo
defender á Aragon, ya no lo piensa.
Su pecho, que juzgabais duro bronce
se ha convertido pronto en blanda cera.
Y dió á la seduccion grata acogida,
de una débil pasion infame presa.
Sabeis que adora á la gallarda Elvira,
que en su palacio sin rubor se alberga:
pues sabed que esa jóven es la hija
del caudillo sagaz que nos asedia.
Ahora patente mirareis la causa
de concederle entrar, de darle treguas,
de no impedir que el arrabal ocupe,
de retardar el paso á las banderas,
que alzaron las ciudades comarcanas:
y de una vez oidlo, ¡ó trama horrenda!
aunque visteis que habló con el caudillo
manifestando arrojo y fortaleza;
en seguida con él y con la hija
una entrevista celebró secreta,

y yo le sorprendí, y otros conmigo,
y que aquí mismo están.

ALGUNOS DEL PUEBLO. (1)

Amigos: ciertas
son sus palabras.

LARA.

¿Qué esperais ahora?

PUEBLO.

¡Es Lanuza traidor!

LARA.

¿Y duda os queda?
¿No es cuchasteis á poco sus acentos,
y cual se opuso á quebrantar la tregua,
como voz pretendisteis, disfrazando
con capa de virtud y de nobleza
sus pérfidos intentos....? ¿No habeis visto
como ha salido á los muros fuera?
¿Pensais que vá a lidiar? ¿A hallar la muerte..¿
Solo ponerse en cobro es lo que intenta,

(1) *Estos serán los mismos que salieron con Lara en la última escena del acto anterior.*

y dejaros espuestos á la furia
y á los estragos de la orrible guerra,
ya su dama talvez está en seguro,
tambien Perez huyó... todos nos dejan
del temor del monarca, de la furia
de una tropa feroz mísera presa.

PUEBLO.

!Qué horror!..... Lara .. ¿Qué haremos.....?

LARA.

¿Qué....? Ahora mismo
abatir el pendon, abrir las puertas,
al vencedor altivo humilde ruego
rendidos dirigir. Dar la obediencia
nuevamente al virey y al arzobispo.
Podrá en tonces el clero y la nobleza
contener el furor de los soldados,
el perdon impetrar de la clemencia
del gran Filipo, y Zaragoza salva,
y Aragon salvo de este modo sean.

UNOS DEL PUEBLO.

No corramos al muro.

OTROS.

Zaragoza
ríndase al vencedor.

Escena V.

Los mismos—Heredia.

Heredia.

¿Qué voz funesta
hiere mi corazon zaragozanos,
y toda la ciudad confusa atruena?

Algunos del pueblo.

Las armas arrojemos:
rindámonos al rey.

Heredia.

¡Cielos....! ¿qué aciertan
á pronunciar vuestros infames labios?
¿Imaginais que un rey perdona ofensas?
¿Quereis vos mismos presentar el cuello
al dogal del verdugo; entre cadenas
ver los hijos, violadas las esposas,
en llamas la ciudad, casas y haciendas
botin de foragidos, vuestra fama
en negro deshonor por siempre envuelta?
Ya no hay perdon. No le hay para nosotros
por mas que los traidores nos le ofrezcan:
solo esperar nuestra salud nos cumple

de una firme y constante resistencia.

ALGUNOS DEL PUEBLO.

Lanuza es quien nos vende.

HEREDIA.

Ciudadanos:
¡Qué horror...! ¿tal proferís? Esas sospechas
de la misma virtud y patriotismo,
¿quién es el aleboso que las siembra?
¡Lara pérfido Lara!

LARA.

No me ultrajes:
el pueblo teme, y con razon recela
de ese inconstante jóven. Le hemos visto,
con Vargas en oculta conferencia,
de su hija es amante... Su denuedo
ha vacilado consintió en la tregua.

HEREDIA.

Basta, basta traidor, ya te comprendo.

LARA.

¿Te atreves?...

HEREDIA.

Por piedad no te atraviesa

el pecho vil, perjuro y delincuente
el vengador acero, que en mi diestra
arde para pavor de los traidores.
No le fulmino en tí, porque cubriera
su lustre de baldon tu impura sangre,
y mi cólera justa te desprecia.
Ciudadanos, seguirme al alto muro,
la lid y la victoria nos esperan
venid.

ALGUNOS DEL PUEBLO.

Lanuza huyó.

HEREDIA.

¿Cuándo afanoso
vengo á que tomeis parte en sus excelsas
hazañas, le insultais?... El denodado
en ese campo con ardor peléa
y las contrarias huestes destrozadas
huyen despavoridas y desechas
á su ilustre valor y noble brio,
que todo lo destroza y atropella,
y por su bizarría queda libre
Zaragoza ahora mismo; ¿y hay en ella
quien mancillar pretende su heroismo?...
¿Y prestais atencion á tan perversas
sujetiones? Venid, tengamos parte
en la victoria. ¿No escuchais cual truena,
en las murallas el preñado bronce,
el triunfo asegurando? No se pierda
tan feliz ocasion...

Escena VI.

Los mismos.—Velasco.

Velasco.

En vano, amigos,
es ya oponer inútil resistencia:
por do quier la victoria se declara
en favor de Castilla.

Heredia.

¡Horrible nueva!
¡Velasco!

Velasco.

Hace un momento que Lanuza
arrollaba esforzado las banderas
del rey en las llanura. Mas de pronto
envuelto se encontró por dobles fuerzas,
y cargado y desecho se retira
á buscar en los muros su defensa:
mas al verle desmayan las escuadras
que ocupan temerosas las almenas.
Por toda Zaragoza el miedo cunde,
y gritos lastimosos do quier suenan,
y al paso que se aumentan las legiones
del rey cubriendo las cercanas vegas

el horrendo cañon por todos lados
el muro rompe y la ciudad asuela,
y un espantoso asalto nos aguarda,
y ya no hay salvacion.

HEREDIA.

¡Suerte tremenda!

LARA.

Lo veis, lo veis.

PUEBLO.

Huyamos.

HEREDIA.

¿Qué es la fuga,
ó por donde pensais el emprenderla?
Muramos con honor... aun nuestro arrojo,
y desesperacion tal vez pudieran
arrebatar el lauro y la victoria
al odioso enemigo, y si obtenerla
no pueden nuestros últimos esfuerzos;
el que valiente fuere al campo venga,
y sígame á cumplir su juramento,
y á morir como bueno en la pelea.

ACTO QUINTO.

Salon de la casa de Lanuza.

Escena I.

Elvira.

¡Qué lúgubre quietud aun mas horrenda
que del combate el espantoso estruendo,
para mi corazon!.... ¿Vive Lanuza?....
¿Vive mi padre?.... De indagarlo tiemblo.
¡Ay! ¿á cuál de los dos verán mis ojos,
tinto en sangre del otro el duro acero?
¿Ambos esistirán?.... ¡Plegue á la suerte!
Mas ¡hay! ¡mísera yo! ¿qué es lo que espero
si para mi infeliz ya no hay mas dichas
ni calma, ni quietud para mi pecho?
Vencido ó vencedor en esta lucha
ó el padre quede, ó el amante.... ¡Cielos!
Llorar y aborrecer es mi destino,
y desesperacion y luto eterno.
¿Mas quién se acerca?.... ¿Quién por este lado
se atreve á penetrar?... ¡Heredia!... ¿Es cierto?.

Escena II.

Elvira. Heredia.

Heredia.

Cayó Aragon, Elvira: los cobardes

aun antes de lidiar viles huyeron,
los esforzados á la atroz cuchilla
del vencedor audaz rienden el cuello,
y triunfan orgullosos los traidores.
Ya no hay pátria ni honor. ¡ Ah !.... ¡ Y yo no
encuentro
honrada muerte!.... En vano la he buscado
en la comun ruina. Combatiendo,
la horrible confusion por estas calles
me arrastro de la lid. Cuando me encuentro
rota la espada, que arrancó cien vidas,
en el jadin de este palacio. Y vengo
á buscar á Lanuza, y á su lado
como noble á morir.

ELVIRA.

¡O Dios eterno!
¿No habeis visto á Lanuza?...¡Heredia!..¡amigo!
Decidme.... ¿ Por ventura esperais verlo
en este sitio?.... ¿ ó esperais?....

HEREDIA.

Elvira:
tener noticia de él esperé al menos.
Yo el adarve ocupaba con los viles,
que debieran morir ó defenderlos;
cuando salió Lanuza denodado
á trabar el combate en campo abierto:
y al frente de los bravos escuadrones

le ví blandir el refulgente acero,
y sembrar el espanto y esterminio
en las haces contrarias; cuando el eco
de atroz conjuracion, que rebentaba
por toda la ciudad, pasmado advierto:
corro á la plaza, animo á los leales;
al mirarme se aterran los perversos;
un momento no mas, y cuando al muro
la muerte ansiando apresurado vuelvo,
ya no distingo amigos ni enemigos,
y ni á Lanuza ni á los suyos veo;
sino matanza, confusion, estrago.
La espadá, empuño con feroz despecho
y ni conozco contra quien la esgrimo,
ni quien se me resiste, ni á quien hiero
hasta llegar aquí.... ¡Dios! ¡cruda suerte!
¡por qué no he perecido entre los buenos!
¿y vos no sabeis nada?.... Que ha cesado
el combate demuestra este silencio
pavoroso, terrible.... ¿Y de Lanuza
noticia no teneis?

ELVIRA.

En el momento
que en las vecinas calles, de las armas
escuché pavorosa el ronco estruendo;
de este palacio á la alta galería
que dá á esa plaza me asomé, y tendiendo
la ansiosa vista, muerte y esterminio
y humo y ruina y espantoso fuego

y polvo y confusion mire do quiera.
Mas distinguir apenas los objetos
pudo mi tubarcion, cuando de pronto
cesó el rumor y el humo, y solo veo
cadáveres horribles, negra sangre
y la plaza llenarse de guerreros
castellanos en órden, que gritaban:
victoria, viva el rey el triunfo es nuestro.
Aterrada y exanime los ojos
á todos lados: tremula revuelvo
y ni entre los montones de difuntos
ni entre las huestes á Lanuza advierto:
cuando de pronto miro á los soldados
de la ancha plaza levantar en medio
un cadalso....

HEREDIA.

¡Qué horror!

ELVIRA.

Y estremecime,
y de horrible pavor y espanto lleno
mi infeliz corazon, despavorida
del alto corredor huyo; y desciendo
y á este lugar....

HEREDIA.

¡Gran Dios!.... ¡Desventurada!
¿Un cadalso?.... ¡Qué horror! ¡Ah! no, no ha muerto

Lanuza en el combate.... ¡A Dios pluguiera muriese en el!

ELVIRA.

Al escucharos tiemblo....
¿Mas qué rumor?

HEREDIA.

El vencedor altivo,
vuestro padre. Señora.

ELVIRA.

¡O cuánto temo
su vista! Y vos, huid: huid amigo:
salvaos por piedad.

HERDIA.

¿Qué estais diciendo?
Morir es un debei: huya el que e time
en mas la vida que el honor. No quiero
vivir para mirar mi patria amada
opresa, esclava entre afrentosos hierros (1).

(1) *Se lo llevan los guardias.*

Escena III.

Heredia.—Elvira.—Vargas.—Lara.—Velasco.—*Soldados castellanos.*

Vargas.

Que la vecina plaza en torno ocupen
las tropas y cañones, sin que al pueblo
se deje penetrar en su recinto.
Que en alcance de Perez salgan luego
seis veloces caballos escogidos:
en la vecina cárcel por momentos
la vigilancia auméntese, y á ella
sean conducidos de cadenas llenos,
como Lanuza, sus parciales todos.

Heredia.

Vedme, aqui me teneis, contadme en ellos.

Vargas.

¿Y qué haceis vos aquí?

Heredia.

¿Qué....? Aborrecerte,
y mi tajante espada echar de menos:
que á tenerla en la cinta ya estuviera

teñida en sangre vil de esos perversos
y en la tuya tambien.

VARGAS.

¡ Traidor !

HEREDIA.

¿ Me insultas
cuando me vés sin armas ?

VARGAS.

¿ Y tu necio
orgullo que pretende ?

HEREDIA.

Morir solo,
con Lanuza morir, solo pretendo :
ansio la muerte.

VARGAS.

La tendrás al punto:
á la vecina cárcel vaya preso,
y al lado de Lanuza su altiveza
yazga abrumada de pesados hierros.

ESCENA IV.

ELVIRA. VARGAS.

VARGAS.

Hija: llega á mis brazos.

ELVIRA.

¡Padre! ¡Padre!

VARGAS.

Tu parabien por mi victoria espero.

ELVIRA.

Tened piedad de vuestra triste Elvira;
no desgarreis su acongojado pecho.

VARGAS.

Hija, modera tu afliccion; triunfantes
del rey, nuestro señor, las armas vemos,
y es un delito en tan glorioso dia
ostentar desplacer y sentimiento.

ELVIRA.

Y podeis exigir ¡ay¡ que renuncie

mi triste corazon á los afectos
de sensibilidad y de ternura
que le inspirasteis en mis años tiernos?
Manchado os miro en inocente sangre,
debelador de un miserable pueblo:
maldito, odiado.....

VARGAS.

Cesa: disculparte
puede de tu dolor solo el esceso,
el que á los reyes sirve debe....

ELVIRA.

¡Oh padre!
Debe de ser cruel, ya lo estoy viendo,
y sordo á la amistad y á la ternura,
insensible.....

VARGAS.

Modera tu ardimiento
en mí respeta á un padre.... que amoroso
perdona tu imprudente desconcierto.
Elvira, torna á tu inocente calma,
y tranquilize la razon tu pecho.
Considera las altas distinciones,
el favor, la riqueza con que espero
recompensado ser. Todo hija mia.....

ELVIRA.

¿Qué pronuncias, señor? Yo lo desprecio
todo. ¡Qué horror ...! Sí todo. Padre, padre,
¿hablarme osais de un galardon funesto?
Solo quiero la muerte ó mi Lanuza.

VARGAS.

¿Y aun le nombras?

ELVIRA.

¿Y debe sorprenderos
que mi labio le nombre, si le adora
mi corazon amante y lo contemplo
como un deber....?

VARGAS.

¡Oh Dios!

ELVIRA.

Sin él la muerte,
la muerte os pido.... ¡Ah..! recordad os ruego
que vos para mi esposo le elegisteis:
recordad que inspirasteis en mi pecho
esta pasion por vos funesta ahora,
y que va á hundirme en el descanso eterno.

¡Oh padre...! ¿No temblais? Ved vuestra hija
vuestras plantas regar con llanto acerbo.
¡Ah...! volvedme mi bien ó dadme muerte;
arrancadme esta vida que aborrezco......
compadeced mi suerte.

VARGAS.

¡Hija....! ¡hija mia!
mi esperanza y dulcísimo consuelo
ven á mis brazos, ven.

ELVIRA.

¡Oh padre mio!
¿Hallaré en vos piedad de mis tormentos?
¡Ah! sí, siempre me amasteis, y mis penas
en vuestro tierno amor tendrán remedio.
Volvedme á mi Lanuza.

VARGAS.

¡Hija adorada!

ELVIRA.

Recordad el cariño dulce y tierno
con que la educacion que os ha debido
siempre os pagó, de gratitud modelo.
Recordad la amistad, la amistad pura
que con su honrado padre tanto tiempo

os estrechó, señor, y no en olvido
dejeis que designado por vos mesmo
para mi esposo fue. Ni la ternura,
el afan cariñoso y el desvelo,
que desde mi venida á este palacio
á su madre infeliz, yo triste debo.
Recordad sus virtudes.

VARGAS.

¿Por qué altivo
contra su rey....?

ELVIRA.

Un jóven inesperto,
Zaragoza.... Aragon.... España toda...

VARGAS.

Sabes cuanto le amé...Mas yo no encuentro..

ELVIRA.

¡Sí¡ recordad que mi adorada madre
en el fatal tristísimo momento
en que la muerte atroz nos la robaba,
al darme el dulce abrazo postrimero,
con labio balbuciente: esposo, os dijo,
á la tumba conmigo el placer llevo
de saber que mi Elvira y su Lanuza

seran de tu vejez dulce consuelo.
Padre, padre, cumplid....

VARGAS.

Cesa hija mia,
voy á hacer por tu amor cuanto hacer puedo:
ola Rodrigo (1) á este lugar conduce
á don Juan de Lanuza en el momento.

ELVIRA.

Ahora á mi amado padre en vos conozco,
vos mi esperanza sois... ¡O cuánto os debo.!

VARGAS.

No tan pronto mi Elvira á la esperanza
entrada des en tu angustiado pecho
tal vez tu amante mismo ¡ay hija mia!
hará inútiles todos mis esfuerzos,
por salvarle.

ELVIRA.

Si en vos consiste solo,
¿quién podrá contrariar vuestro deseo?...

VARGAS.

Sus virtudes.

(1) *Entra un soldado castellano.*

ELVIRA.

¡Señor!... ¿Qué?... ¡Sus virtudes!

VARGAS.

Suele ser la virtud un don funesto,
tal es del mundo el mísero destino.
tú sola acaso puedes con tus ruegos
persuadirle á ceder. Pues si persiste
rebelde y contumaz, nada hacer puedo:
mi obligacion primera, es hija mia
cumplir de un rey airado los preceptos.

ELVIRA.

Allí viene... ¡O dolor!.. Ved vuestro amigo
miradle entre cadenas.

VARGAS.

¡Dios eterno!
¡Cuál me turbo al mirarle!

Escena V.

Elvira-*Vargas*-*Lanuza* (*con cadena.*) *Soldados castellanos*

Elvira (*abrazándole*)

¡Oh mi Lanuza!

Lanuza.

¡Elvira.....! ¡ Oh Dios ! conten, yo te lo ruego,
conten el llanto que ablandar pudiera
un corazon de redoblado acero.
No enerves con tus lágrimas el mio,
mansion de la constancia y del esfuerzo.

Elvira.

Lanuza....! ¡Oh Dios !

Lanuza.

¡ Cuánto anhelaba verte!
¡Ya recibí tu abrazo postrimero.
Tranquilo moriré.

Elvira.

¡ Ah....! ¿ qué pronuncias ?

¡De horror me pasmo....! ¡De terror me hielo!

LANUZA (*á Vargas.*)

¿Y vos que me quereis? Ya en esa plaza
he visto el sitio infame, que yo debo
con mi sangre ilustrar. A él me conduce:
de morir por mi patria estoy sediento.
Sáciese del tirano la venganza,
y despierte tal vez la de los cielos.
¿Por qué tardais?

VARGAS. (1)

Lanuza ¿has olvidado
mi amistad, mi cariño, el dulce tiempo.....

LANUZA.

Sí todo lo olvidé: solo á mi patria
opresa, esclava, entre cadenas veo.
Y si vuestra amistad, y si los nudos
que nuestras casas enlazar debieron,
no quise recordar como advertiste
esta mañana, en este sitio mesmo,
cuando muy superior á vos me via,
cuando os juzgaba honrado caballero;

(1) *Hace señas á los soldados, y se retiran.*

ahora que estoy cargado de cadenas,
y que á mi vencedor en vos contemplo,
y que os he visto pérfido y aleve,
ministro al fin de un déspota soberbio,
los pactos infringir, de las virtudes
fiero abusar de un inocente pueblo,
y sordo á la razon y á la justícia
viles tramas urdir para vencerlo:
¿Me juzgais tan indigno de mi nombre,
que de vuestra amistad tenga recuerdos,
y que apele á unos vínculos ya rotos
para endulzar mi suerte y conmoveros?
¡Desgraciado opresor!

VARGAS.

¡Hijo....! ¡Lanuza!
compadece á tu amigo el mas síncero,
y no le insultes. De tu anciano padre
la íntima union con migo acuerda al menos.
Y si esto no bastase, què tu Elvira
que esa inocente es hija mia.

LANUZA.

¡Oh cielos...!
cesad, cesad, señor vuestras palabras
derraman un mortífero veneno
sobre mi corazon. Alfonso Vargas:
respetad la virtud.

ELVIRA.

¿ Y esperar puedo
que mi constante amor y mi ternura
y mis amargas lágrimas y ruegos,
logren de tí esta vez.....

LANUZA.

Elvira, Elvira;
tu amor, tu dulce amor es el consuelo
de mi alma toda. Y á la tumba helada
llevo el grato placer de merecerlo.

ELVIRA.

¡ A la tumba......! ¡ cruel...! ¿ y qué bastante
mi amor no podrá serte por lo menos
á hacerte la existencia amable y grata,
y á querer conservarla...? ¡ Ah! si mi ruegos....

LANUZA.

Si conservar la vida yo intentase
por tu amor, fuera indigno de obtenerlo.
Si coronar pretendes mi ternura,
Si pagar fina de mi amor el fuego,
debilitar mi decision no intentes.
respeta la constancia y el denuedo
con que manifestar al orbe todo

sin duda hoy mismo como noble debo,
que los que lidian por la madre patria
y por la libertad; aunque su esfuerzo
el destino contrarie nunca deben
transigir con los déspotas, muriendo
antes que sucumbir......

ELVIRA.

¡ Basta Lanuza!
Padre... ¿ lo oís ? ¡oh Dios !

VARGAS.

¡ Cuál me avergüenzo
de escuchar sus palabras !

ELVIRA.

¡ Cruel estrella!
¿Con que anhelais la muerte....?

LANUZA.

Sí, la anhelo.

VARGAS.

Y yo salvar tu vida cual merece
tu virtud eminente, sí lo quiero.

LANUZA.

¿Quereis mi vida conservar....?

VARGAS.

Lo juro
lo juro hijo adorado, por el cielo,
por los dias preciosos de esta hija
que á ser tu esposa destinó mi afecto.
Lo juro.....

LANUZA.

Basta: retiraos al punto
de esta infeliz ciudad. Vuelvan los tercios
del rey Felipe á tierra de Castilla;
quede libre Aragon; y los perversos
traidores, que os han dado la victoria
á mi enojo entregad: y al punto acepto
la vida que me dais.

VARGAS.

Joven Lanuza
estais en vos...,Pensad.

LANUZA.

Ya nada pienso;
ó hacer lo que os propongo, ó al cadalso
llevadme sin tardar.

ELVIRA.

¡Oh Dios eterno
Escuchad de mi padre las palabras
si me amais, escuchadle, yo os lo ruego.

LANUZA (*á Vargas.*)

Decid pues.

VARGAS.

¡Oh! Lanuza: no desprecies
mi paternal cariño, y el deseo
que de salvar tu inapreciable vida,
y de enlazarte con mi Elvira tengo.
Calla, no me interrumpas, y un instante
el juvenil arrojo de tu pecho,
calma y escucha, advierte lo imposible
de poder acceder yo á tus deseos.
Examina, examina tus propuestas
y lo conocerás. Otro sendero
mas facil y espédito de salvarte
si adoras á mi Elvira te presento.

LANUZA.

¡Dios bondadoso.....! ¡Elvira idolatrada!

VARGAS.

Tu virtud, tu valor tu ilustre celo

no pueden ya empeñarse. Si la suerte
tan noble decision miró con ceño,
no es culpa tuya no. Tu combatiste,
tú resististe con heróico esfuerzo,
tú has defendido con ardor tu patria,
tú has sido abandonado por el pueblo.
¿Te resta algo que hacer? Todo lo hiciste.
Pues ya de la prudencia los consejos
debes seguir, y la prudencia manda
la vida conservar para otro tiempo.
Con tu muerte Aragon nada consigue,
y solo vá á servir de horrible ejemplo
conserva pues tus dias, que lograrlo
puedes sin mancillar tu nombre egregio
del cargo de justicia que ejercias
por voluntad de un sublebado pueblo
has la renuncia en mi, y orden circula
á todas las ciudades de este reino
de hacer pleito homenage al rey Felipe,
renunciando las leyes y los fueros
que ya estaban hundidas y olvidados,
y que ahora por la fuerza los perdieron;
y salvaré tu vida, y del monarca
el perdon.

LANUZA.

¡El perdon!

ELVIRA.

Sí....

LANUZA.

Ya mas tiempo
no me es dado sufrir vuestra osadia.

¡Perdon..! ¿y hablais conmigo..? ¡O vilipendio!
¿En insultarme os complaceis malvado?

VARGAS.

¡Lanuza!

LANUZA.

¡Monstruo!

ELVIRA.

¡O Dios!... De verle tiemblo.

¡Padre!

VARGAS.

Cierta es su muerte, si hija mia.

ELVIRA.

¡Qué horror!... ¡Ay!

VARGAS.

Evitarla ya no puedo.

HEREDIA.

¿Pretendeis que autorize del tirano
la vil usurpacion?... ¿Quéreis que el velo

de una inicua renuncia ante los ojos
del mundo cubra la opresion de un reino;
y la autorize? Ved; ved cual vos mismo
sentis un interior remordimiento
que procurais calmar, mi honor manchando
y haciéndome á la par cómplice vuestro.

VARGAS.

Ved que al punto la muerte...

LANUZA.

¡O dulce muerte!
Conserve yo mi honor, y venga luego.
Impaciente la aguardo.

ESCENA VI.

Los mismos.. VELASCO.

VELASCO.

Inclito Vargas:
¿á qué esperais? Sus rayos postrimeros
hunde el Sol en ocaso. En Zaragoza
se advierte conmocion. Si algun ejemplo
de castigo y terror no la escarmienta,
nuevos desastres esta noche temo,
apresurad señor.

VARGAS.

¡ Ya no es posible !
El mandato del rey cúmplase luego.

LANUZA.

Si llevadme al cadalso. ¡ Noble muerte
que va á poner á mi constancia el sello!
Y tú traidor (1) dírasle de mi parte,
si osas nombrarme, al infelice pueblo,
que pues para morir como Numancia,
como hombres libres les faltó el esfuerzo,
no acrecienten sus males por ahora
y para otra ocasion guarden su aliento,
pues al fin la virtud triunfará media,
y no serán los déspotas eternos.

VARGAS.

Guardias. (2)

ELVIRA.

¡ O Dios ! ¡ Lanuza! ¡Padre mio!

VARGAS.

Hija, él lo quiere.

(1) *A Velasco.*
(2) *Entran soldados castellanos.*

LANUZA.

Elvira, sí; lo anhelo (1)
Vamos llevadme pues, fieros ministros
de la opresion. Llevadme dó sereno
mi vida dé á la pátria, y á los hombres
de decision y de constancia ejemplo.
Y tú (2) infeliz fautor del despotimo,
tú infame y degradado caballero,
¿osas mirarme con tranquila frente
cuando me ves triunfar entre estos hierros
de Felipe y de tí?.. Mas no, que tiemblas,
y tiemblas de pavor y de despecho,
y tu traicion con mi lealtad comparas,
y mi virtud veneras en silencio.
Llevadme. ¿Qué tardais?

VARGAS.

Sí con su muerte
se asegure Aragon.

ELVIRA.

¡Oh Dios eterno!
¿Padre qué pronunciais?... ¿Mísera suerte?
¡En un cadalso! ¡En un cadalso!... ¡Cielos!

(1) *A los soldados que acaban de entrar.*
(2) *A Vargas.*

LANUZA.

El cadalso es infame solamente
para el que ante la ley se encuentra reo;
pero cuando venganza de tiranos
el mundo le comtempla. es monumento
de gloria, es un altar honroso y santo.

VARGAS.

Amigos ya lo veis, aseguremos
del rey el trono con su muerte. Sea.

LANUZA.

¿Piensas qué al morir yo todos los buenos
mueren tambien?... Al punto conducidme
y tú (1) sal, y presencia como muero.
Y vé á decirle á tu feroz monarca,
para que tiemble en su dosel soberbio
que en mí no se concluyen los valientes,
ni va á estinguirse al dividir mi cuello
la estírpe generosa de esforzados
que ansian el dar la libertad al suelo.'
Si el fuego del honor que ardió en Padilla
tornó á inflamarse en mi ardoroso seno;
tambien mi pura sangre derramada
se verá renovada en otros pechos

(1) *A Vargas.*

que acaso lograrán la insigne empresa
de hacer á España libre. Sí, mis restos
mis restos gloriosos, tal vez pueden,
germinar una raza de alto esfuerzo
que humille al ominoso despotismo;
y un dia llegará, ya lo preveo,
que venzan la razon y la justicia,
y en que de la maldad triunfen los buenos,
y rotas las cadenas del oprobio
goze la libertad el orbe entero.
¡O placer! Ya se acerca presuroso
este anhelado y venturoso tiempo.
Y la gloriosa España la primera
dará el grito que salve al universo.
¡O esperanza feliz y deliciosa!
Que cumplida serás, piadoso el cielo
me lo asegura. Entonces, pátria mia,
recuerda que por tí gozoso he muerto.

VARGAS.

Al punto sea.

ELVIRA. (*Cayendo en brazos de Vargas.*)

¡Bárbaro!

VARGAS.

¡Hija mia! =

Escena Ultima.

Vargas. Elvira.

Vargas.

¡Infelice de mi!..¡Destino horrendo!
Del que á servir á la opresion se presta,
este es el galardon, este es el premio;¡
ver la heróica virtud en el cadalso,
y á la inocencia hundida en el despecho.





Se hallará de venta en las librerías de Hurtado *calle de Carretas; y de* Esparza *Calle de la Concepcion Gerónima.*





5

PARTIDA

